

EL GOZO DE ESCRIBIR.

el arte de la escritura creativa.

Natalie Goldberg.

Prefacio.

El punto de partida y el de llegada es el mismo en este libro. Tanto para el que es principiante como para el que ya domina la escritura, lo importante es El Gozo de Escribir. Pocas veces un título ha recogido de forma tan certera el contenido de un libro. No es un estudio clásico, ni académico, ni una poética de las formas y los contenidos. Nada más lejos! A la autora le interesa mostrarnos cómo la escritura puede convertirse en nuestro más íntimo amigo. Dado que escribir es un acto de soledad, nos propone hacer de él un lugar de encuentro con nuestro yo profundo, como diría Bergson. Son setenta apuntes o secuencias breves sobre aspectos que conciernen a la escritura. Empieza la autora en su primer apunte, por lo básico: la hoja y el bolígrafo utilizado; algo tan sencillo que ya sitúa al lector en un ámbito realizable, el primer paso para escribir no parece muy difícil. Poco a poco nos va mostrando las caras feas de tal tarea y cómo combatirlas. La dificultad de encontrar un tema, la resistencia a escribir justificándonos en nuestro cansancio... se logran superar con disciplina, la cual se concreta según la autora en opciones claras: hay que tener un horario estricto de escritura, por ejemplo.

Cuando uno ya escribe, sigue la autora adentrándonos en las profundidades. Ahora ya no basta escribir, ahora hay que hacerlo concentrados, poniendo nuestro cuerpo entero en ello. Sabiendo qué buscamos en la escritura. Es necesario, como una condición básica y a priori, aceptarnos en nuestro más profundo yo, porque sólo así podremos valorar los detalles de nuestra existencia que serán los que luego llenarán las líneas de nuestros cuadernos, uno al mes, como impone la autoridad de Natalia.

La complejidad de la propia autora, una judía viviendo en Norteamérica y con una experiencia valiosa en religiones orientales como el Zen y el budismo, hace que en su libro haya una ausencia absoluta de rigidez. Nada

debe conseguirse racionalmente, la razón tan debatida por nuestros filósofos irracionalistas de principios de siglo, sólo puede producir rigidez. Hay que dejar suelta nuestra vivencia íntima. Pero no todo es un movimiento de dentro afuera, de nosotros al papel. Es necesario el movimiento inverso: abrir el corazón al mundo, escuchar, leer.

Y tampoco todo es contenido: qué digo, qué pienso etc... sino que en muchos de estos apuntes se detiene a hablarnos de cómo hacerlo. Debemos cuidar los detalles, hay que mostrar sin mencionar, ser precisos, sin divagar, sin frases vacuas. Debemos utilizar metáforas, pero sin buscarlas, ellas solas surgirán del texto cuando nuestra escritura sea flexible. Esta es la forma de orientar la escritura de Natalie Goldberg, todo es aceptable menos dejar de escribir o dominar la escritura desde nuestro corrector, la razón y otros enemigos.

Sofía Rotger Salas.

Catedrática de Lengua Española.

<SALTO DE FICHERO>

PRÓLOGO.

Hace algunos años, mientras ordenaba el desván de mi abuela, cayó entre mis manos, en un arcado en un viejo marco de encina, un cuadrito con la leyenda: Haz lo que debas lo mejor que puedas, y sé amable. Recuerdo haberme echado a reír ante lo que me pareció una yuxtaposición bastante extravagante de mensajes. Ahora, aquella leyenda se me antoja tan perfectamente sensata que me pregunto cómo pude no darme cuenta. Dejemos que todo florezca: la poesía y quien la escribe. Y acordémonos, en esta tierra, de ser amables, escribe Natalie Goldberg en el capítulo Más sobre los lunes, que trata de cómo hallar nuevos objetivos en el seno del propio trabajo y en la propia vida cotidiana, y de cómo encontrar una voz. En esta colección de observaciones sensatas y honradas acerca de la escritura, además de sugerencias concretas y precisas, encontramos una vitalidad cantarína, y una honestidad incluso conmovedora. Así es como nos sentimos frente a algo bien escrito. Qué reto conseguir que lo que se escribe suscite siempre este efecto!

Cuando recibí por correo una copia de *El Gozo de Escribir* con una carta en la que se me preguntaba si estaría dispuesta a escribir un prólogo, lo primero que pensé fue: Dios mío, no, nunca he escrito un prólogo, no sabría por donde empezar. Estaba completamente convencida, por añadidura, de que tenía que existir una fórmula precisa, capaz de encerrar en sí misma este cometido que yo, faltándome las credenciales necesarias, nunca hubiese estado en grado de asumir. Leí el libro en un avión que me llevaba a Detroit, para un funeral familiar. El tercero en un año. Mi tío Jim había muerto en junio, mi abuela en noviembre; finalmente mi primo Bud, un sábado de marzo, el día de mi quincuagésimo cumpleaños. Hacía más de un año que trabajaba en una novela vagamente inspirada en la historia de mi familia, pero en los últimos tiempos había sido presa del desánimo; me parecía que no conseguía encontrar lo que estaba intentando decir. Sabía que no podía tratarse de una simple colección de hechos y anécdotas; de alguna forma

, quería llegar a la verdad de esta bendita familia mía. Pero, quién la conocía? Por lo que parecía, yo, desde luego, no, y de esta forma, no consiguiendo controlar el material que tenía a mi disposición, estaba enredada en aquel cuento aburrido y pesado sin ninguna dirección hacia la que tirar. En todo esto pensaba, cuando empecé a leer. Antes de haber leído diez páginas, sabía que estaba capacitada para escribir un prólogo, y al llegar a la página 26, ya lo estaba escribiendo. Al llegar a la página 30, había llenado dos hojas (las únicas de las que disponía en el avión), y había empezado a garabatear una serie de apuntes en la parte posterior de la carta de Natalie.

He aquí, pues, el mejor logro de este libro, y lo que representa su significado profundo: nos da permiso para pensar las cosas tal como vienen, escribir lo que se ha pensado, y encontrar el significado que hay en ello. No sé la causa de que este acercamiento a la escritura sea, al fin y al cabo, tan revolucionario; sé solamente que lo es.

Qué alivio hubiese sido tener esta guía tras la publicación de mi novela *Gente Corriente*. Años después, aún seguía repitiéndome que, en realidad, no era en absoluto una escritora, sino una estafadora, una estafadora a la

que le había tocado una grandísima suerte. Había escrito mi primera novela, y aquella novela había tenido un éxito fenomenal.

De pura casualidad, había tropezado con la vía secreta, había descubierto las reglas, y había sido recompensada con alabanzas desmesuradas. Lamentablemente, todo esto se estaba demostrando como una pobre ayuda para escribir una segunda novela. Estaba pasando momentos horribles. Cómo había podido olvidarme de todo tan rápidamente? D

durante seis años había luchado trabajosamente, hasta que me había dado cuenta de que las reglas que había aplicado en Gente Corriente simplemente ya no servían en la nueva situación. Que encontrara dificultades era natural y comprensible. Estaba escribiendo una novela distinta; estaba explorando un nuevo camino.

Es fácil perder de vista el hecho de que el escritor no escribe para transmitir unos conocimientos a los demás; sino que escribe, para informarse a sí mismo. Y precisamente el afirmar esto - que escribir es un trabajo duro; que es un equilibrio precario de la concentración, conseguido no dejando fuera al mundo, sino permitiéndole existir en su totalidad- es lo que se afirma continuamente a lo largo de este libro. A cada nuevo capítulo, la lista de las personas a las cuales pienso regalarlo, se alarga cada vez más. Antes que nada, a mi hijo John, que llena sus cajones de hojas desde que hacía cuarto de básica; luego, a una amiga mía, pediatra jubilada, que a los ochenta y dos años escribe sobre lo que significaba para una mujer frecuentar la facultad de medicina a comienzos de mil novecientos; a otra amiga, que se ganaba la vida escribiendo artículos técnicos para distintas empresas y ahora sueña con escribir novelas; a otra más, cuyas cartas se deslizan nítidas y lineales como la mejor prosa que nunca haya leído. Cualquiera podría utilizarlo, seguía pensando. Y

todos lo necesitan!.

Ha sido al escribir este prólogo cuando he encontrado la clave para mis dificultades actuales. En el capítulo titulado La fuerza del detalle, he leído que hay que decir un sacrosanto sí a las cosas verdaderas de nuestra vida tal como son. Más adelante, ha saltado ante mis ojos una frase del capítulo Un tenderete de escritura esponjosa:... nunca hay que subestimar a los

demás. La gente quiere experimentar el sabor de la verdad. En aquel momento, entendí cuál era mi problema. Estaba escribiendo una novela sobre mi familia y tenía algo que decir. Hasta aquí, todo bien. Pero la novela no estaba saliendo como la había imaginado. Estaba bloqueada, no porque no conseguiera controlar el material, sino porque estaba intentando controlarlo demás

iado. Quería demostrar mi brillantez antes de haberlo escrito. En algún punto, aquel sí sacrosanto había sido sustituido por un ansioso: No, no era así. Tenía que dejarme ir. Simplemente esto. Nunca habéis estado tan contentos que desearais lanzar los zapatos sobre el rascacielos de la Peoples Bank? Bueno, mi primo Bud, por lo menos

, se hubiera expresado así. Y era exactamente así como me sentía.

Sería algo estupendo para nosotros los escritores el aprendernos las lecciones una sola vez. A falta de esto, una copia del El Gozo de Escribir a mano puede evitar un montón de desdichas. Podría incluso salvaros la vida. Natalie Goldberg, escritora y poetisa de gran talento, ha descubierto una nueva voz. Para abreviar, este libro es la mayor ayuda y el mejor estímulo del que podemos disponer.

Judith Guest

Minneapolis, mayo 1986

<SALTO DE FICHERO>

INTRODUCCIÓN.

Cuando iba a la escuela, era una gran empollona. Siempre quería quedar bien con mis profesores. Lo sabía todo acerca de la puntuación. Mis redacciones estaban hechas de frases tan claras como sosas y aburridas. En ellas no se hubiera podido encontrar un sólo pensamiento original o un sólo sentimiento auténtico. Estaba ansiosa por presentarles a mis profesores lo que yo pensaba que querían.

En la escuela superior, me enamoré de la literatura. Me gustaba con locura. Escribía a máquina infinidad de veces las poesías de Gerard Manley Hopkins, tantas que me las aprendía de memoria. Leía en voz alta a John Milton, Shelley, Keats, y luego caía en éxtasis sobre la pequeña cama del dormitorio. Cuando frecuentaba el college, al fin al de los años Sesenta, leía casi exclusivamente a escritores de sexo masculino, no solamente fallecidos, ingleses o del resto de Europa. Estaban lo más alejados que podemos imaginar de mi vida cotidiana y, aunque los adorara, en ninguno de ellos se veía reflejada mi propia experiencia. Es probable que, inconscientemente, me creyera el supuesto de que escribir era algo por encima de mis posibilidades. Nunca se me ocurrió que podía escribir, aunque uno de mis deseos secretos fuera el de casarme con un poeta. Tras haber acabado el college y haber descubierto que nadie me daría empleo por leer novelas y extasiarme con la poesía, monté un pequeño restaurante, en cooperativa, junto con tres amigos, situado en el semisótano del Newman Center de Ann Arbor, en Michigan, abierto sólo al mediodía, donde preparábamos y servíamos comidas naturales. Estábamos en los inicios de los años Setenta, y había probado mi primer aguacate sólo un año antes de abrir el restaurante. Lo llamamos The Naked Lunch, por el título de la novela de William Burroughs:... aquel instante de hielo en el que cada uno ve lo que hay al final de cada tenedor.... Por la mañana, metía en el horno pequeñas cocas con pasas y pequeñas cocas con arándanos y, si me encontraba inspirada, también hacía unas con mantequilla de cacahuete. Naturalmente, esperaba que gustaran a los clientes, pero sabía que, si estaba lo bastante pendiente de ellas, aquellas cocas casi siempre me salían bien. Habíamos creado un restaurante. Fuera de nosotros mismos ya no había respuestas acertadas que nos proporcionaran una buena nota en la escuela. Estaba aprendiendo a tener confianza en mí misma y en mis capacidades.

Un martes por la mañana, tenía que hacer una ratatouille. Cuando hay que prepararla para un restaurante, uno no puede limitarse a cortar en dados una cebolla y una berenjena. Encima de la mesa de trabajo, había montañas de cebollas, berenjenas, calabacines, tomates y ajos. Me pasé algunas horas cortando y rebanando. Por la noche

, volviendo a casa del trabajo, hice una parada en la librería Centicore, en State Street, y me puse a dar vueltas entre las estanterías. De repente, divisé un delgado volumen de poesías titulado *Fruits and Vegetables* de Erica Jong. (La Jong todavía no había publicado su novela *Fear of Flying*, y aun no había alcanzado la fama). Abrí el libro y la primera poesía que cayó bajo mis ojos, hablaba de cómo se cocina una berenjena! Me quedé estupefacta. También se podía escribir sobre estas cosas? Sobre naderías semejantes? Sobre cosas que yo también hacía? De improviso, en mi cerebro se estableció un nuevo cortocircuito. Volví a casa decidida a escribir acerca de las cosas que conocía, a confiar en mis pensamientos y mis sentimientos y a no mirar fuera de

mí misma. Ya no estaba en la escuela: podía decir lo que quería. Empecé a escribir sobre mi familia, así nadie podría decir que me equivocaba. A mis parientes los conocía mejor que nadie.

Todo esto sucedía hace quince años. Un amigo me dijo una vez: Ten fe en el amor y él te llevará a cualquier sitio al que quieras ir. Yo añadiría: Ten fe en lo que amas, sigue haciéndolo, y te llevará a cualquier sitio al que quieras ir. Y ya no te preocupes tanto por la seguridad. Cuando se empieza a hacer lo que uno quiere, también se alcanza un profundo sentimiento de seguridad. Total, cuántos de nosotros estamos realmente seguros, a pesar de lo elevado que sea nuestro sueldo?

Durante los últimos once años, he dirigido talleres de escritura en la Universidad de New México; en la Lama foundation; con algunos hippies de Taos, en New México; con unas monjas de Albuquerque; con los chicos del reformatorio de Boulder; en la Universidad de Minnesota; en el Northeast College, en una escuela de dirección técnica de Norfolk, en Nebraska; en el área del programa de poesía en las escuelas del estado de Minnesota; con grupos que se reúnen en mi casa el domingo por la noche y con grupos gays. Los métodos que enseñé siempre son los mismos. Se trata de confiar en nuestra mente, de conseguir una seguridad que nazca de nuestra propia experiencia

: nociones tan fundamentales que nunca me he cansado de transmitir las a los demás.

Al contrario, de esta forma, adquiero una comprensión cada vez más profunda.

En 1974 empecé a practicar la meditación sentada. De 1978 a 1984 practiqué Zen formal con Dainin Katagiri Roshi (Roshi es el título que corresponde a un maestro zen) en el Minnesota Zen Center de Minneapolis. Cada vez que iba a verle y le hacía una pregunta sobre budismo, tenía dificultades a la hora de entender la respuesta, hasta que él decía: Mira, es como cuando escribes, y tu... Cuando se refería a escribir, entendía. Hace tres años me dijo: Por qué vienes a meditar? Por qué no utilizas la escritura como práctica? Si te comprometes lo suficiente con la escritura, ésta te llevará a donde quieras ir.

Este libro habla de la escritura. También habla de la forma en que podemos utilizar la escritura como adiestramiento para penetrar en nuestra existencia y alcanzar el equilibrio interior. Lo que aquí se dice acerca de la escritura, puede ser aplicado al correr, a la pintura, a cualquier cosa que a uno le guste hacer y a la cual hayamos decidido dedicar parte de nuestra existencia. En una ocasión leí algunos capítulos de este libro a mi amigo John Rollwagen, presidente de la Cray Research, y él comentó: Bueno, Natalie, es como si me hablaras del mundo de los negocios.

En los negocios es exactamente así. No hay ninguna diferencia.

Aprender a escribir no es un proceso lineal. No existe ningún sistema lógicamente ordenado del tipo A-B-C para convertirse en un buen escritor. Una sola verdad, por iluminadora que sea, no puede resolver todos los problemas. En este caso, las verdades son muchas. Dedicarse a la práctica de la escritura significa, en última instancia, dedicarse a la propia existencia en su integridad. Si alguien nos explica cómo se puede reducir una fractura en una pierna, no podemos utilizar estas mismas explicaciones para tapar una muela con caries. Por lo que puede ser que, en algún punto de este libro, se os diga que hay que ser extremadamente precisos y detallados. La razón es intentar curar el vicio de las divagaciones abstractas y generalizadas. Sin embargo luego, en otro capítulo, se os dice que hay que abandonar el control, escribir dejándoos llevar por la ola de la emoción. Esto es para empujaros a ir en profundidad, de forma que podáis decir lo que tenéis que decir. O bien, en un capítulo se dice que es conveniente

montarse un estudio, que hay que tener un lugar exclusivamente nuestro en donde poder escribir; el capítulo siguiente dice: Salid de casa, cerrad la puerta, dejad los platos sin lavar. Id a escribir a la mesa de un bar. Algunas técnicas son adecuadas para ciertos momentos, otras lo son para otros. Cada instante es distinto. Cosas diferentes funcionan de igual modo

. Eso no quiere decir en absoluto que una sea correcta y la otra errónea.

Cuando dirijo cursos de escritura, quiero que mis estudiantes escriban hasta la médula, que hablen con el lenguaje esencial de la propia mente. Pero, al mismo tiempo, sé que no es suficiente con decir: Bien, ahora escribid con claridad y con la

máxima honestidad. En clase intentamos distintos métodos, distintas técnicas. Finalmente, el estudiante desarrollará su puntería, llega a comprender lo que quiere decir y cómo tiene que decirlo. Sin embargo, es difícil poder decir: Si, cuando lleguemos al tercer curso, tras haber hecho esto y lo otro, llegaremos a escribir bien.

Lo mismo reza para la lectura de este libro. Se puede leer empezando por el principio para llegar al final, y esto puede estar muy bien en el caso de una primera lectura. Pero, también, se puede escoger un capítulo cualquiera y leerlo. Cada capítulo ha sido ideado como un todo en sí mismo. Mientras lo leéis, relajaos y absorberlo, como por ósmosis, con el cuerpo y con la mente. Y no os limitéis a leerlo. Escribid. dad confianza. Aprended a comprender vuestras necesidades. Utilizad este libro.

<SALTO DE FICHERO>

MENTE DE PRINCIPIANTE, PAPEL Y PLUMA.

Cuando doy un curso para principiantes, me siento feliz. Tengo que retroceder y ponerme otra vez dentro de la mente del principiante, volver a pensar y sentir como cuando empecé a escribir. En cierto sentido, es precisamente a la mente del principiante a donde tenemos que volver cada vez que nos sentamos a escribir. No hay certezas, nada nos asegura que, puesto que hace dos meses escribimos algo bueno, ahora lo lograremos otra vez. En realidad cada vez que nos ponemos a escribir nos preguntamos

cómo pudimos lograrlo con anterioridad. Cada vez es como un nuevo viaje sin mapas.

Por eso, cuando tengo un grupo de escritura, he de volver a explicar otra vez toda la historia, considerando que los estudiantes la escuchan por primera vez. Por lo tanto, tengo que empezar precisamente por el principio.

Antes que nada, consideremos la pluma con la que escribimos. Debería ser una pluma capaz de escribir rápido, puesto que los pensamientos siempre son mucho más rápidos que la mano. No hay que frenar la mano con una pluma lenta, y el bolígrafo, el lápiz, el rotulador de punta fina son indudablemente lentos. Id a la papelería y buscad algo con lo que os sintáis a gusto. Probad distintas clases de plumas. No importa si gastáis. Personalmente, utilizo sobre todo una estilográfica Slieaffer, con cartuchos, de las más baratas (unas trescientas pesetas). A través de los años, he comprado centenares. Las he tenido de todos los colores; a menudo pierden tinta, pero son rápidas. También algunos nuevos bolígrafos que venden ahora son rápidos, pero tienen cierta tendencia a escapar al control. Hay que poder sentir siempre el contacto de la pluma con la superficie del papel.

Pensemos también en la libreta. Es importante. Éstas son nuestras herramientas de trabajo, como el martillo y los clavos para el carpintero. (Sintámonos afortunados: a nosotros, para estar en el negocio, nos bastan pocas pesetas!) Hay quien compra diarios encuadernados. Pesan mucho, estorban y, con lo que cuestan, uno se siente obligado a tener que escribir vete a saber qué. Al contrario, debemos tener la sensación de que se nos permite escribir las peores porquerías, y que ello sea lícito

. Para explorar las posibilidades del escribir, necesitamos espacio. Un cuaderno de espiral cuesta poco, y nos da la sensación de poderlo llenar rápidamente y luego comprar otro. Además, no hay problemas para llevarse por ahí. Personalmente, a menudo compro bolsos a medida para el cuaderno.

Garfield, los Muppets, Miki Mouse, La Guerra de las Galaxias. Me apasionan las libretas con cubiertas cómicas. Salen nuevecitas en

septiembre, a la vuelta a los colejos. Cuestan un poquito más que las de cubierta de un sólo color, pero me gustan

. Cuando abro una libreta de Charlie Brown, no puedo tomarme demasiado en serio.

De esta forma, también es más fácil volver a encontrar las cosas: Ah sí, aquel verano escribía en las libretas de la serie rodeo. Probad distintos tipos: con las hojas blancas, de rayas o de cuadritos, con la cubierta dura o flexible. Al final, encontraréis lo que os conviene.

Las dimensiones de la libreta también tienen su importancia. Si es pequeña, podemos guardarla en el bolsillo, pero, entonces, también vuestros pensamientos serán pequeños

. Muy bien. William Carlos Williams, un famoso poeta americano, era pediatra de

profesión y escribió muchas de sus poesías en el bloc de recetas, entre visita y visita.

Doctor, le he buscado

dos dólares, le debo uno,

Cómo está?

Bien. Cuando los tenga

Se los traeré.

En sus obras completas, se pueden encontrar muchas poesías a medida, de recetario.

Alguna vez, en lugar de escribir en la libreta, podemos tener ganas de pasar directamente nuestros pensamientos a máquina. Escribir es una acción física y los instrumentos utilizados tienen su influencia. Escribiendo a máquina, apretamos unas teclas y, de ello, resultan unos caracteres negros uniformes: puede ser que aparezca otro aspecto de nosotros mismos. He

descubierto que cuando escribo algo emotivo, la primera vez necesito escribirlo directamente a mano en la libreta. La escritura manual está más ligada a los movimientos del corazón. Pero, cuando escribo unos cuantos, me echo directamente encima de la máquina de escribir.

Podríamos también probar a dictar en una grabadora, y ver lo que se siente, grabando directamente a viva voz, los propios pensamientos. O, sino, podríamos utilizarla por comodidad: a lo mejor, una está allí cosiendo un dobladillo y empieza a pensar en cómo iban las cosas con su ex-marido, y le entran ganas de escribir sobre ello.

Las manos están ocupadas cosiendo: entonces podemos hablarle a una grabadora.

No he tenido muchas oportunidades de trabajar con un ordenador, pero puedo imaginar lo que sería utilizar un Macintosh: podemos ponernos el teclado en el regazo, cerrar los ojos y empezar a pasar todo lo que se nos ocurra. El ordenador cambia de línea automáticamente, por lo cual uno puede seguir todo el tiempo que quiera, sin problemas: no es como con la máquina de escribir, con su timbre que, cada vez que acabamos una línea, nos avisa de que hagamos el aparte.

Experimentad. También podéis probar a escribir en un gran bloc de dibujo. Es verdad que el mundo interno es el que crea el externo, pero también el mundo externo y los instrumentos que utilizamos influyen en el modo en que formamos nuestros pensamientos. Probad a alquilar un avión y a escribir en el cielo.

Escojamos con cuidado nuestras herramientas; pero el cuidado no debe transformarse en ansiedad y no tiene que hacernos pasar más rato en la papelería que en el escritorio.

<SALTO DE FICHERO>

LOS PRIMEROS PENSAMIENTOS.

La unidad base para el adiestramiento en la escritura es el ejercicio por tiempo

. Podéis daros diez minutos, veinte minutos o una hora. Depende de vosotros. Al principio, puede que uno quiera empezar con calma y, después de una temporada, aumentar el tiempo, o meterse ya de entrada con una hora. No importa. Cualquiera que sea el plazo que os hayáis concedido, lo importante es sentirse comprometido a respetarlo y, desde el primero hasta el último momento, seguir las siguientes reglas:

1. Mantened la mano en movimiento. No os paréis para leer la frase que acabáis de escribir. Esto sólo significa poner obstáculos e intentar asumir el control de lo que se está diciendo.

2. No borréis. Esto significaría confundir la creación con la revisión. Aunque hayáis escrito algo que no teníais intención de escribir, dejadlo.

3. No os preocupéis por la ortografía, la puntuación y la gramática. (Ni siquiera os preocupéis por quedaros dentro de los márgenes o líneas de la página).

4. Perder el control.

No penséis. No os dejéis engatusar por la lógica.

Apuntad a la yugular. Si al escribir, sale algo que os da miedo o os hace sentir

vulnerables, zambulliros dentro. Probablemente está cargado de energía.

He aquí las reglas. Es importante seguirlas, pues su finalidad es la de abrirse camino hasta llegar a los primeros pensamientos, allí donde la energía no está obstaculizada por motivaciones de conveniencia social o por el censor interno; allí donde se escribe lo que la propia mente ve y experimenta realmente, no lo que ella piensa que tiene que ver o experimentar. Es una gran ocasión para sacar a la luz los aspectos más extravagantes de nuestra mente, para explorar el margen áspero del pensamiento. Igual que cuando rallamos una zanahoria para dar color a una ensalada de col, del mismo modo tenemos que dar al papel el color y matiz de nuestra conciencia. Los primeros pensamientos tienen una energía increíble. Son la forma mediante la cual la mente alumbra algo con un repentino relámpago de luz. Luego el

censor interno, normalmente, se apresura a reprimirlos, y es así como vivimos en el mundo de los segundos y terceros pensamientos, pensamientos acerca de pensamientos, a dos o tres niveles de distancia de la conexión inmediata establecida por el primer relámpago. Pongamos, por ejemplo, que se me ocurrió la frase: Córtele margarita de mi garganta. Acto seguido, mi segundo pensamiento, gracias a un constante adiestramiento en la lógica de

1+1=2, por educación, miedo o embarazo frente a la espontaneidad, sería: Es ridículo.

Suena como un suicidio, como alguien que se corta la garganta. No puede ser. Te tomarían por loca. Y entonces, si le dejamos la iniciativa al censor, escribiremos

: Me dolía un poco la garganta, y no dije nada. Respetable y aburrido.

Los primeros pensamientos ni siquiera soportan el peso del yo, de este mecanismo interior que intenta tener todo bajo control y trata de demostrar que el mundo es algo sólido y permanente, duradero y lógico. Pero el mundo no es, en absoluto, permanente. El mundo cambia continuamente y está lleno de sufrimiento humano. Por eso, si conseguimos expresarnos en ausencia del yo, en este caso lo que decimos es tará lleno de energía, puesto que será la expresión de la forma en que las cosas realmente son. Al expresarnos, no arrastramos el peso del yo, sino que cabalgamos momentáneamente en la ola de la conciencia humana y utilizamos los detalles de la experiencia personal para expresar este movimiento.

En la meditación zen, permanecemos sentados en un llamado zafu con las piernas cruzadas, la espalda recta, sobre las rodillas o frente a nosotros en un mudra. Miramos una pared blanca y controlamos la respiración.

Cualquier cosa que experimentemos -violentos huracanes de ira o repulsión, tempestades de alegría o dolor- seguimos

sentados, la espalda recta, las piernas cruzadas, cara a la pared. Aprendemos a no dejarnos arrastrar, a pesar de lo poderoso que sea el pensamiento o la emoción.

La disciplina consiste precisamente en esto: en seguir estando sentados. Lo mismo vale para el escribir. Cuando entramos en contacto con nuestros primeros pensamientos y empezamos a escribir desde ellos, tenemos que ser grandes guerreros, sobre todo al principio puede ser que experimentemos emociones

y pensamientos capaces de desbaratarnos: pero no debemos dejar de escribir. Tenemos que seguir utilizando la pluma para registrar los detalles de nuestra existencia y penetrarlos hasta el final. En los cursos para principiantes, sucede a menudo que el estudiante rompa a llorar al leer el texto recién escrito. Esto es estupendo. A menudo, alguno rompe a llorar incluso escribiendo. Sin embargo, yo le animo a seguir leyendo o escribiendo a través de las lágrimas, de procurar que pueda salir por el otro lado sin dejarse desviar por la emoción. No hay que pararse ante las lágrimas; hay que buscar vías para llegar a la verdad. He aquí la disciplina.

Aún más, por qué los primeros pensamientos proporcionan tanta energía? Porque ellos están en estrecha relación

con la novedad y la inspiración. Inspiración tiene la misma etimología que inspirar, que significa respirar dentro de nosotros mismos. Respirar en Dios. Nos volvemos más grandes de lo que somos, y los primeros pensamientos son el presente. No son una forma de esconder lo que sucede o se experimenta realmente. El presente está impregnado de una energía increíble. Es lo que es. Los colores

, después, eran mucho más vibrantes, comentó una amiga budista al final de un período de meditación. Su maestro de meditación le contestó: Cuando estamos presentes, el mundo

está verdaderamente vivo.

<SALTO DE FICHERO>

LA ESCRITURA COMO PRÁCTICA.

La mía es la escuela de la escritura como práctica. Como en el caso del correr, más se practica y mejor sale. A veces no nos apetece correr y cada

paso de los cinco kilómetros nos cuesta un esfuerzo enorme, pero lo hacemos igualmente. El ejercicio es algo que se hace de todos modos, tengamos ganas o no. No podemos esperar a que llegue la inspiración, que, de improviso, nos entren unas enormes ganas de correr. Nunca sucederá, sobre todo si estamos en baja forma y hemos evitado correr. Pero, si se corre regularmente, se adiestra la mente a superar de un brinco las resistencias, o a ignorarlas. Se hace, y punto. Y, precisamente a mitad de la carrera, (les cubrimos de repente que nos gusta muchísimo. Cuando llegamos al final, nos cuesta dejarlo. Nos detenemos, y estamos impacientes por empezar de nuevo.

También la escritura es así. Una vez hemos entrado dentro de ella, nos preguntamos qué es lo que nos había frenado tanto tiempo a sentarnos, de una vez, a la mesa de escribir. Con el ejercicio se logra, efectivamente, mejorar. Aprendemos a darle mayor confianza a nuestra propia interioridad, y a no hacerle caso a la voz que quisiera no escribir. Lo extraño es que nadie pondría en duda lo oportuno de que un equipo de balonpié se entrene horas y horas cada día para el partido del domingo, en cambio al escribir, es difícil que nos concedamos espacio para entrenar.

Cuando escribimos, no hemos de decirnos: Ahora escribiré una poesía. Esta postura conseguirá el efecto inmediato de paralizarnos completamente. Hay que sentarse a la mesa limitando al máximo las expectativas respecto a uno mismo: Soy libre para escribir las peores porquerías del mundo. Hay que otorgarse espacio para escribir mucho, pero sin una dirección determinada. He tenido estudiantes que decían haber tomado la decisión de escribir la novela más grande de todos los tiempos y, desde aquel día, ya no habían escrito una línea. Si cada vez que tomamos la pluma en la mano esperamos maravillas, lo que se llegue a escribir siempre resultará un gran desilusión. Además, tamaña expectativa resulta, por sí misma, un formidable impedimento para escribir.

Mi regla es llenar un cuaderno al mes. Personalmente, para escribir, me estoy imponiendo continuamente reglas de este tipo. Simplemente, llenarlo. El ejercicio consiste en esto. Mi ideal sería escribir cada día. Cuidado, el ideal. Si no lo consigo, tengo mucho cuidado en no juzgarme

negativamente o dejarme invadir por la ansiedad. Nadie vive a la altura de sus propios ideales.

En mis libretas, no me preocupo de quedarme dentro de los márgenes o encima de la raya. Lleno la hoja de arriba abajo. Ya no tengo que escribir para un profesor o para la escuela. Escribo, sobre todo, para mí misma y no estoy obligada a quedarme dentro de los límites, los míos o los de la página. Esto me permite gozar de una gran libertad psicológica. Y cuando estoy ahí escribiendo y noto que algo bulle en la olla, normalmente dejo correr totalmente la ortografía, la puntuación, etc. Me he dado cuenta de que mi grafía también cambia. Se vuelve más grande y más suelta.

A menudo, al ver escribir a mis estudiantes, consigo entender quién de ellos, en un determinado momento, está realmente absorto y presente en lo que escribe. La persona está involucrada más intensamente y el cuerpo se encuentra suelto y relajado. E

sto, también, es similar al correr. Cuando se corre bien, las resistencias son mínimas. Todo en nosotros está en movimiento; no hay un yo separado del que corre. Al escribir, cuando estamos realmente absortos, ya no existe el que escribe, el papel, la pluma, los pensamientos. Sólo existe la escritura que se crea a sí misma; todo lo demás ha desaparecido.

Uno de los principales objetivos de la práctica de la escritura es el aprender a darle confianza a la propia mente y al propio cuerpo, volvernos pacientes y no ser agresivos. El Arte es algo que reside en el Gran Mundo. Una poesía, un cuento, n

o importa la forma. Lo que importa es el proceso de la escritura y de la vida. D

emasiados escritores han escrito grandes libros para luego enloquecer, alcoholizarse o suicidarse. En este proceso, en cambio, se pretende enseñar y permitir el equilibrio interior. Y nosotros intentamos alcanzar este equilibrio junto con nuestras poesías y nuestros cuentos.

Chogyam Trungpa, Rinpoche, un maestro budista tibetano, dijo: Tenemos que seguir abriéndonos, incluso en la más terrible oposición. Nadie nos

alentará nunca a abrirnos, sin embargo debemos seguir mondando las capas que recubren nuestro corazón. Lo mismo vale para este modo de práctica de la escritura. Tenemos que seguir abriéndonos y dando confianza a nuestra voz y a nuestra evolución personal. Por último, si esta evolución se desarrolla bien, los resultados también serán buenos. O sea, conseguiremos escribir bien.

Una amiga me dijo una vez que cuando tiene un buen dibujo en blanco y negro para colorear, antes de hacerlo, para no liarse, se entrena siempre con algún otro dibujo que no le importa. También este tipo de práctica de la escritura es una base de calentamiento para cualquier otra cosa que se tenga la intención de escribir. Es la base, el modo más esencial y positivo de escribir. Si aprendemos a tener confianza en la propia voz, esta confianza puede luego aplicarse a una carta comercial, a una novela, a una tesis de licenciatura, a una comedia o a una autobiografía. Pero

es algo a lo que siempre se puede retornar, para luego volver a salir. No podemos pensar: Ya está! Ahora sé escribir. Tengo confianza en mi propia voz. Escribiré la novela más grande de todos los tiempos. Si uno quiere empezar a escribir una novela, muy bien!, pero ésta no es razón para dejar de practicar. La práctica es la que nos mantiene en sintonía con la escritura, como en el caso de la bailarina que se calienta antes de salir al escenario, o el corredor de fondo que se estira antes de la carrera. El corredor de fondo no se dice a sí mismo: Como ayer corrí, ahora y a estoy suelto. Cada día hace sus buenos ejercicios de calentamiento y de estiramiento de la musculatura.

La práctica de la escritura abarca toda nuestra existencia y no requiere de alguna estructura lógica: no hay un capítulo 19 en el cual se tenga que retomar la acción interrumpida en el capítulo 18. Es un lugar en el cual podemos abandonarnos a las evoluciones más desenfadadas, mezclando la sopa de la abuela con el espectáculo sorprendente de las nubes que vemos a través de la ventana. No tiene ninguna dirección, y concierne a todo nuestro ser en el momento que estamos viviendo. Pensad en la práctica de la escritura como en un abrazo afectuoso al cual podemos abandonarnos de la forma más ilógica e incoherente. Es nuestro bosque salvaje donde vamos a

recoger energías antes de podar el jardín; antes de escribir nuestros libros y nuestras grandes novelas. Es un adiestramiento continuo.

Ahora ir a sentaos a la mesa de escribir. Regaladme este momento. Escribid cualquier cosa que os atraviere el cuerpo y la mente en este preciso instante. Podrías empezar con en este momento, y de repente encontraos escribiendo acerca de la gardenia que llevabais en el pelo el día de vuestro matrimonio, hace siete años. Está bien así. No intentéis controlar lo que escribís. Sintonizaos con todo lo que sale y mantened la mano en movimiento.

<SALTO DE FICHERO>

HACER EL COMPOST.

Hace falta algo de tiempo para que la experiencia vivida consiga penetrar la consciencia. Por ejemplo, es difícil describir lo que sentimos al enamorarnos cuando estamos sumergidos en una arrolladora historia de amor. No tenemos el sentido de la perspectiva. Todo lo que se puede decir es: Estoy locamente enamorada, y seguir repitiéndolo. También es difícil escribir sobre una ciudad a la que acabamos de mudarnos; todavía no nos ha calado. Aún no conocemos nuestra nueva casa, aunque conseguimos llegar en coche hasta el supermercado sin perdernos. Todavía no hemos pasado allí tres inviernos, y no hemos visto a los gansos irse en otoño para volver a los lagos en primavera. Hemingway escribió sobre Michigan sentado en la mesa de un café de París. Quizás lejos de París hubiese podido escribir sobre París, del mismo modo como

en París pude escribir sobre Michigan. No sabía que era prematuro hacerlo, puesto que aún no conocía suficientemente bien París.

Nuestros sentidos, por sí mismos, son mudos. Ellos absorben la experiencia pero ésta

, para poder mostrarse en toda su riqueza, tiene que pasar previamente la criba de la consciencia y del cuerpo. Yo llamo a este proceso hacer el compost. Nuestro cuerpo es como un cúmulo de basura, nosotros acumulamos la experiencia y, de la descomposición de las cáscaras de

huevo, hojas de espinacas, posos de café y huesos de bistec mentales, nacen nitrógeno, calor y tierra fertilísima. En esta tierra fértil florecen, entonces, poesías y cuentos. Pero esto no sucede todo a la vez. Se necesita tiempo. Hay que dar la vuelta continuamente a los detalles orgánicos de la vida

, hasta que algunos de ellos atraviesan la capa de la basura del pensamiento discursivo para caer encima del sólido substrato de la tierra negra.

Cuando tengo un discípulo que ha escrito muchas páginas y las lee en clase, y no todo lo que ha escrito es necesariamente bueno pero veo que está explorando su propia mente a la búsqueda de material, me siento feliz. Sé, en efecto, que esta persona seguirá adelante, pues no está obsesionada con la idea de escribir algo fuerte, sino que está siguiendo el proceso de la práctica. Está rastreando su propia mente, está recogiendo sus propios pensamientos, aunque todavía sean poco profundos, y les está dando la vuelta. Si seguimos trabajando con este material bruto, cada vez nos llevará más a fondo dentro de nosotros mismos, pero no de una forma neurótica. Empezaremos

, en efecto, a vislumbrar el lozano jardín que está en nosotros y empezaremos a utilizarlo para escribir.

A menudo tengo que hacer varias tentativas antes de centrar lo que me gustaría decir. Por ejemplo, hojeando mis libretas desde agosto de 1983 hasta diciembre del mismo año, se puede advertir que intento muchas veces escribir sobre la muerte de mi padre. En otras palabras, estoy explorando y haciendo compost con el material

. Luego, de improviso, y no me preguntéis cómo, en diciembre me encontraba en el *Crossant Express* de Minneapolis, cuando me quedé como petrificada y escribí de golpe una larga poesía sobre el argumento. Las distintas cosas que tenía que decir se fusionaron, de repente, en un todo único lleno de vitalidad, como un tulipán rojo flamante encima del montón de compost. Katagiri Roshi decía: Tu pequeña voluntad no puede hacer nada. Es necesaria una Gran Determinación. Gran Determinación no significa que se satisficiera con esforzarse. Significa que el universo entero está dentro de ti y contigo: los pájaros, los árboles, el cielo, la luna y las diez direcciones. De repente, tras un largo período de maduración, nos

encontramos aliados con las estrellas, con el momento o con la lámpara del comedor que hay encima de nuestra cabeza, y nuestro cuerpo se abre y habla.

Comprender este proceso ayuda a cultivar la virtud de la paciencia y a crear menos ansiedad. No está en nosotros administrarlo todo, ni siquiera las cosas que escribimos. Al mismo tiempo, debemos seguir practicando. No es una excusa para no escribir y quedarse sentado en el sofá comiendo bombones. Tenemos que seguir trabajando con el montón de compost, enriqueciéndolo y haciéndolo fértil, para que pueda brotar algo hermoso y de este modo poder estar en perfecta forma para cabalgar el universo cuando él nos atraviese.

Si entendemos esto, también podremos aceptar el éxito de los demás y no estar ansiosos

. Si alguna otra persona tiene éxito, quiere decir que le ha llegado su momento. E

l nuestro llegará en el curso de esta vida, o de la próxima. No importa. Continúa practicando.

<SALTO DE FICHERO>

LA ESTABILIDAD ARTÍSTICA.

Tengo una pila de aproximadamente metro y medio de libretas de espiral que, más o menos, empiezan en 1977. Entonces ya vivía en Taos y eran los primeros años en que empecé a escribir. Tengo unas ganas enormes de tirarlas. Quién se arriesga a volver a leer las porquerías que pueden salir de la cabeza de una cuando hace ejercicios de escritura? Tengo un amigo, en New México, que construye casas solares hechas de latas de cerveza y viejas llantas de coche. Creo que, antes o después, yo construiré una hecha con viejas libretas de espiral. Una amiga que vive en el piso de arriba

me dice: No las tires. Le contesto que, si quiere, se las puede quedar todas.

Las amontoño encima de los peldaños que llevan a su apartamento y salgo para Norfolk, Nebraska, donde me quedaré cuatro días para dirigir un taller de escritura. A mi vuelta, ella me mira de forma extraña y se deja caer pesadamente encima del viejo sillón rosa de mi dormitorio. He pasado todo el fin de semana leyendo tus libretas. Son tan íntimas; a lo largo de páginas y páginas no hay otra cosa que miedo e inseguridad y luego, de repente, ya no eres tú: sólo energía bruta, una mente desencadenada. Y ahora estás aquí, tú, Natalie, en carne y hueso, una persona como yo. Es una sensación tan cómica. A mí me gusta, pues no me importa que ella me vea como realmente soy. Estoy contenta. Necesito que alguien más me conozca. Nos movemos en medio de tantos mitos, acerca de nosotros y de los demás, que no podemos dejar de sentirnos a liviados cuando alguien nos ve y nos acepta tal como somos.

Mi amiga me dijo que leer mis libretas le había proporcionado nueva confianza en sí misma puesto que se había dado cuenta de que yo también, a veces, escribía cagadas a lo largo de libretas enteras. A menudo les digo a mis estudiantes: Escuchad, yo también, en ocasiones, escribo cosas horribles, en las que me autocompadezco durante páginas y páginas. No se lo creen. Mis cuadernos son la prueba más evidente. Si entonces escribías aquellas porquerías y ahora escribes lo que escribes, me dijo mi amiga, esto me da a entender que puedo hacer cualquier cosa. En la mente hay un potencial inmenso. Ahora tengo la sensación de ser capaz de todo! Y añadió que lo que más le había chocado de mis cuadernos, cuadernos enteros llenos de quejas, descripciones aburridísimas y explosiones de rabia desenfrenada, era la fe absoluta en el proceso evolutivo. He visto que has podido seguir incluso cuando escribías: Tengo que estar loca para hacer esto.

Es verdad, tenía una gran fe en el proceso evolutivo. Vivía en el seno del aburrimiento de las largas jornadas soleadas en las colinas de New México; en el único cine de Taos no hubo otra cosa que ver Tiburón durante seis meses seguidos. Tenía fe en la existencia de algo real bajo la superficie de la vida, o en el seno mismo de la vida pero, a menudo, mi propia mente me dormía o me distraía; sin embargo, la mente y la vida eran todo lo que poseía. Así que me puse a escribir empezando desde ahí. Siguiendo la lectura de los cuadernos, me he dado cuenta de que este modo de escribir te

permite convertirte en lo que ahora eres. Es una verificación de nuestra esencia humana.

Cuando se empieza a escribir de esta manera, o sea empezando por nosotros mismos

, puede que sea necesario que aceptemos escribir porquerías durante cinco años, pues todo que dentro de nosotros hemos acumulado muchas, muchas más, y nos complace fingir que no estaban allí. Estamos obligados a enfrentarnos con nuestra pasividad, nuestras inseguridades, nuestro odio hacia nosotros mismos y, por último, con el miedo de que en realidad no tengamos nada que decir. Es verdad que, cuando empezamos algo nuevo, tenemos que enfrentarnos con violentas resistencias. Ahora tenemos la oportunidad de no huir y de no dejarnos arrastrar, sino de mirarlas, negro sobre blanco en el papel, y enterarnos de lo que tienen que decir sus estúpidas voces. Cuando lo que ponemos en el papel brota desde el fondo de este montón de basura y de compost, lo escrito posee una estabilidad muy particular. No huimos de nada. Podemos permitirnos un sentimiento de seguridad artística. Si no tenemos miedo de nuestras voces interiores, tampoco tendremos miedo de las críticas exteriores.

Además, estas voces son simplemente demonios, guardianes que protegen el verdadero tesoro: los primeros pensamientos de la mente.

En efecto, cuando abro mis viejos cuadernos, pienso haber sido un poco demasiado indulgente conmigo misma, haberme concedido demasiado tiempo para merodear entre los meandros del pensamiento discursivo. Hubiese podido cortar mucho antes. Sin embargo, es bueno conocer también los aspectos más detestables de nosotros mismos, sin exaltarlos ni criticarlos, simplemente tomando nota. Después, reforzados con esta nueva toma de consciencia, estamos mejor equipados para tomar partido por la belleza, la dulzura y la pura verdad. Hay que hacer esta elección con los pies fuertemente enraizados en tierra. No podemos perseguir afanosamente la belleza con el miedo pisándonos los talones.

<SALTO DE FICHERO>

TEMAS PARA LA PRÁCTICA DE LA ESCRITURA.

A veces nos sentamos a escribir y no encontramos nada de qué hablar. La página vacía puede tener un efecto intimidatorio, y puede resultar aburrido escribir durante diez minutos seguidos: No sé qué decir. No sé qué decir. Un buen sistema puede ser el de reservar una página en la libreta e ir apuntando, a medida que se nos ocurran, argumentos sobre los que escribir. Puede ser una frase cogida al vuelo. Por ejemplo, en el restaurante, una vez me quejé de un camarero a otro camarero. Su contestación

: Ya sé que es un tipo raro: pero, si funciona a otro ritmo, déjalo bailar a su aire

. Puede tratarse de un recuerdo repentino: la dentadura postiza del abuelo; el perfume a lilas del pasado junio; el par de zapatos nuevos cuando teníamos ocho años.

Puede ser cualquier cosa. Cada vez que se os ocurra algo, añádselo a la lista. Luego, cuando os pongáis a escribir será suficiente, para empezar, con escoger cualquiera de estos temas.

Es muy útil hacer una lista. Así empezamos a descubrir material para escribir en la vida cotidiana; entonces lo que escribimos brota de la relación con la vida y su trama. De esta forma comienza el proceso de maduración del compost. El cuerpo empieza a digerir y a dar vueltas a este material y así, aunque no nos encontremos físicamente sentados ante la mesa de escribir, hay partes de nosotros que rastrillan, abonan, absorben el calor del sol y se preparan para hacer crecer en profundidad la lozana planta de la escritura.

Si cuando empezamos a escribir concedemos demasiado tiempo a la mente para meditar sobre un posible comienzo, puede ser que ese mono travieso de la mente se ponga a jugar con una larga serie de argumentos sin acabar de decidirse a sacar algo. La lista ayuda entonces a activar el proceso de escribir, haciéndonos saltar con los pies juntos ocasionales resistencias. Naturalmente, una vez que hemos empezado a escribir sobre cierto argumento, podemos sorprendernos por la dirección que la mente decide tomar. Está bien. No estamos intentando controlarlo que escribimos. Nos hemos quitado de en medio. Y, entonces, basta con mantener la mano en movimiento.

Pero, en espera de que vuestra lista esté preparada, he aquí algunas ideas para escribir:

1. Describid la luz que entra por la ventana. Saltad dentro de ella y escribid.

No os preocupéis de si es de noche y las cortinas están corridas, o si preferiríais escribir acerca de la luz lejana que se divisa en el horizonte. Escribid y punto.

Seguid durante diez minutos, un cuarto de hora, media hora.

2. Empezad con Recuerdo que.... Escribid una serie de breves recuerdos. Si se os ocurre un recuerdo más largo, escribid sobre este último. Es suficiente con no para r. No hay ninguna diferencia entre que el recuerdo se refiera a algo sucedido hace cinco segundos, que hace cinco años. Todo lo que no está incluido en el momento presente es recuerdo, que vuelve a revivir mientras escribimos sobre él. Si os encontráis bloqueados, es suficiente con repetir la frase Recuerdo que..., y seguir adelante.

3. Escoged algo que os despierte fuertes emociones, positivas o negativas, y escribid sobre ello como si os entusiasmará. Llegad hasta donde seáis capaces, escribiendo como si os gustara un montón; luego, cambiad el registro y escribid sobre ello como si aquella misma cosa os diera asco. Por fin, escribid sobre ello en tono perfectamente neutral.

4. Escoged un color, por ejemplo el rosa, e id a dar un paseo de un cuarto de hora. Durante el paseo, tomad nota mentalmente de todo lo que sea rosa. Luego volved a la libreta y escribid durante un cuarto de hora.

5. Escribid en lugares distintos. Por ejemplo, en una lavandería, siguiendo el ritmo de las lavadoras. Escribid en la parada del autobús, en el bar. Describid lo que está ocurriendo a vuestro alrededor.

6. Reflejad vuestras mañanas. Despertarse, desayunar, ir a la parada del autobús. Intentad ser lo más precisos posible. Poned un freno a la memoria y volved a recorrer cada detalle de la mañana.

7. Visualizad un lugar que os guste muchísimo, entrad en él, observad todos sus detalles. Ahora escribid sobre ello. Podría ser un rinconcito de vuestro dormitorio, e

l viejo árbol bajo el cual os habéis sentado durante todo un verano, una mesa de la hamburguesería del barrio, la orilla de un río. Qué colores, ruidos, olores hay? Si alguna otra persona leyera vuestra descripción, tendría que poder entender lo que se siente estando en este sitio, y sentir lo mucho que os gusta, no porque digáis que os gusta, sino por el modo en que tratáis los detalles.

8. Escribid sobre el tema del dejar. Enfrentaos a él en la forma que preferáis. Podría ser vuestro divorcio, salir de casa por la mañana, la muerte de un amigo.

9. Cuál es vuestro primer recuerdo?

10. Cuáles son las personas que habéis querido?

11. Hablad de las calles de vuestra ciudad.

12. Describid a uno de vuestros abuelos.

13. Escribid acerca de uno de estos argumentos: nadar, las estrellas,

la vez que habéis tenido más miedo,

un lugar rico en vegetación,

cómo habéis aprendido sobre el sexo,

vuestra primera experiencia sexual,

la vez que os habéis sentido más cerca de Dios o de la naturaleza, lecturas y libros que han cambiado vuestra vida, las resistencias físicas, uno de vuestros profesores, No seáis abstractos. Escribid cosas concretas. Sed sinceros y precisos.

14. Tomad un libro de poesía. Abridlo en un punto cualquiera, tomad un verso, escribidlo y empezad por ahí. Una amiga mía lo llama escribir desde la página. Si se empieza por un bonito verso, esto puede ayudarnos mucho, puesto que empezamos desde grandes alturas. Moriré en París, en un día lluvioso Será un jueves. Es un verso del poeta Cesar Vallejo. Moriré un lunes a las once en punto, un viernes a las tres en el South Dakota conduciendo un tractor, en Brooklyn en una pastelería, etc.

Cada vez que nos quedemos bloqueados, es suficiente con volver a escribir el verso con el que empezamos, y seguir adelante. Volviendo a escribir la primera línea, podemos volver a empezar de forma totalmente nueva, con la posibilidad de tomar una dirección completamente distinta: No quiero morir, y no me importa si sucede en París, en Moscú o en Youngstown, en Ohio.

15. Qué clase de animal sois? Crees que podrías ser una vaca, un hámster, un zorro o un caballo?

Empezad a crear vosotros mismos los materiales y argumentos sobre los que escribir. Se trata de un óptimo ejercicio.

<SALTO DE FICHERO>

LUCHAR CON EL TOFU.

La palabra disciplina tiene normalmente algo de desagradable. Yo la entiendo siempre como un forzar a mi parte perezosa a someterse, y nunca funciona. El dictador y el opositor siguen peleando:

No tengo ganas de escribir.

Pues, tienes que hacerlo.

Escribiré después, estoy cansada.

Tienes que escribir ahora.

Mientras tanto, el cuaderno sigue vacío. Es otro de los recursos del yo para seguir luchando. Katagiri Roshi ha acuñado una expresión acertada: luchar

con el tofu. El tofu es el queso de soja. Es compacto, soso, blanco. Luchar con el tofu es perfectamente inútil; no se llega a ninguna parte. Si a estos dos personajes que están dentro de nosotros les apetece tirarse de los pelos, dejemos que lo hagan. Mientras, nuestra parte equilibrada tiene que levantarse en silencio, coger el cuaderno y empezar a escribir, arrancando desde un nivel más profundo y tranquilo. Desgraciadamente, lo que sucede a menudo es que los dos contrincantes, puesto que se encuentran dentro de nuestra cabeza, nos sigan incluso hasta el cuaderno. No siempre es posible dejarlos en el jardín, o en el sótano, o en la guardería. Entonces, pue

de ser mejor dejarles la palabra para que ésta se plasme durante cinco o diez minutos en nuestro cuaderno. Dejémoslos seguir por escrito. Lo sorprendente es que si dejamos, en lo que escribimos, espacio a estas voces, en seguida sus quejas nos aburren de muerte.

No se trata más que de una forma de resistencia. Con tal de resistir, el yo logra ser extremadamente creativo e inventa tácticas sutilísimas. Una amiga mía, que estaba empezando su primera novela, me explicó que se sentaba frente a la máquina de escribir y, durante los primeros diez minutos, se limitaba a escribir que como narradora daba realmente asco y que era una idiota por pensar que podría escribir una novela. Luego quitaba la hoja de la máquina, la rompía y se enfrentaba con la tarea del momento, o sea, el siguiente capítulo de su novela.

Es importante encontrar un sistema para empezar a escribir, de otra forma incluso lavar los platos se convierte en la cosa más importante del mundo: cualquier cosa con tal de evitar que nos pongamos a escribir. Al final, sin embargo, uno tiene que acabar con ello, sentarse y ponerse a escribir. Y es doloroso. Escribir es una actividad tan simple, fundamental y austera. No hay accesorios que puedan hacerla más agradable. El mono travieso de la mente preferiría, con mucho, discutir nuestras resistencias con una amiga en un bonito y pequeño restaurante, o ir al psicoanalista para analizar los bloqueos mentales. Nos gusta complicar las cosas sencillas. Una máxima zen dice: Cuando hables, habla, cuando camines, camina, y cuando mueras, muere. Cuando escribas, escribe. Deja de enredarte con los sentimientos de culpa, las acusaciones y las amenazas.

Dicho esto, querría proponeros algunos trucos a los que recurrí en el pasado para animarme a seguir adelante:

1. Hace tiempo que no escribo nada. Llamo a una amiga por teléfono, también escritora, y me cito con ella a la semana siguiente para revisar juntas lo que hemos escrito. Entonces, estoy obligada a escribir algo para enseñárselo.

2. Dirijo talleres de escritura y también tengo que hacer las tareas que doy en clase. A la hora de empezar a enseñar a escribir, no esperé a haber escrito durante años

. Vivía en Taos, y hace diez años allí no escribía mucha gente. Necesitaba confrontarme con otros escritores y, con este fin, organicé un grupo de escritura para mujeres.

Enseñándoles a ellas, yo

también aprendí a escribir. Si quieres aprender, enseña, dice Baba Hari Dass, un yogi indio.

3. Me despierto por la mañana y me digo a mí misma: Bien, Natalie, hasta las diez puedes hacer lo que quieras. Alas diez has de tener una pluma en la mano. Me concedo un poco de espacio y me doy un plazo preciso.

4. Me despierto por la mañana y, sin pensar, sin lavarme, sin dirigirle la palabra a nadie, me siento inmediatamente frente a la mesa y me pongo a escribir.

5. Desde hace dos meses enseño a tiempo completo, cinco días a la semana. Vuelvo a casa cansadísima y llena de resistencias a escribir. A tres manzanas de mi casa hay una pastelería especializada en croissants donde también hacen deliciosos pastelitos de chocolate muy baratos. Puedo sentarme y escribir todo el tiempo que quise. Una hora después de haber vuelto a casa, me digo a mí misma: Bien, Natalie, si vas al Croissant Express y escribes durante una hora, tal vez puedas disfrutar de dos pastelitos de chocolate. Normalmente, al cabo de un cuarto de hora estoy en la calle, pues el chocolate es uno de los alicientes de mi existencia. Un

solo problema: el viernes pasado tuve la cara dura de tomarme cuatro pastelitos, en lugar de los dos de siempre: todo, con tal de obligarme a escribir.

Generalmente, cuando realmente he entrado en lo que escribo, no necesito otras compensaciones.

6. Intento llenar un cuaderno al mes. No me impongo objetivos de calidad, sino sólo de cantidad: un cuaderno lleno, no importa la porquería que escriba en ella. Si estamos a día 25 y he llenado sólo cinco páginas y tengo otras setenta por llenar antes de fin de mes, en los cinco días que quedan me espera un buen montón de trabajo.

Se pueden inventar toda suerte de estratagemas. Lo importante es no dejarse atraer por el círculo vicioso del

sentimiento de culpa, de las escapatorias y de las presiones sobre uno mismo. Cuando es vuestro momento de escribir, escribid y punto.

<SALTO DE FICHERO>

PROBLEMAS CON EL REVISOR.

Cuando nos dedicamos a escribir, es importante mantener al creador separado del revisor, o sea del censor interno, con el fin de que el creador goce de un amplio espacio para respirar, explorar y expresarse. Si el revisor empieza a fastidiar en serio y tenéis dificultades a la hora de distinguirlo de la verdadera voz creativa, siempre que sea necesario, sentaos y escribid lo que os está diciendo; concedédele la posibilidad de expresarse plenamente. Eres una estúpida, quién te ha dicho que sabes escribir, qué son estas porquerías, eres una imbécil, me das vergüenza, no tienes nada significativo que decir y, además, todavía cometes errores de ortografía.... O

s suena familiar?

Más a fondo conocemos a este revisor, más fácil se nos hace ignorarlo. Al cabo de un rato lo que dice se convierte simplemente en un parloteo lejano, como las charlas de un viejo borracho. No demos alas a su poder

escuchando sus palabras vacías. Si la voz dice: Eres aburrido, la escuchamos, y la mano para de escribir, esto da cuerpo y credibilidad al revisor. La voz sabe que la palabra aburrido consigue b loquearnos inmediatamente; ésta es la causa de que la oigamos muchas veces mientras s escribimos. Pero este eres aburrido hay que oírlo como un lejano murmullo de rop a blanca tendida a secarse al viento. Al final se secará y alguien, a kilómetros de distancia, la doblará y se la llevará a casa. Mientras, nosotros seguiremos escribiendo.

ELKTON, MINNESOTA: CUALQUIER COSA QUE TENGÁIS DELANTE.

Entro en clase en Elkton, Minnesota. A principios de abril, los campos que rodea n la escuela están mojados, todavía no han sido arados, ni sembrados. El cielo es de un gris oscuro. Cuando los veinticinco muchachos de octava de básica me informan de que rabinos es una de las palabras del ejercicio de ortografía que tenían de debe res, les explico que soy judía. Ninguno de ellos había visto un judío antes. Soy consc iente de que durante la hora siguiente todo lo que haré representará para ellos un e jemplo de lo judío. Al entrar en clase, estaba comiendo una manzana: ahora todos l os judíos comen manzanas. Les cuento que nunca he vivido en un pueblo de campo: ah ora, ningún judío ha vivido nunca en el campo. Un estudiante me pregunta si conozco a alguien que haya estado en un campo de concentración. Y hablamos de los alemanes

: muchos de ellos son de origen alemán.

Son chicos muy abiertos y percibo en ellos una profunda vulnerabilidad. Es hermo so. Saben de qué pozo procede el agua que beben, que el gato que se escapó hace dos años no volverá, conocen la sensación que produce el aire entre sus cabellos cuando co rren. No tengo necesidad de explicarles las reglas de la poesía. Ya están dentro. Es tán cerca de las cosas. Entonces les pregunto: De dónde venís, quiénes sois, qué es lo que os hace tal como sois?. Les digo que vengo de la ciudad, pero que también conozco aquellos campos. Escribiendo, podemos ser omniscientes. Podemos estar aquí y cono cer las calles de New York. Podemos hacer vivir en nosotros partes de otros: Soy el ala del cuervo que se ha ido para no volver nunca más.

Ésta, por lo tanto, es una de las mejores maneras de generar escritura. Antes de entrar en clase, no me había hecho ningún programa. Había intentado estar presente, tranquila, abierta, y la situación me ha ofrecido el argumento. Y, dondequiera que va ya, estoy segura de que me sucederá lo mismo. El truco consiste en abrir nuestro corazón. Si tuviera que presentarme en una clase de una escuela de ciudad, pongamos en un barrio popular de New York, a lo mejor me acorazaría con un surtido de ejercicios de escritura listos para el uso, pues tendría miedo. He crecido en New York y he oído hablar de toda clase de cosas. Y sería una lástima para todos, sobre todo para mí. Si tengo miedo, también lo que escribo estará distorsionado, y ya no corresponderá a la realidad. Pero en ese caso tendrías razón en tener miedo!. No, significaría simplemente actuar en base a un prejuicio.

Después de terminar el college, en 1970, trabajé como suplente en las escuelas públicas

de Detroit. Acababan de producirse una serie de tumultos en los barrios negros y, entre los estudiantes, circulaban fuertes sentimientos de orgullo racial. Yo era una novata, recién llegada a Detroit. Todo era nuevo, y yo estaba abierta. Recuerdo que me llamaron para una suplencia de inglés en una escuela superior en la que todos los estudiantes eran negros. Muy bien, pensé. En el college había escogido inglés como especialidad. Cogí mi vieja antología de literatura inglesa, salí con el coche y me fui a la escuela. Cuando tocó el timbre, los chicos entraron en la clase.

Era un tercero de B.U.P. Hey, niña, que haces aquí?. Era evidente que no se quedarían quietecitos en sus pupitres, pero no me importaba. Era la hora de inglés y yo estaba enamorada de la literatura. Ahora, escuchadme un momento. Quiero que conozcáis estas poesías. A mí me gustan muchísimo. Y les leí mi preferida, *Gods Grandeur* de Gerard Manley Hopkins, que, a menudo, en el college había leído en voz alta provocando ruidosas protestas por parte de mis compañeras de habitación. Se la leí con la misma energía a aquella clase de Detroit. Cuando hube terminado, reinaba el silencio más absoluto. A continuación, un estudiante cogió un libro de poesías de Langston Hughes, me lo lanzó y me dijo: Lee estas. En lo que quedaba de hora, leímos en voz alta a poetas negros.

El escritor, cuando escribe, tiene que acercarse a las cosas como si cada vez fuera la primera. En Elkton, un profesor me cogió aparte: Mira debajo de los pupitres. Tienen los zapatos todos enfangados. Es buena señal. Quiere decir que es primavera. Y yo me di cuenta, maravillada, por primera vez.

Cómo se pueden generar ideas para escribir, argumentos sobre los que escribir? Cualquiera cosa que tengáis delante puede ser un buen comienzo. Y, luego, salid. Recorred cada calle. Podéis ir a todas partes. Contádmelo todo lo que sepáis. No os preocupéis si lo que sabéis no puede demostrarse o si no lo habéis estudiado. Por lo que a mí respecta, conozco los campos que rodean Elkton porque digo conocerlos, y porque quiero andar entre estos campos durante toda la eternidad. No os preocupéis de si significa la semana transcurrida en dar un curso de poesía, o en vender tractores, o que os hayáis encontrado por ahí de casualidad durante un viaje al oeste. Es cribiendo podéis hacer vuestro todo lo que queráis, y luego pasar a otra cosa.

<SALTO DE FICHERO>

RECOGER AGUA DEL SUBSUELO.

No os preocupéis por vuestros talentos y por vuestras capacidades: se desarrollarán mediante el ejercicio. Katagiri Roshi decía: Las capacidades son como una capa de agua bajo la superficie de la tierra. La capa de agua no pertenece a nadie, pero todos pueden sacar agua de ella. Podemos alcanzarla mediante nuestros esfuerzos

, y ella nos atravesará. Basta con ejercitarse escribiendo; cuando aprendemos a darle confianza a nuestra propia voz, entonces podemos dirigirla. Si queréis escribir una novela, escribidla. Si os apetece escribir ensayos o cuentos, escribidlos.

Escribiéndolos, aprenderéis cómo se hace. Podéis estar seguros de que, poco a poco, adquiriréis las técnicas y el oficio que os hacen falta.

En cambio, a menudo empezamos a escribir arrancando desde un patrimonio de pobreza. Uno piensa que está vacío, y busca afanosamente profesores y cursos que puedan enseñarle a escribir. A escribir se aprende

escribiendo. Parece sencillo, y lo es. No se aprende saliéndonos de nosotros mismos para dirigirnos a autoridades externas que, creemos, saben cómo se hace. Un amigo mío, gordo y muy simpático, decidió cierto día que quería empezar a hacer gimnasia. Se fue a la librería y se compró un libro para saber cómo se hacía. Pero para perder peso no es suficiente con leer un libro. Hay que hacer gimnasia.

El aspecto más trágico de nuestro sistema escolar es que coge a los niños, poetas y narradores naturales, y los obliga a leer poesías y cuentos para distanciarse luego de lo que han leído y hablar sobre ello.

LA CARRETILLA ROJA de William Carlos Williams

tanto depende de una carretilla roja glaseada de agua pluviosa a blancas gallinas arrimada.

Qué quiere decir el poeta cuando habla de una carretilla roja? Pretendía indicar una puesta de sol? Un carro? Y por qué estaba glaseada de agua pluviosa?. Cuantas preguntas. No quería dar a entender nada más que una carretilla, y era roja porque era roja y acababa de llover. Y tanto depende de aquella carretilla porque una poesía es un breve momento de iluminación: en aquel preciso instante aquella carretilla, tal como era, despertó a Williams, se convirtió en todo.

En la escuela, se presenta la poesía como si el poeta hubiese ocultado en sus propias palabras una clave secreta, y fuese un deber del lector encontrarla. Sin embargo, la poesía no es una novela de intriga. Tenemos, en cambio, que acercarnos a la obra poética tal como es. Aprended a evocar en la memoria las imágenes y los versos exactamente como el poeta los ha creado. No os alejéis de aquel calor, de aquel fuego, para hablar sobre ello. Quedaos cerca. Es así como aprenderéis a escribir. Q

uedaos cerca de la obra original. Quedaos cerca de vuestra mente original, y escribid arrancando desde allí.

<SALTO DE FICHERO>

NOSOTROS NO SOMOS EL POEMA.

El problema es que creemos existir. Creemos que nuestras palabras son algo sólido y permanente que se queda pegado a nosotros para siempre. Sin embargo, esto no es verdad. Nosotros escribimos en el instante presente. Algunas veces, en una lectura pública, cuando leo poesías mías a extraños me doy cuenta de que, a sus ojos, yo soy yo y aquellas poesías. Pero yo y mis poesías no somos la misma cosa, aunque hable en primera persona. Eran mis pensamientos, mi mano, la situación y las emociones del momento en que escribía. Observémonos. Nosotros cambiamos continuamente. Es una grandísima oportunidad. En cualquier momento podemos abandonar nuestra rígida personalidad

, nuestras viejas ideas y volver a empezar. He aquí lo que significa escribir. En lugar de hacernos inflexibles, nos libera.

La capacidad de poner algo en el papel, de contar lo que sentimos por un ex marido, un zapato viejo, o aquel sandwich de queso que nos comimos en Miami una mañana gris, el momento cuando, por fin, conseguimos armonizar lo que sentimos por dentro con las palabras que escribimos, es un momento en el que somos libres, puesto que ya no luchamos con lo que está dentro de nosotros. Lo hemos aceptado, nos hemos vuelto una única cosa. Una vez escribí una poesía, una larga poesía, titulada Sin esperanza. Cuando vuelvo a pensar en ella, la siento como una poesía gozosa, puesto que, en cuanto fui capaz de describir la desolación y el vacío, me volví a sentir de nuevo viva y valiente. Cuando la leo, sin embargo, casi siempre los que escuchan comentan: Qué triste es. Intento explicarlo, pero nadie me hace caso.

Es importante recordar que nosotros no somos el poema. Los demás pueden reaccionar como mejor les plazca; y, si escribimos poesías, es mejor acostumbrarse a las ocasiones en las que no suscitaremos la menor reacción. Pero esto está bien. La fuerza siempre reside en la acción de escribir. Siempre tenemos que volver a esto. No nos dejemos atrapar por la admiración que nuestras poesías puedan despertar. Es divertido, claro. Pero el público, luego nos obliga a leer las que él prefiere, hasta que nos aburrimos de ellas. Escribamos bonitas poesías, pero luego dejémoslas tras nosotros. Publiquémoslas, leámoslas, sigamos escribiendo.

Recuerdo a Galway Kinnel, en la época en que se publicó su maravilloso Book of Night mares. Era un jueves por la tarde, en Ann Arbor. Nunca había oído hablar de él y ni siquiera sabía cómo se pronunciaba su nombre. Le oí recitar aquellas poesías; para él eran nuevas, estaban llenas de emoción y representaban una meta importantísima. Le oí leerlas otra vez seis años después en Santa Fe, en New México. Durante aquellos seis años había leído aquel libro tantas veces, que ya no podía más. Leyó sus poesías una tras otra, luego apartó el libro y preguntó: ¿Dónde está el frescor?. Para él, en aquellas poesías ya no había nada inquietante. La electricidad que había percibido en el aire seis años antes,

ahora ya no estaba.

Es doloroso quedarnos enredados en nuestras propias poesías, recibir demasiados conocimientos por una colección de poesías. La verdadera vida está en escribir, no en leer infinitas veces las mismas poesías durante años y años. Necesitamos continuamente nuevas intuiciones, nuevas visiones. Nosotros no somos algo sólido y permanente.

No existe una verdad definitiva, tal que nos garantice una satisfacción eterna, que se pueda capturar en una poesía. No tenemos que identificarnos demasiado con lo que escribimos. Detrás de aquellas palabras, el negro sobre el blanco, debemos conservar nuestra fluidez. Nosotros y nuestras palabras no somos la misma cosa. Aquellas palabras representan un momento importante que nos atravesó.

Estábamos despiertos y, escribiendo sobre ello, conseguimos capturarlo.

<SALTO DE FICHERO>

HOMBRE COME COCHE.

Hace algunos años, apareció en el periódico un artículo, no lo leí sino que me lo contaron

, acerca de un yogi indio que se había comido un coche. No todo de golpe, sino poco a poco. Había empleado un año para ello. Mirad, a mí una historia como ésta me estimula en seguida la imaginación. Cuánto habrá

aumentado de peso? Cuántos años tendría? Tenía todo los dientes? También se comió el carburador, el volante, la radio? Y el coche, de qué marca era? Y el aceite, también se lo bebió?

Expliqué esta historia a un grupo de niños de tercera de básica en Owatonna, Minnesota

. Estaban sentados encima de una alfombra azul, frente a mí. Al final parecían confundidos. Me hicieron las preguntas más obvias: Por qué se ha comido un coche?, y luego comentaron: Ugh! Pero uno de ellos, un chiquillo de ojos oscuros y cabellos enmarañados que será mi amigo para toda la eternidad, se limitó a mirarme y luego estalló en una estruendosa carcajada, y yo también me puse a reír. Era fantástico! Un hombre se había comido un coche! Era una historia absolutamente ilógica, completamente absurda.

En cierto sentido, es así como tendríamos que escribir. Sin preguntar Por qué?, sin es coger con delicadeza una chocolatina, o un tornillo tras otro, sino vorazmente, dejando que nuestra mente lo engulla todo, y luego lo vuelva a escupir en el pap el con gran energía. No debemos pensar: Éste es un buen argumento para escribir, o D

esto es mejor no hablar. Escribir es todo, no hay condiciones. No existe separación entre la escritura, la vida y la mente. Si se piensa con la suficiente amplitud de miras como para aceptar que la gente pueda comer coches, se logrará comprender que las hormigas son elefantes, y los hombres mujeres. Se conseguirá vislumbrar la transparencia de todas las formas, hasta el punto de hacer desaparecer todas las separaciones.

La metáfora es precisamente esto. No consiste en decir que la hormiga es como un elefante. Puede que sea así, los dos están vivos. No. Metáfora es decir que la hormiga es un elefante. Claro, lógicamente sé bien que existe una diferencia. Si me ponéis del ante de hormigas y de elefantes, estoy convencida de que en cada ocasión sabría cuál de los dos es el elefante y cuál la hormiga. Por consiguiente, la metáfora debe nacer en una región muy distinta a la de la lógica y la racionalidad. Nace de una postura de gran valor, de una gran disponibilidad para salir de nuestro modo preconcebido

de ver las cosas y abrirnos hasta el extremo de que logremos ver la identidad entre la hormiga y el elefante.

Sin embargo, no tenemos que preocuparnos por las metáforas, no hay que pensar: Tengo que escribir unas metáforas pues, de otro modo, no sería literatura. Ante todo, no hay que hacer literatura. Las metáforas no pueden ser forzadas. Si en el momento en que escribimos no estamos absolutamente convencidos de que el elefante y la hormiga son la misma cosa, la metáfora sonará falsa. Si, en cambio, estamos plenamente convencidos, seguramente habrá alguien que nos tachará de locos; pero, mejor locos que falsos. Cómo podremos, sin embargo, convencernos realmente, hasta el extremo de poder escribir en clave de metáfora?

No hay que convencerse en absoluto. Simplemente hemos de quitarnos de en medio y

registrar nuestros propios pensamientos tal como llegan. La práctica de la escritura ablanda el corazón y la mente y ayuda a mantenernos flexibles, hasta el extremo que hace desaparecer las rígidas distinciones entre las manzanas y la leche, los tigres y el apio. Se puede saltar directamente de la luna al oso. Si seguimos nuestros propios pensamientos, el paso será espontáneo, puesto que está en la naturaleza de la mente avanzar a grandes saltos. Y vosotros lo sabéis. Habéis intentado alguna vez retener durante largo tiempo un único pensamiento? Indefectiblemente, llega otro.

Si la mente avanza a saltos, también lo que escribimos avanzará a saltos, pero no será algo artificial. Reflejará la naturaleza de los primeros pensamientos, el modo en que vemos el mundo cuando estamos libres de prejuicios y logramos vislumbrar los principios fundamentales. Estamos todos intercomunicados. La metáfora lo sabe, por lo tanto es un acto religioso. No hay separación entre la hormiga y el elefante

. Todas las fronteras desaparecen, como cuando miramos a través de la lluvia, entonces los ojos, o nos deslumbran las luces de la ciudad.

<SALTO DE FICHERO>

LA ESCRITURA NO ES UNA HAMBURGUESA.

A veces me llega algún estudiante que es buenísimo desde el principio. Pienso en uno en particular. Cuando leía en voz alta, el aire estaba cargado de electricidad. A menudo temblaba. Escribir le abría totalmente: sabía transmitir lo que significaba tener catorce años y estar en un manicomio, andar por las calles de Minneapolis en un viaje de LSD, velar el cadáver de su hermano en San Francisco. Decía que hacía años que quería escribir. Los demás le decían que tenía que escribir, pero cada vez que había intentado hacerlo no había conseguido comunicar los hechos o las sensaciones que había vivido con las palabras que ponía en el papel.

Esto sucedía porque ya tenía una idea de lo que hubiese querido decir antes de llegar al papel. Está claro que podemos perfectamente sentarnos a escribir teniendo algo que decir. Pero, en este punto, hay que dejar que el modo en que lo expresamos surja espontáneamente tanto en nosotros como en el papel. No hay que retenerse, hay que dejar que salga por sí mismo, sin intentar controlar lo que pasa. Sí, aquellas experiencias, aquellos recuerdos, aquellas sensaciones están en nosotros, pero no podemos trasladarlas al papel en la misma forma en que el cocinero saca una pizca del horno.

Cuando escribís, dejáros ir completamente y, para expresar lo que tenéis dentro, recurrid a un comienzo simple, con palabras sencillas. No hay seguridad de que al principio salga todo bien. Permitíos cierta torpeza. Os estáis desnudando. Estáis poniendo al desnudo vuestra existencia, no el modo en que el ego quisiera veros representados, sino como sois en vuestra esencia humana. Es por ello que, en el acto de escribir, veo un acto religioso. Escribir nos abre, y ablanda nuestro corazón con relación al mundo, incluyendo todas sus miserias.

Cuando estoy nerviosa, irritable, insatisfecha, pesimista, negativa, en fin, depurada, me doy cuenta de que se trata de una sensación. Sé que esta sensación puede cambiar. Sé que es una manifestación de aquella energía interior que intenta encontrar su lugar en el mundo, y que necesita amigos.

Por supuesto que puede haber argumentos sobre los que nos apetezca escribir. Quisiera escribir sobre mi hermano, muerto en San Francisco. Sin embargo, no debemos acercarnos a ellos con la mente y las ideas, sino con todo el cuerpo, con el corazón, el estómago, los brazos. Empecemos a

escribir con la misma torpeza y la misma torpeza con la que un animal lanza su grito de dolor, y allí descubriremos nuestra inteligencia, nuestras palabras, nuestra auténtica voz.

A menudo me dicen: Estaba andando por la calle (o conduciendo, comprando, corriendo) y se me ha ocurrido una poesía; luego, cuando he intentado escribirla, ya no he conseguido hacerla salir. A mí también me pasa. Andar o correr son una cosa, ponerse a escribir, otra. Dejad correr lo que estabais haciendo antes y la poesía que surgió en vuestra mente. Éste es otro momento. Escribid otra poesía. A lo mejor, con l

a secreta esperanza de que pueda salir algo de lo que teníais anteriormente en la mente, pero dejad que salga como quiera. No lo forcéis.

El estudiante del que hablaba al principio, vino tan excitado que intentó inmediatamente dar forma a un libro. Yo le dije: Tómatelo con calma. Por ahora, déjate espacio para escribir tal como salga y para entender cómo funciona. Escribir es algo que requiere de una vida entera y mucho ejercicio. Entendía muy bien sus prisas. Necesitamos pensar que estamos haciendo algo útil, que estamos yendo hacia algún sitio, que estamos produciendo algo. Estoy escribiendo un libro.

Concedámonos un poco de espacio, antes de embarcarnos en nuestro opus magnum. Aprendamos a darle confianza a la fuerza de nuestra voz. Ésta se desarrollará naturalmente en una cierta dirección y según su necesidad, pero esto sucederá en un contexto distinto del de la necesidad de obtener resultados tangibles. Escribir no es una hamburguesa. La cocción requiere mucho más tiempo, y no se puede saber desde el principio si resultará un asado, un estofado o una chuleta de cordero.

<SALTO DE FICHERO>

OBSESIONES.

De vez en cuando hago una lista de mis obsesiones. Cada vez aparecen nuevas; algunas cambian, otras, gracias a Dios, pertenecen al pasado.

Todos los escritores, antes o después, hablan de sus propias obsesiones. Cosas que les persiguen; cosas que no consiguen olvidar; historias que arrastran y que es peran sacar a la luz.

A los que participan en mis grupos de escritura, les hago recopilar una lista de sus obsesiones, de modo que puedan darse cuenta de cómo transcurren (consciente o inconscientemente) sus horas de vigilia. Tras haberlas escrito, las podemos utilizar. Tenemos una lista de argumentos sobre los que escribir. Nuestras obsesiones más tercas tienen un gran poder: a ellas volveremos repetidamente al escribir, construyendo a su alrededor nuevos cuentos. Así que es mejor rendirnos a ellas. Lo queramos o no es muy probable que, de todas formas, gobiernen nuestra vida. Por lo tanto, es mejor ponerlas a trabajar para nosotros.

Una de mis obsesiones es mi familia judía. De vez en cuando, decido que he escrito bastante sobre ella. No me apetece nada parecer una niña mimada por su mamá. En el mundo hay otras cosas sobre las que escribir. Es verdad que existen otros argumentos, y que éstos se me presentan espontáneamente, pero, si tomo conscientemente la decisión de no escribir sobre mi familia, este acto de rebelión parece remover también todo lo demás, sencillamente porque gasto un montón de energía para evitar algo.

Es como cuando decido hacer régimen. En cuanto tomo la decisión, la comida parece convertirse en la única cosa importante de esta tierra y mientras conduzco el coche, corro, escribo en mi diario, todas estas acciones se vuelven estrategias para evitar la única cosa que deseo verdaderamente. En mi caso, es mucho mejor otorgar al alimento y al hambre cierto espacio en mi existencia, pero amigablemente, de forma que no me encuentre devorando destructivamente doce pastelitos, todos de una vez.

Lo mismo es válido respecto a escribir sobre mi familia. Es suficiente con otorgar le algunas hojas, y pronto vuelve a ocupar su lugar en la Galería de Obsesiones, dejando espacio para otros argumentos. Si intento ahogarla, entonces vuelvo a encontrármela delante aunque la poesía que esté escribiendo se refiera a un remoto pueblocito de campo, y hasta la campesina de Iowa parece estar a punto de confeccionar unas tortillitas de queso.

Una vez, un alcohólico que estaba desintoxicándose me explicó que, en las fiestas, el alcohólico siempre sabe dónde se encuentran los vinos y los licores, qué provisión hay, cuánto ha bebido hasta ahora y dónde irá a agenciarse la próxima copita. Yo nunca he tenido una gran pasión por el alcohol, pero tengo una pasión desenfrenada por el chocolate. Tras enterarme de esta faceta del comportamiento de los alcohólicos, empecé a vigilarlos. Al día siguiente estaba en casa de un amigo. Su compañero de habitación estaba poniendo al horno unos pastelitos de chocolate, y nosotros tuvimos que salir p

ara ir al cine antes de que estuvieran listos. Me di cuenta en seguida de que, durante toda la película, yo seguía pensando en sordina en aquellos pastelitos. Estaba impaciente por ir a comerme uno. Acabada la película, encontramos por casualidad a unos amigos que nos propusieron ir juntos a algún sitio para charlar un rato. M

e descubrí a mí misma presa del pánico: ahora quería absolutamente aquellos pastelitos.

Inventé una excusa cualquiera para hacer una escapada a casa de mi amigo antes de terminar la velada en alguna otra parte.

Estamos dominados por nuestras compulsiones. O quizás sólo me pase a mí. Pero, se me antoja que las obsesiones poseen una gran energía. Esta energía puede ser contenida.

Sé que la mayor parte de mis amigos escritores están obsesionados por escribir. Funciona exactamente como con lo del chocolate. Pensamos continuamente en que hay que escribir, aunque estemos haciendo otra cosa. No es muy divertido. La vida del artista no es fácil. Nunca está libre, a menos que se esté dedicando a su propio arte.

Sin embargo, creo que producir arte siempre es mejor que beber desmesuradamente o atiborrarse de chocolate. Amenudo me pregunto si todos los escritores grandes bebedores de alcohol no beben tanto a causa de que no están escribiendo, o porque tienen dificultades a la hora de escribir. No es que beban porque son escritores, lo hacen porque son escritores que no están escribiendo.

Ser escritor y escribir significa sentirse libre. Significa cumplir la propia función. Hace tiempo, creía que la libertad consistía en hacer todo lo que uno quisiese.

Sin embargo la libertad consiste en entender quiénes somos, entenderlo que tendríamos que hacer en esta tierra y, por fin, simplemente hacerlo. No consiste en dejarse desviar, en pensar que una no tendría que escribir más sobre su familia judía, si su rol en la vida es precisamente éste: registrar su propia historia, explicar quién es eran estos Goldberg, inmigrantes de la primera generación en Brooklyn, en Long Island y Miami, antes de que todo esto pase y lo borre el tiempo.

Pobres artistas, dice Katagiri Roshi. Cuánto sufren. Acaban una obra de arte y no quedan satisfechos. Enseguida quieren ponerse a escribir otra. Sí, pero si se siente esta necesidad perentoria, es mejor ponerse a escribir otra antes que empezar a beber y acabar alcoholizados, o comer kilos de chocolatinas y convertirnos en toneles.

Por eso, tal vez no todas las obsesiones sean algo malo. Estar obsesionado por la paz es algo bueno. Pero entonces hay que practicarla, no sólo pensar sobre ella y ya está! Tener la obsesión de escribir es algo bueno. Pero entonces, escribamos. N

o dejemos que esta obsesión se tuerza y se convierta en alcoholismo. Estar obsesionado por el chocolate no es bueno. Lo sé por experiencia propia. Es dañino para la salud y no ayuda al mundo como puedan hacerlo la paz y la escritura.

Carolyn Porche, una poetisa que ha ganado el premio Lamont por su libro *The Country Between Us* sobre El Salvador, ha dicho: Hemos de transformar nuestras obsesiones más íntimas de forma que nos convirtamos en escritores políticos. Se trata de una afirmación muy sensata. No se puede escribir sobre política pensando que tenemos que hacerlo. Sería una payasada. Hay que empezar a ocuparse de política, a leer, a hablar sobre ello, sin preocuparse del efecto que esto pueda tener sobre lo que se escribe. Cuando se haya convertido en una obsesión, escribir sobre ello será algo espontáneo.

<SALTO DE FICHERO>

DETALLES ORIGINALES.

Este capítulo, aunque breve, es importante: cuando escribáis, utilizad detalles originales. La vida es tan rica que, si conseguimos escribir los detalles reales de la forma en que las cosas eran y son, ya no hace falta mucho más. Aunque trasladéis las ventanas de vidrio con el letrero de cerveza Rheingold que rueda lentamente, el estante de las bolsas de patatas fritas y los altos taburetes de la taberna de New York, a la que una vez fuisteis a beber, a un bar de un relato ambientado en otro estado, la historia poseerá autenticidad y solidez. Oh no, aquel bar estaba en Long Island, no podemos ponerlo en New Jersey. En cambio, sí que se puede. E

n la utilización de los detalles originales no debemos ser rígidos. La imaginación es

capaz de trasladar los detalles, pero utilizando detalles que conocemos de primera mano, cosas que de verdad hemos visto, daremos a lo que escribimos credibilidad y verdad. De este modo se crean sólidos cimientos sobre los que construir.

Obviamente, si alguien acaba de estar en New Orleans, metido en aquel calor húmedo que se puede cortar con un cuchillo, y ha chupado patas de langosta en el Magno lia Bar de Charles Street, no podemos hacer que el personaje de antebrazos musculosos de un cuento ambientado en Cleveland en una noche de enero haga lo mismo.

La cosa no puede funcionar, a menos que, naturalmente, lo hagamos en clave, surrealista, donde las fronteras empiezan a confundirse.

Estad preparados para recoger los detalles del ambiente que os rodea, pero no ha sta el punto de poneos enfermos. Bien. Estoy en una boda. La esposa lleva un vestido azul. El esposo lleva un clavel rojo en el ojal. Están sirviendo tostaditas de hígado. Relajaos, gozad de la fiesta, estad presentes y abrid vuestro corazón. Espontáneamente iréis absorbiendo el ambiente que os rodea y, más tarde, sentados frente a la mesa de escribir, conseguiréis recordar, con la máxima precisión, qué se sentía al bailar con la madre del

novio, recordaréis su pelo rojo, volveréis a ver la marca de carmín en los incisivos cuando os sonreía y oleréis de nuevo su perfume mezclado con el sudor.

<SALTO DE FICHERO>

LA FUERZA DEL DETALLE.

Estoy en el Costas Chocolate Shop de Owatonna, en Minnesota. Mi amiga está sentada frente a mí. Acabamos de terminar dos ensaladas griegas, y hemos decidido ponernos a escribir durante media hora entre los vasos llenos de agua, una Coca Cola bebida a medias y una taza de café con leche. Los reservados son color naranja, y en la galería hay hileras e hileras de caramelos de crema recubiertos de chocolate.

Al otro lado de la calle está el Owatonna Bank, proyectado por Louis Sullivan, el maestro de Frank Lloyd Wright. Dentro del banco hay un gran fresco que representa a una vaca, y espléndidas ventanas de vidrio de colores.

Nuestra vida es ordinaria y al mismo tiempo mítica. Vivimos y morimos, envejecemos maravillosamente o nos llenamos de arrugas. Nos despertamos por la mañana, compramos algo de queso y esperamos tener en la cartera lo bastante para pagarlo. Y al mismo tiempo el corazón, máquina perfecta, sigue latiendo a través de todos los dolores y todos los inviernos que vivimos sobre esta tierra. Nosotros somos importantes, y nuestras vidas son importantes, mejor dicho, magníficas, y vale la pena registrar sus detalles. He aquí cómo tiene que pensar el que escribe, he aquí cómo hay que sentirse con la pluma entre los dedos. Estamos aquí, somos seres humanos; así es como hemos vivido, que todo el mundo lo sepa; el mundo ha pasado delante de nosotros

. Nuestros detalles son importantes. De lo contrario, si no lo fueran, podríamos dejar caer una bomba y no cambiaría absolutamente nada.

En Jerusalén hay un complejo edificado en memoria del Holocausto, llamado Yad Vashem. Existe una biblioteca que conserva los nombres de los seis millones de mártires. Y en aquella biblioteca no están solamente

los nombres, sino todos los datos que se han podido encontrar acerca de ellos: dónde vivieron, dónde nacieron, todo. Aquella gente ha existido, y eso es lo que importa. *Yad Vashem*, en efecto, significa monumento al nombre. No fueron masas sin nombre las que fueron asesinadas: cada uno de ellos era un ser humano.

También en Washington hay un monumento a los caídos de Vietnam. Hay apuntados cincuenta mil nombres de soldados americanos muertos en Vietnam. Seres humanos reales, cada uno tenía un nombre, fueron asesinados y ya no caminan entre nosotros sobre esta tierra. Está también el nombre de Donald Miller, uno de mis compañeros de clase de segunda de básica, que en los márgenes de los deberes de la clase de aritmética dibujaba tanques, soldados y naves. Viendo los nombres, recordamos. El nombre es lo que arrastramos durante toda la vida, y a él contestamos, se trate de pasar lista en clase, de la ceremonia de licenciatura o de un susurro en la noche.

Es importante decir cómo nos llamamos, decir el nombre de los lugares en donde hemos vivido, y describir los detalles de nuestra existencia. Vivía en Coal Street en

Albuquerque, cerca de un garaje, y llevaba las bolsas de papel de la compra por Lead Avenue. Allí alguien, al principio de la primavera, había plantado unas remolachas, y yo observaba crecer aquellas hojas de color verde rojizo.

Hemos vivido, han sido momentos importantes. He aquí lo que significa ser escritor: ser portadores de aquellos detalles que conforman la historia, interesarse por los reservados colores naranja del café Owatonna.

Registrar los detalles de nuestra vida significa tomar postura en contra de las bombas, en contra de las matanzas indiscriminadas, en contra de la velocidad excelsiva y la eficiencia exagerada. El escritor debe decir sí a la vida, a cada aspecto de la vida: al agua en los vasos, a la jarrita de la leche, al ketchup sobre el mostrador. No le corresponde al escritor decir: Qué estupidez vivir en un pueblo o en el campo, o ir a comer a un café cuando se puede comer comida macrobiótica en nuestra propia casa. Nuestra tarea consiste en decir un sacrosanto sí a las cosas verdaderas de nuestra vida, tal

como éstas existen; a la auténtica verdad de lo que somos: nosotros, con algunos kilos de más, la calle gris y ventosa allá fuera, las decoraciones navideñas de los escaparates, la escritora judía sentada en el reservado color naranja frente a su amiga rubia que tiene niños negros. Tenemos que convertirnos en escritores que aceptan las cosas como son, que consiguen apreciar el detalle y avanzar con un sí en los labios, de forma que alrededor nuestro ya no hayan más negaciones, negaciones que le quitan valor a la vida y borran estos detalles de nuestro mundo.

<SALTO DE FICHERO>

HACER UNA TARTA.

Cuando preparamos una tarta, hemos de proveernos de los ingredientes: azúcar, harina, mantequilla, huevos, leche. Se ponen en un cuenco y se ligan bien, pero no producen una tarta, sino un engrudo informe. Ahora hay que ponerla en el horno y añadir calor, o sea energía, para que pueda transformarse en una tarta, y ésta no se parece en nada a los ingredientes con los que hemos empezado. Me acuerdo de aquellos seres en los años sesenta, no conseguían reconocer a Dios en los hippies que te miraban delante. La leche y los huevos se conservan en la tarta: No es algo nuestro.

Ni huevos, ni la hija licenciada de padres inmigrados: una extraña o nuestra propia casa.

Hay que darle cierto sentido, escribir es lo mismo. Tenemos en la mano todos los ingredientes, los detalles de nuestra existencia, no es suficiente con hacer una lista de ellos. He nacido en Brooklyn. Tengo un padre y una madre. Soy una judía

. Hay que añadirle el calor y la energía de nuestro corazón. Aquél no es un padre cualquiera; es mi padre: aquel personaje que fumaba un puro y ponía demasiado ketchup en el bistec. Aquél que amé y odié. No es suficiente con juntar los ingredientes en un cuenco; los ingredientes no tienen vida. Hay que volverse uno con los detalles, en el odio, en el amor; ellos tienen que convertirse en una prolongación de nuestro cuerpo. Acariciad los divinos detalles, dice Diogenes. No dice que los sacudamos o golpeemos de aquí para allá. Acariciadlos, rozadlos tiernamente. Tomad en serio lo que se encuentra

a vuestro alrededor. Si escribís sobre un río zambullíos completamente en sus aguas, de modo que si definís amarillo, estúpido o lento, podáis sentir con la totalidad de vuestro ser que es precisamente así. Cuando estamos profundamente involucrados, no tiene que existir un yo separado de aquello sobre lo que se escribe. Katagiri Roshi dice: Cuando hacéis zazen (meditación sentada) vosotros ya no tendríais que existir. No son Steve o Bárbara los que hacen zazen. Habría que ser así también cuando se escribe: la escritura hace escritura. Nosotros desaparecemos, estamos simplemente registrando los pensamientos que fluyen a través nuestro.

La tarta está en el horno. Es el calor el que logra que de los ingredientes salga la tarta. El calor no se distrae, no piensa: Oh, quería una tarta de chocolate, no una de frutas. De la misma manera, cuando se escribe, no se piensa: Oh, mi vida no me gusta, hubiese tenido que nacer en Illinois. No se piensa. Aceptamos lo que es y ponemos su verdad en el papel. La literatura puede explicaros lo que es la vida, dice Katagiri Roshi, pero nunca os explicará cómo salir de ella.

Los hornos, a veces, tienen berrinches, y entonces hay que aprender la manera de

subir la temperatura. Si nos damos plazos precisos para escribir, ello ayuda a subir la presión y la temperatura, lo que nos permite abrir una brecha en las defensas levantadas por el censor interno. La temperatura se eleva, también, manteniendo la mano en movimiento, sin parar, para que de la mezcla de los detalles de nuestra vida cotidiana, pueda salir una tarta maravillosa. Si, al escribir, os dais cuenta de que la vista corre demasiado a menudo hacia el reloj, os diréis que, a hora, seguiréis escribiendo hasta haber llenado las dos caras de tres (o cuatro, o cinco) hojas, o sea, hasta que la tarta esté lista, no importa el tiempo que se necesite para ello. Y una vez que el horno esté encendido, nunca podremos estar seguros de lo que saldrá, si un merengue o un mousse de chocolate. No hay ninguna garantía; no hay que preocuparse por ello. Ambos están buenos.

Hay gente que, para hacer una tarta, intenta utilizar solamente el calor, sin ingredientes. El calor, por sí mismo, es agradable y confortable, pero, al final, no hay mucho que comer para los demás. Es lo que sucede, normalmente, cuando escribimos abstractamente; tenemos la sensación de

un gran calor, pero no hay nada que no poder. Si utilizamos los detalles, adquirimos una mayor capacidad para expresar nuestras alegrías y nuestros dolores. Por lo tanto, mientras revoloteamos en el calor del horno, metamos dentro la pasta que habíamos vertido en la cazuela, para que sepamos exactamente cuál es el sabor de nuestras sensaciones, para poder probarlas y gustarlas: Oh, es un pan de los ángeles, una tarta de chocolate, un soufflé al limón. He aquí el sabor de sus sensaciones. No: Qué bueno, qué bueno! Sí, era bueno, pero cómo de bueno? Danos el sabor. En otras palabras, hacen falta detalles. Estos son las componentes fundamentales del arte de escribir. Utilizando los detalles, además, no sólo estamos preparando tartas y zumbando de aquí para allá por el horno. Al escribir con detalle, nos volvemos para enfrentarnos con el mundo. Es una acción profundamente política, puesto que no nos limitamos a deleitarnos al calor de nuestras emociones. Estamos ofreciendo un pan bueno y sustancioso a los que están hambrientos.

<SALTO DE FICHERO>

VIVIR DOS VECES.

El escritor vive dos veces. Lleva su propia vida cotidiana, y en ella corre como todo el mundo yendo a comprar, atravesando la calle, vistiéndose por la mañana para ir a trabajar. Pero el escritor ha entrenado, al mismo tiempo, otra parte de sí mismo. La que vuelve a vivir todo esto por segunda vez. La que se sienta y vuelve a recorrer mentalmente todo lo que ha sucedido, deteniéndose a observar su consistencia y sus detalles.

Cuando estalla un temporal, todos corren por las calles de aquí para allá con paraguas, impermeables, diarios en la cabeza. El escritor vuelve a salir bajo la lluvia con la libreta de apuntes en la mano y la pluma entre los dedos. El escritor observa los charcos, los ve llenarse, ve como las gotas de lluvia puntúan la superficie. Se podría decir que el escritor se ejercita en ser estúpido. Solo un estúpido se quedaría bajo la lluvia mirando un charco. Si uno es listo, intenta no quedarse bajo la lluvia para evitar los resfriados, y, de todas formas, en caso de enfermedad se ha asegurado de antemano. Si uno es tonto, se interesa más por los charcos que por su propia salud, las pólizas de seguro o la puntualidad en el trabajo.

Por último, uno está más interesado en volver a vivir su propia existencia escribiendo

, que en hacer dinero. Bueno, entendámonos: también a los escritores les gusta hacer dinero; también a los artistas, contrariamente a lo que normalmente se piensa, le gusta comer. Sólo que, para ellos, el dinero no es la motivación principal. Personalmente, si tengo tiempo para escribir me siento muy rica, mientras que me siento muy pobre si tengo un sueldo regular pero no tengo tiempo para mi verdadero trabajo. Pensad en ello. El patrono nos da un sueldo a cambio de nuestro tiempo. E

El tiempo es la mercancía de mayor valor que un ser humano tiene para ofrecer. Trocamos el tiempo de nuestra vida por dinero. El escritor se detiene en el primer paso, el propio tiempo, y le atribuye un valor aún antes de recibir a cambio un dinero. El escritor tiene muchísimo aprecio a su propio tiempo, y no tiene tanta pris

a por venderlo. Es como heredar un terreno de la familia. Este terreno siempre ha pertenecido a la familia, desde tiempo inmemorial. Viene alguien y ofrece comprarlo. El escritor, si es listo, no venderá demasiado. Sabe bien que, una vez vendido el terreno, podrá incluso comprarse un segundo coche, pero ya no tendrá un lugar donde refugiarse, ya no tendrá un lugar donde soñar.

Por eso, si queremos escribir, no es malo que seamos un poco tontos. Dentro de nosotros existe una persona a la cual no se le puede dar prisa, una persona que necesita tiempo y nos impide entregarlo todo. Esta persona necesita un sitio a donde ir, y nos obliga a mirar fijamente los charcos bajo la lluvia, casi siempre sin sombrero, y a sentir las gotas que caen sobre la cabeza.

<SALTO DE FICHERO>

EL ESCRITOR SE MANTIENE EN FORMA.

Normalmente, la gente no se da cuenta de que escribir es un acto físico. No es algo que concierna sólo al pensamiento. Atañe también a la vista, al olfato, al gusto, a las sensaciones, a todo lo que está vivo y en acción. La

regla que os doy para los ejercicios de escritura, la de mantener la mano en movimiento sin pararse nunca, es, en realidad, un truco para derribar físicamente las resistencias mentales, y superar la idea preconcebida de que escribir sólo es una cuestión de ideas y pensamiento. Escribiendo, estamos físicamente comprometidos con la pluma, y la mano, conectada con el brazo, vierte sobre la página lo que registran los sentidos. No existe separación entre la mente y el cuerpo; de esto deducimos que se pueden derribar las barreras mentales, que nos impiden escribir, mediante el acto físico de la escritura, igual que en el kárate conseguimos partir una mesa de madera convenciéndonos de que la mano no se detendrá al contacto con la madera.

Tras un encuentro de uno de mis grupos de escritura, un estudiante, extrañadísimo, dijo: Ah, lo he entendido! Escribir es un arte visual!. Sí, y al mismo tiempo es un arte cenestésico, visceral. Les he contado a unos chicos de cuarta de básica que la mano con la que escribo podría tirar sobre la lona a Muhammad Ali. Y me han creído, pues sabían que era cierto. En sexto, los chicos son un poco más mayores y más escépticos. He tenido que demostrárselo hundiendo de un puñetazo uno de sus pequeños armarios, altos y estrechos, pintados de gris.

Cuando miro a una persona que escribe, consigo entender si verdaderamente ha entrado en lo que escribe por la postura que ha adoptado. Si ha entrado, es como si los dientes se le menearan en la boca, sin estar sujetos ya sólidamente a las encías; es como si el corazón le latiera fuerte, o le doliera. La respiración es profunda

. La grafía es más suelta y generosa, y el cuerpo está tan relajado que la persona podría correr durante kilómetros. He aquí por qué digo que el escritor, aunque sea gordo, flaco o flácido, siempre está en forma. El escritor se entrena continuamente. Recordémoslo. El escritor está en sintonía, tonificado, sigue el ritmo de las colinas y de la autopista, y puede recorrer largas distancias, kilómetros y kilómetros de papel. Sa be moverse con gracia, dentro y fuera de muchos mundos.

Lo que el gran escritor nos transmite, en realidad, no son tanto sus palabras, como su respiración en el momento de la inspiración. Si leemos en voz alta una gran poesía, por ejemplo A una alondra de Percy Bysshe Shelley, y la

leemos tal como el poeta la ha estructurado, siguiendo su ritmo y su puntuación, no hacemos otra cosa que respirar el soplo de su inspiración en el momento en que la escribió. Aquel soplo era tan poderoso, que conseguimos volverlo a despertar en nosotros incluso de spués de un siglo y medio. Hacerlo nuestro es una experiencia estremecedora. He aq uí por qué es bueno acordarse de ello: si queréis emborracharos, no bebáis whisky; leed en voz alta a Shakespeare, Tennyson, Keats, Neruda, Hopkins, Millay, Whitman, y dejad que vuestro cuerpo cante con ellos.

<SALTO DE FICHERO>

ESCUCHAR.

Tenía seis años, y estaba sentada frente al piano de mi primo en Brooklyn fingiendo

tocar mientras cantaba: Se pone el sol, oh mi querida... Mi primo, que tenía nueve años más que yo, estaba sentado cerca mío en el taburete y le chillaba a mi madre: Tía Sylvia, Natalie desafina! No sabe cantar!. Desde entonces, paré de cantar, y raras veces escuchaba música. Cuando oía por la radio algún fragmento de los musicales de B

roadway, me limitaba a aprender las palabras, sin intentar imitar la melodía. Algu nos años después, junto con mis amigos, jugábamos a menudo a un juego llamado Adivina la canción. Yo canturreaba algo con la boca cerrada, y mis amigos se partían de risa

, incapaces de creerse que aquella cosa fuera de verdad Younger than Springtime del musical South Pacific. Claro, era una forma como otra de llamar la atención, p ero, para mis adentros, hubiese deseado ardientemente ser Gypsy Rose Lee. Después de todo, conocía aquellas canciones palabra por palabra. Pero, fundamentalmente, e l mundo de la música me estaba prohibido. Desafinaba: era un defecto físico, como si me hubiese faltado un pie o un dedo.

Hace algunos años tomé lecciones de canto con un maestro Sufí, y éste me explicó que no ex isten personas que desafinan. Cantar significa en un noventa y nueve por ciento escuchar. Tienes que aprender a escuchar. Si

uno escucha con la totalidad de sí mismo, el cuerpo se llena de música, y cuando se abre la boca la música sale espontáneamente. Algunas semanas después, por primera vez canté junto a una amiga sin desafinar

, y pensé en serio haber alcanzado la iluminación. Mi voz desapareció, y nuestras dos voces se convirtieron en una sola.

También escribir significa en un noventa y nueve por ciento escuchar. Escuchamos tan intensamente el espacio alrededor nuestro, que nos colma, y cuando escribimos

, lo que se ha escuchado fluye en la página. Si conseguimos capturar la realidad que hay alrededor nuestro, para escribir no necesitamos nada más. No nos limitamos, entonces, a escuchar a la persona que nos habla desde el otro lado de la mesa, sino que escuchamos al mismo tiempo el aire, la silla y la puerta. Y más allá de la puerta? Absorbemos la voz de la estación, la voz del color que entra por la ventana. Escuchamos el pasado, el presente y el futuro, precisamente aquí y ahora. Escuchamos con todo el cuerpo, no sólo con los oídos, sino también con las manos, el rostro y la nuca.

Escuchar significa ser receptivos. Más intensamente escuchamos, mejor escribimos.

Se absorben las cosas tal como son sin juzgarlas, y al día siguiente se puede escribir la verdad de las cosas tal como son. Adopta una postura de sumisión con respecto a cada cosa. Ábrete. Escucha, dice Jack Kerouac en su lista de elementos esenciales de la prosa. Luego añade: No es el momento de hacer poesía, sino de expresar exactamente lo que es. Si conseguimos captar las cosas tal como son, la poesía ya estará allí al completo.

En ocasión de un encuentro en la Lama Foundation, el rabino Zalman Schachter explicó una vez que cuando frecuentaba la escuela rabínica, a los estudiantes no les estaba permitido tomar apuntes. Tenían que escuchar y basta, y al final de la clase se suponía que la habían aprendido. La idea era que pudiera recordarse todo. Nosotros, en cambio, hacemos elecciones, y hemos educado nuestra mente a reprimir ciertas cosas y elegir sólo algunas.

Después de haber leído algo en la clase, a menudo pido a los estudiantes que hagan un ejercicio de llamada. Repetid lo que os ha producido un efecto particular, intentando estar lo más cerca posible de las palabras exactas con que ha sido dicho o escrito. No tenéis que tomar distancias y decir: Me ha gustado cuando hablaba de los campos. Repetid los detalles precisos: De pie, en aquel campo, me encontraba más sola que un cuervo. Este ejercicio, no sólo ayuda a abrirse y a recibir lo que ha sido dicho, sino que, al ser una escucha profunda y no discriminativa, despierta en nosotros historias e imágenes. Escuchando de esta manera, adquirimos transparencia y nos transformamos en espejos capaces de reflejar la realidad, nuestra realidad y la realidad que nos rodea.

Fundamentalmente, si queremos aprender a escribir bien, hay que hacer tres cosas

. Leer bastante, escuchar bien e intensamente, y escribir mucho. Y no pensar demasiado. Es suficiente con entrar en el calor de las palabras, de los sonidos y de las sensaciones, de todos sus colores, y seguir moviendo la pluma sobre la hoja.

Si leemos buenos libros, escribiendo nos saldrán buenos libros. Quizás luego no sea tan fácil, pero si queremos aprender algo tenemos que ir a la fuente. Basho, el gr

an poeta japonés del siglo diecisiete, conocido por sus magníficos haiku, escribió: Si queréis aprender lo que es un árbol, id al árbol. Si queréis aprender lo que es la poesía

, leedla y escuchadla. Dejad que aquellos modelos y formas se impriman en vosotros. No os alejéis de la poesía para analizarla racionalmente, lógicamente. Entrad dentro con todo vuestro cuerpo. Dogen, un gran Maestro zen, dijo: Si andas en la niebla, te mojas. Por eso solo tenéis que escuchar, leer y escribir. Poco a poco, os acercaréis a lo que necesitáis decir, y lo expresaréis con vuestra propia voz. Sed pacientes y tened calma. Cantad y escribid en armonía.

<SALTO DE FICHERO>

NO NOS CASEMOS CON LA MOSCA.

Mientras escuchamos un fragmento escrito, observémonos. Puede haber lugares en donde la mente tiende a divagar. A veces se reacciona con comentarios del tipo: No sabría decir, para mí es algo demasiado profundo, o bien: Había demasiadas descripciones, no conseguía seguirlas. A menudo, el problema no está en el lector, sino en el texto.

En estos lugares, en efecto, el escritor se ha retraído, se ha dejado desviar por la autocomplacencia y se ha olvidado de a dónde quería ir a parar originalmente la historia.

Puede ser, por ejemplo, que el escritor esté relatando un episodio ambientado en un restaurante, y se deje obsesionar por la mosca que está encima de la servilleta, empezando a describir los detalles más diminutos del lomo de la mosca, sus sueños, su primera infancia, su técnica para pasar a través de la rejilla de las ventanas. E

l lector, el que escucha, se pierde, puesto que en el relato, un momento antes, el camarero se había acercado a la mesa, y ahora esperamos que sirva la comida. También puede ser que el escritor no tenga bien claro a dónde realmente quiera ir a parar, o no consiga controlar su propio material. Esto lleva, en la escritura, a momentos de desenfoque. Si en el escrito hay zonas desenfocadas, la atención del lector se pierde, puesto que crean unos momentos de vacío y la mente del lector tiende a divagar.

La tarea de la literatura es mantener despiertos, presentes y vivos a los lectores. Si el escritor divaga, también el lector tenderá a divagar. La mosca encima de la mesa puede ser una parte de la descripción del restaurante. Tal vez, en un momento dado, esté bien explicar exactamente sobre qué rodaja de pan ha ido a posarse: pero existe una línea sutil entre la precisión y la autocomplacencia.

Quedaos en el lado de la precisión; tened bien claro vuestro objeto, y perseguidlo con coherencia. Si la cabeza y la escritura tienden a divagar, volvedlas a conducir gentilmente al camino recto. Cuando escribimos, dentro de nosotros se abren muchos caminos. No os dejéis arrastrar demasiado lejos. Quedaos cerca de los detalles y mantened la dirección. No

caigáis en la autocomplacencia, que lleva, inevitablemente, a escribir de forma vaga y confusa. Nosotros, los lectores, al final podríamos llegar a conocer perfectamente a la mosca, olvidándonos, sin embargo de dónde nos encontramos: el restaurante, la lluvia del exterior, la amiga sentada frente a nosotros. La mosca es importante, pero tiene que quedarse en su lugar. En su introducción a la colección Jewish American Stories, Irving Howe escribe que el verdadero arte llega a rozar el sentimentalismo, sin volverse, sin embargo, sentimental. Reconozcamos la existencia de la mosca, también la podemos amar si nos apetece, pero no nos casemos con ella.

<SALTO DE FICHERO>

NO UTILICES LA ESCRITURA PARA HACERTE QUERER.

Hace cinco años, en el Lower East Side de Manhattan, intentaron secuestrar a una amiga mía. Me contó, luego, que había levantado las manos e, inmediatamente, se había puesto a chillar: No me matéis, soy una escritora!. Qué extraño, pensé entonces. Cómo pensaría que esto la podría salvar?

Nosotros, los escritores, tenemos tendencia a caer en un equívoco. Imaginamos que

escribir nos proporciona una excusa para estar vivos. Olvidamos, sin embargo, que la vida no tolera condiciones, y que vivir y escribir son dos cosas distintas.

A menudo utilizamos el escribir como un expediente para hacernos notar, para llamar la atención, para que nos quieran. Mira lo que he escrito. Tengo que ser una buena persona. Pero ya somos buenas personas, aún antes de haber escrito una sola palabra.

Hace algunos años, después de cada lectura pública de mis trabajos, me encontraba muy mal y me sentía terriblemente sola, aunque todos hubiesen demostrado la máxima apreciación. Le echaba la culpa a mis escritos. Pero el problema no eran mis escritos.

Me estaba divorciando y me tenía en muy poca estima. Era yo la que tenía necesidad de apoyo, no mis poesías. Confundía las dos cosas. Me olvidaba de que yo no era mis poesías. Mientras mis poesías estaban llenas de salud, yo no lo estaba en absoluto. N

necesitaba ayuda. Entonces, en cada ocasión que tenía que hacer una lectura, empecé a invitar a una amiga, que al final tenía que venir hasta mí, abrazarme y decirme lo bien que había estado y que buen papel había hecho. No importa si esta noche he sido un desastre. Dime que he hecho un buen papel. Tras una semana, estaría en condiciones de considerar objetivamente mi actuación, pero, en aquel momento, necesitaba de alguien que me dijera que había estado estupenda.

Como escritores, estamos continuamente buscando apoyo. Pero, antes que nada, tendríamos que darnos cuenta de que el apoyo ya lo tenemos, desde siempre. Tenemos la tierra bajo los pies, y el aire que entra y sale de nuestros pulmones. Cuando sentimos que tenemos necesidad de apoyo, es a partir de aquí que tenemos que arrancar. Está la luz del sol que entra por la ventana, y está el silencio de la madrugada

. Arranquemos desde aquí. Luego dirijámonos hacia una persona amiga, y abandonémonos al placer suscitado en nosotros por sus palabras cuando nos dice: Lo que escribes me gusta muchísimo. Debemos creer en ella, así como creemos que el suelo nos sostendrá y que la silla nos permitirá seguir sentados.

Tenía una alumna que me envió dos cuentos para leer. A la semana siguiente nos encontramos y hablamos durante una hora. Hacía año y medio que no trabajaba con ella, y me habían chocado sus progresos. Se lo dije: Los cuentos son completos, impactantes

, bellísimos. Tras veinte minutos más o menos de estar hablando, me di cuenta de que se estaba enfadando. Pienso que me estás sobrevalorando, dijo. En realidad, quería decirme que no había hecho mi papel, puesto que ni siquiera me había tomado el trabajo de destriparlos. No había venido a mí en busca de cumplidos, no era posible que aquellos cuentos fueran en realidad tan bellos como yo decía. Estaba exagerando. Es cucha, tienes que creerme. De verdad son espléndidos. Tienes que hacer que te los publiquen.

Le aconsejé que los enviara a alguien. En el espacio de un mes, uno de los cuentos había sido aceptado por una revista muy cualificada. No sólo le pagaron: hasta le dijeron que recientemente habían decidido no publicar más cuentos, pero que el suyo era tan bello que habían tenido que hacer una excepción.

Necesitamos de apoyo y de un sincero estímulo. Cuando lo encontramos, no podemos creerlo; por otro lado, estamos más que dispuestos a recibir toda crítica que pueda secundar nuestra profunda convicción de ser, en realidad, unos incapaces, de no ser verdaderos escritores. Mi ex marido me decía: Qué fea eres. Ah, ahora sí que me prestas atención.... Según él, cuando me hacía cumplidos no lo escuchaba nunca, sin embargo, en cuanto me decía algo negativo, erguía inmediatamente las orejas.

Los alumnos dicen: Bueno, como profesora tienes que decir algo positivo. Los amigos dicen: Bueno, eres amiga mía, es lógico que digas que te gusta lo que hago. \Basta\ Si alguien nos hace cumplidos, dejémosle hacerlos y basta. Aunque nos cueste trabajo y no estemos acostumbrados, no tenemos otra cosa que hacer que seguir respirando y seguir escuchando, permitiéndonos absorber lo que nos dicen. Abandonémonos al placer suscitado en nosotros por aquellas palabras. Aprendamos, poco a poco, a tolerar un apoyo sincero y positivo.

<SALTO DE FICHERO>

CUALES SON VUESTROS SUEÑOS SECRETOS?.

Pregunté a los miembros de mi grupo del domingo por la noche (muchos de los cuales

practican la escritura desde hace ya tres años): A dónde queréis ir con la escritura?

Tenéis esta poderosa voz creativa; habéis conseguido separar al creador del revisor

. Qué queréis hacer con ello?. Llega un momento en el cual es necesario dar forma y dirección a la fuerza que hemos aprendido a utilizar. Por eso

pregunté también: Cuáles son vuestros sueños secretos? Escribid durante cinco minutos. Muchos de nosotros no conocemos, no reconocemos y evitamos, los sueños más recónditos. Si escribimos sobre ellos durante cinco o diez minutos, estamos obligados a poner sobre papel los deseos que aletean en nuestra mente, y a los que, quizás, no prestamos la debida atención. Es una oportunidad para escribir, sin pensar, sobre los deseos que se encuentran en la periferia de nuestra percepción.

Ahora volvamos a leer. Empecemos a tomarnos en serio nuestros sueños, nuestros deseos. Si no estamos seguros, si, honradamente, no sabemos lo que quisiéramos hacer, busquemos por lo menos una indicación de la dirección en la que podríamos ir.

Cuando estaba en Israel, el año pasado, paseaba por las calles de Jerusalén preguntándome a qué otro género de escritura me hubiese gustado enfrentarme. Estaba terminando mi segundo libro de poesías, *Top of My Lungs*, y sabía que necesitaba algo distinto, una nueva forma de expresión. Mientras tanto allá, en las Ciudades Gemelas, muchos poetas habían empezado a escribir novelas. El éxito obtenido por Judith Guest con *Genete Corriente*, su primera novela, había sacudido a todos. Entre paréntesis, Judith vive en Edina, Minnesota. La pregunta que seguía haciéndome era: Natalie, ¿querrías escribir una novela?. Y la respuesta seguía siendo: Absolutamente no!. Saberlo que no quería hacer, de alguna forma me consolaba algo. Pero seguía preocupada. Me veía ya próxima al fin, echada en algún arroyo, estrechando convulsamente entre las manos un pliego de poesías y, con mi último suspiro, suplicando a los transeúntes que las leyeran

En el *New Yorker* apareció una divertidísima viñeta, que representaba a un hombre de pie frente a los pasajeros de un avión. En una mano tenía una pistola, en la otra una libreta de notas. Quedaos en vuestros sitios, decía, no le tocaré un pelo a nadie. Sólo quiero que escuchéis algunas de mis poesías. La poesía no ha sido nunca uno de los pasatiempos favoritos de los americanos.

Más tarde una amiga mía poetisa, que actualmente está escribiendo una novela policíaca, me sugirió que escribiera este libro. Realmente ya había empezado a escribirlo cinco años antes. Entonces no era el momento adecuado pero, igual que las obsesiones, también nuestros sueños tienden a volver a aflorar. Haríamos mejor en prestarles atención

, y a actuar en consecuencia. Es una forma de penetrar en nuestra vida; de otro modo, podríamos ir a la deriva con nuestros sueños durante toda la eternidad.

Una vez que hemos aprendido a darle confianza a nuestra propia voz, y hemos permitido manifestarse a la fuerza creativa que está dentro de nosotros, podemos canalizarla y utilizarla para escribir relatos, novelas y poesías, revisar nuestros escritos, etc. Pero, cuidado. Escribir de esta forma podría sacar a la luz también otros sueños secretos: hacer un viaje al Tibet, ser la primera mujer en convertirse en presidente de los Estados Unidos, construir una casa solar en New México. Y estos sueños serán en blanco y negro. Será mucho más difícil evitarlos.

<SALTO DE FICHERO>

LA SINTAXIS.

Intentad hacer esto. Coged uno de los fragmentos más aburrido que hayáis escrito, es coged tres o cuatro líneas o frases consecutivas, y escribid en la cabecera de una hoja vacía.

No consigo escribir porque soy un cubito de hielo y la boca se me seca y no hay nada que decir y preferiría tomarme un buen helado.

Bien. Ahora intentad ver cada una de estas palabras como un cubito de madera, igual, en color y tamaño, a todos los demás. Los nombres y los verbos ya no tienen más valor que los artículos o las conjunciones. Los unos valen lo mismo que los otros.

Ahora, a lo largo de aproximadamente un tercio de la hoja, mezclad estas palabras precisamente como haríais con unos cubitos de madera. No

intentéis darle algún sentido a lo que estáis escribiendo. Vuestra parte racional intentará a toda costa construir

alguno. Vigíladla, relajaos y escribid sin pensar, una palabra tras otra. Para rellenar un tercio de la hoja, tendremos naturalmente que repetir algunas palabras.

Escribir soy una boca preferiría helado decir buen y nada un escribir preferiría decir y mi helado porque un hay preferiría seca si y boca helado preferiría seca cubito soy un escribir y nada decir un no consigo porque nada preferiría seca y decir he lado hielo mi cubito nada hay decir.

Ahora, si queréis, poned unos cuantos puntos, una interrogativa, a lo mejor una exclamativa, dos puntos y punto y coma. Hacedlo sin pensar, sin intentar escribir nada sensato. Solo para divertirnos.

Escribir soy una boca. Preferiría helado decir buen y nada seca! Un escribir preferiría decir y; mi helado porque un hay. Preferiría seca si y boca helado. Preferiría seca cubito soy un escribir y nada: decir un no consigo porque nada preferiría seca y decir helado. Hielo mi cubito nada hay decir?

Ahora leed en voz alta lo que habéis escrito como si realmente tuviera un sentido.

Tenéis que hacerlo con la máxima expresividad. Podríais intentar leer en tono de rabia, de exuberancia o de tristeza; de forma lastimosa, con petulancia o en tono imperioso. Todo vale, con tal de entrar.

Qué hemos hecho? Nuestro lenguaje está generalmente bloqueado por una sintaxis rígida sujeto/verbo/complemento directo. Hay un sujeto que actúa y un objeto que soporta.

Yo veo al perro: esta estructura de frase implica que yo soy el centro del universo. A causa de la estructura sintáctica del idioma, olvidamos que mientras yo miro al perro, también el perro, al mismo tiempo, me mira a mí. Es interesante observar que, en japonés, la frase sonaría Yo perro mirando. No hay tanto un sujeto que actúa sobre un objeto, como un intercambio, una interacción.

Nosotros pensamos en frases y, tal como pensamos, así vemos. Si pensamos según la estructura sujeto/verbo/complemento directo, es así como formamos nuestro mundo. Haciendo añicos esta sintaxis, liberamos energía y conseguimos ver el mundo en una perspectiva completamente nueva. Ya no somos el centro del universo. Sobre la tierra existen otros seres, además del Homo Sapiens, que tienen su propia importancia: las hormigas construyen ciudades; los perros tienen su propia vida; los gatos están continuamente atareados en llevar a cabo una siestecita perfecta; las plantas respiran; los árboles viven durante mucho más tiempo que nosotros. Es verdad que podemos tener frases en las que el perro, el gato o la mosca hacen de sujeto, El perro ve al gato, pero volvemos a encontrar el mismo modelo egocéntrico, propio de la estructura misma del lenguaje. Estar condenados al predominio es un terrible peso. Pero no somos nosotros los que dominamos el mundo. Se trata de una ilusión, que se perpetúa por la ilusión de la estructura sintáctica.

Katagiri Roshi siempre decía: Hay que estar disponibles y ser afables con todos los seres sensibles. Una vez le pregunté: Pero, ¿qué significa seres sensibles? ¿quizás los que son capaces de sentir sensaciones? Él me explicó que hay que ser amable también con la silla, el aire, el papel y la calle. He aquí a qué inmensa disponibilidad hay que llegar. Cuando Buda alcanzó la iluminación bajo el árbol de bodhi, dijo: Ahora es que estoy iluminado con todos los seres. No dijo: Estoy iluminado, y vosotros no!, o: Veo la iluminación, como si estuviera, de alguna forma, separado.

Esto no significa que, de ahora en adelante, tengamos que quedarnos paralizados por miedo a ofender a la alfombra que hay bajo nuestros pies, o por volcar un vaso por equivocación. No significa que no tengamos que utilizar nuestra estructura sintáctica porque esté equivocada. Una vez desarrollado este ejercicio, sin embargo

- aunque probablemente luego volveréis a expresaros en frases- se habrá abierto una fisura, un espacio a través del cual podrá soplar una brisa vivificadora. Aunque la frase Yo como una alcachofa parezca perfectamente razonable, y nadie puede ser inducido a poner en duda nuestro equilibrio mental, ahora sabemos que, detrás de esta estructura sintáctica, también la alcachofa, mira por dónde, nos come a nosotros y nos cambia de manera

irreversible, especialmente si la mojamos en una salsita de ajo y nos abandonamos tan completamente que permitimos que la hoja de la alcachofa nos cate la lengua! Más conscientes somos de la sintaxis en la que nos movemos

, vemos y escribimos, más capaces somos de controlarla e, incluso, de salirnos de ella en el momento en que se presente la necesidad. Aún más, haciendo añicos la sintaxis, a menudo logramos llegar más cerca de la verdad de lo que pretendemos expresar

.

He aquí algunos ejemplos de poesías sacadas de *Shout, Applaud*, una colección de poesías escritas en Norhaven, que es una residencia para mujeres mentalmente retrasadas.

Se trata de personas que nunca han estado sistemáticamente adoctrinadas en la sintaxis del idioma inglés, por lo cual estas poesías son un óptimo ejemplo de lo que puede ser creado más allá de las acostumbradas estructuras del lenguaje. Si desayunasteis ayer, eso no significa que no sea maravilloso comer huevos hoy!

DADME ALGO BLANCO

de MARIÓN PINSKY

Me gusta el blanco

para escribir

escribir mi nombre

Os ruego dadle a Marión

Pinsky algo de blanco.

Me gusta el blanco

porque escribir mi nombre, podría.

Sé cómo escribirlo correctamente. Quiero el blanco para escribir mi nombre.

Me gusta escribir mi nombre Quisiera algo de blanco ahora. Lo he pedido con educación. Me gusta el blanco, sí. Escribir, escribir Mi nombre, sí.

Tengo algún dinero, lo tengo. Y lo intentaré.

HOJA DE ARCE de BETTY FREEMAN

Que yo sueño la señora ser joven

y estar en su bonito baile rojo navideño.

Su vestido es hermoso como un cisne.

El cisne en el agua con sus plumas blancas delgadas cuando su suave cabeza de nieve

desaparece para volver a ser como nieve.

Entonces me gusta ser una mujer como aquella, para tener una larga ala.

LAPIEDRA Y YO de BEVERLY OPSE

Encima de mi mesa hay una piedra. Encima de la piedra un vaso de agua. El agua está negra de tierra. La tierra es seca y polvorienta. Invito a una col a almorzar.

La col está muy contenta. Le gusta la piedra porque no se mueve.

TODOS de SHIRLEY NIELSON.

Tenía un abrigo

azul. Era de col y salchicha.

Eran gordas salchichas hervidas

el olor era a col

ah olor delicioso

a col afuera no había ruido de verano

agua que corre en algún lugar de la cocina.

<SALTO DE FICHERO>

SORBIENDO NERVIOSAMENTE. UN POCO DE VINO.

Hace algunos años Russel Edson dio una clase en la Universidad de Minnesota. Nos explicó que se sentaba a la máquina de escribir y redactaba unas diez frases. Luego las ponía a un lado, y después de un rato las volvía a leer. Podía darse el caso de que, entre diez, una le pareciera lograda, y entonces la conservaba. Edson decía que una vez encontrado un buen comienzo, normalmente también el resto de la pieza funcionaba. He aquí algunas de sus frases iniciales:

Un hombre quiere hacerse querer por un avión.

Un ratón hubiese querido introducir la cola en la vagina de una vieja.

Si un científico hubiese conseguido criar palomas grandes como caballos....

Un pato muy querido acaba en la olla por equivocación.

Un hombre que estaba atareado con un brillo oyó a su madre romper algo, e imaginó que tenía que haber sido su padre.

Marido y mujer descubren que sus hijos son falsos.

Dos viejos, gemelos auténticos, se turnan para vivir.

He aquí dos piezas completas:

FREÍR

Un hombre estaba friendo su propio sombrero, y mientras tanto pensaba en cómo su madre había frito el sombrero de su padre, y en cómo su abuela había frito el sombrero de su abuelo.

Un poco de ajo, un poco de vino, el sombrero ya no sabe absolutamente a sombrero

, sabe a calzoncillos...

Y friendo el sombrero pensaba en como su madre hubiese frito el sombrero de su padre, y en como su abuela hubiese frito el sombrero de su abuelo, y pensó que le hubiese gustado de alguna manera encontrar una mujer, para tener a alguien que le friese el sombrero; friendo los sombreros, se siente uno tan solo...

LO SENTIMOS SINCERAMENTE

Como una babosa blanca, la taza del retrete se desliza en la estancia, y exige ser amada.

Lo sentimos sinceramente, pero no es posible en absoluto.

En el libro del corazón, no se mencionan los artículos de baño.

Y aunque muchas veces nos hayamos íntimamente entretenido contigo, tú perteneces a una estirpe desgraciada, a la cual preferimos no unirnos...

La taza del retrete se desliza fuera de la estancia como una babosa blanca, rezumando de dolor...

Después de la clase se dio el acostumbrado refresco a base de vino y queso en una aula inmensa y sórdida. Recuerdo claramente a Russell Edson, vestido con americana y corbata, sentado solo en el fondo de la habitación. Todos los estudiantes, los docentes y los poetas se quedaron alrededor de los cracker y las finas lonchas de queso naranja en el lado opuesto del aula, sorbiendo nerviosamente el vino y discutiendo acerca de los escritos de Edson. Pocos de nosotros fueron a hablar con él. Aunque durante la clase nos hubiésemos reído todos, había tocado en cada uno de nosotros unas verdades incómodas, y no nos encontrábamos a gusto.

Probad a sentaros frente a la máquina de escribir, y, sin pensar, escribid algunas piezas a la manera de Russell Edson. listo significa de jarse ir, y permitir al olmo que está enfrente de vuestra casa levantarse e iniciar un largo viaje. Intentad arrojar una serie de frases iniciales incisivas, capaces de golpear la imaginación. Podríais, por ejemplo, sacar la primera mitad de la frase de un título de periódico, y terminarla con uno de los ingredientes de una lista de una receta de cocina. Jugad. Zambullíos en el absurdo, y escribid. Arriesgaos

! Si no tenéis miedo a equivocaros, lo conseguiréis.

<SALTO DE FICHERO>

NO DECIR, MOSTRAR.

En el arte de escribir existe un viejo refrán: No digas, muestra. Qué significa? Significa que no hay que declarar simplemente la propia rabia (o cualquier otra palabra importante del tipo honestidad, verdad, odio, amor, dolor, vida, justicia, etc.); hay que mostrar, en cambio, lo que nos ha hecho enfadar. Quien lea, sentirá la misma rabia. No hay que explicar al lector lo que tiene que sentir. Hay que mostrarle la situación, y ésta despertará en él este mismo sentimiento.

Escribir no es hacer psicología. No nos concierne a nosotros hablar sobre sentimientos. El escritor siente emociones, y mediante sus palabras las despierta en el

lector. El escritor toma al lector de la mano, y lo conduce a través del valle de la alegría y del dolor, sin necesidad de utilizar expresamente estas palabras.

Si alguna vez habéis asistido a un parto, sabéis que podéis llorar o reír. Describid lo que habéis visto: el rostro de la madre, la ola de energía que se produce cuando el niño, tras muchas tentativas, consigue finalmente entrar en el mundo. El marido que respira al unísono con la mujer y le aplica un trapo mojado sobre la frente. El lector entenderá, sin que haga ninguna falta hablarle del misterio de la vida.

Cuando escribimos, tenemos que quedarnos en estrecho contacto con nuestros sentimientos y con aquello sobre lo que se escribe. Si escribimos siguiendo los primeros pensamientos - el modo en que la mente echa un relámpago repentino de luz sobre algo antes de que los segundos y terceros pensamientos tomen ventaja para criticar

, comentar y evaluar- no tenemos que preocuparnos de nada más. Los primeros pensamientos son el modo en el cual la mente refleja la experiencia; son el estado de máxima comunión con la puesta de sol, el parto, la horquilla y el azafrán, a que el ser humano pueda llegar. No siempre es posible permanecer en sintonía con los primeros pensamientos, pero es bueno tener consciencia de ellos. Ellos pueden enseñarnos

fácilmente a quitarnos del medio y a utilizar las palabras como un espejo para reflejar las imágenes.

Cuando leo, en cuanto encuentro la expresión hablar de o semejantes, en seguida re suena en mi un timbre de alarma. Esta historia habla de la vida. Si escribiendo os sale una frase de este género, dejadla correr y sumergeteos en ella sin preámbulos

. Está claro que cuando hacemos práctica de escritura, podemos escribir perfectamente en el propio cuaderno afirmaciones generales del tipo: Quisiera escribir sobre mi abuela, o bien: Esta historia trata del éxito. No hay que reprocharse haberlas escrito; no hemos de volvernos demasiado críticos, confundiendo al creador con el revisor, Escribamos también frases de este tipo, tomemos nota de ellas, luego dejémoslas caer a un nivel más profundo, entremos en la historia y hagamos entrar en ella también al lector, Algunas veces una afirmación general puede ser perfectamente apropiada. Sólo hay que asegurarse de sostenerla con una imagen concreta. Incluso escribiendo un ensayo, el trabajo se vuelve así mucho más vivo. Ah, si Kant o Descartes hubiesen seguido estas indicaciones! Pienso, luego existo; personalmente, pienso en la goma de mascar, en las carreras de caballos, en la barbacoa y en la Bolivia; o sea, sé que existo en la América del siglo XX. Podrías intentar coger los Prolegómenos a Toda Futura Metafísica de Kant, y hacerles mostrar lo que dicen. Seguramente se convertirían en una lectura mucho más agradable.

Hace algunos años, escribí una historia que me habían contado otros. Mis amigos la encontraron aburrida. No conseguí entender su reacción; a mí me había gustado muchísimo, A hora, sin embargo, me doy cuenta de que yo no había vivido aquella historia; me había limitado a hablar acerca, de segunda mano. No había entrado, y no me había hecho la idea de ella. La observaba desde el exterior, y, por consiguiente, no conseguía tampoco que los lectores entraran. Esto significa que no se pueda hablar de algo de lo que no se haya tenido una experiencia directa; sin embargo, hay que conseguir llenarla con el soplo de la vida. De otro modo, quedará como algo de segunda mano, y el escritor estará del todo ausente.

<SALTO DE FICHERO>

SE PRECISO.

Sed precisos. No digáis fruto. Especificad de qué fruto se trata. Es una granada. Da d a las cosas la dignidad de su propio nombre. Exactamente como se haría con los seres humanos. Es descortés decir: Eh, muchacha, quédate en la lila. Esta muchacha tiene un nombre. Y además, si ha superado los veinte años, ya no es una muchacha, sino una mujer. También las cosas tienen un nombre. Es mucho mejor decir el geranio en la ventana que la flor en la ventana. Geranio: es suficiente una palabra para darnos una imagen mucho más precisa, para penetrar más profundamente en la esencia de aquella flor. Nos aparece inmediatamente delante de los ojos la imagen de lo que se encuentra en la ventana: hojas verdes circulares y pétalos rojos, todo extendido hacia la luz del sol.

Hace unos diez años, decidí que quería aprender el nombre de las plantas y de las flores que crecían en los alrededores de mi casa. Me compré un manual y, paseando por las calles arboladas de Boulder, examinaba las hojas, la corteza y las semillas, comparándolas con las descripciones del libro. Arce, olmo, encina, robinia. A menudo hacía trampa, preguntándole a quien veía trabajando en su propio jardín el nombre de las flores y de los árboles que allí crecían. Me quedé pasmada al descubrir que pocos eran los que tenían alguna idea del nombre de los seres vivientes que vivían en su pequeña parcela de tierra.

Cuando conocemos el nombre de algo, esto nos da una mayor concreción. Elimina nuestros desenfoques mentales; nos ata a la tierra. Si andando por la calle veo un cornejo o una forsythia, me siento más en armonía con el ambiente. Me doy cuenta de lo que me rodea, y sé darle un nombre. Estoy más alerta y atenta.

Si leemos las poesías de William Carlos Williams, veremos que, al escribir, él se muetra siempre muy preciso al referirse a plantas, árboles y flores: achicoria, margarita, robinia, chopo, melocotonero, primula, lila, cada uno conserva su propia integridad. Escribid sobre lo que tenéis delante de la nariz, dice Williams. Es bueno saber lo que tenemos delante de la nariz. No sólo una margarita, sino qué aspecto tiene en la estación en la que la estamos viendo. El ojo de la margarita abraza la tierra de agosto... ribeteado de oscuras escamas verdes y puntiagudas son armadura a su

resplandor amarillo. Continúa agudizando vuestra consciencia: al nombre, al mes, al día, y, por fin, al momento.

Williams también dice: No en la idea, sino en las cosas. Estudiad lo que tenéis delante de las narices. Si decimos geranio en lugar de flor, penetramos más a fondo en lo que se presenta aquí y ahora. Más conseguimos acercarnos a lo que tenemos delante de la nariz, más le damos pie a enseñarnos todo. Ver el mundo en un grano de arena, y el paraíso en una flor campestre...

En los grupos de escritura o cuando participamos en un curso, es bueno aprender lo antes posible los nombres de todos los otros miembros del grupo. Esto facilita la inserción en el grupo, y nos hace más atentos y disponibles hacia los trabajos de los demás.

Aprended el nombre de todo: pájaros, quesos, tractores, coches, edificios. El escritor lo es todo: arquitecto, chef, agricultor; y al mismo tiempo, el escritor no es nada de todo esto.

<SALTO DE FICHERO>

LA MÁXIMA CONCENTRACIÓN.

Bien. Arrancad de un argumento preciso. Por ejemplo, la experiencia de tallar vuestra primera cuchara a partir de un trozo de madera de cedro. Relatadla en todos sus detalles. Penetradla profundamente, pero al mismo tiempo no seáis miopes. A la vez que os concentráis al máximo en vuestro escrito, algo en vosotros tendría que seguir siendo consciente del color del cielo o del ruido de aquel cortacésped en la lejanía. Podrías incluso introducir una línea o dos acerca de la calle que había fuera de la ventana mientras estabais tallando la cuchara. Es un ejercicio buenísimo.

No tenemos que olvidar que el universo se mueve junto con nosotros, está siempre detrás de nosotros, hagamos lo que hagamos. Y si escribiendo dejamos caer alguna alusión en este sentido, esto le recuerda al lector que, aunque sea necesario concentrarnos en la tarea que tenemos delante, no debemos olvidar el aliento del mundo

. E introducir en el momento oportuno el color del cielo, hace que también el escrito tenga un poco más de aliento.

Si alguna vez habéis participado en un retiro de meditación zen, sabréis que cada cuarenta minutos de meditación sentada hay un período de kinhin, o sea, zazen caminando.

De pie, con extremada lentitud, en coordinación con el movimiento de la espiración, se empieza el movimiento del paso. Sentimos las rodillas doblarse lentamente, e l talón que se levanta del suelo. Muy lentamente. Cuando empiezála inspiración, se levantan las puntas y los dedos del pie y se avanza aproximadamente unos tres centímetros. Luego se repite el mismo proceso con el otro pie. El kinhin dura unos diez minutos. En la acción de frenar nuestros propios movimientos hasta este límite, nos damos cuenta de que cada paso no es algo aislado, individual. A cada paso advertimos alrededor nuestro el aire, las ventanas, a los otros estudiantes meditando

. Somos conscientes de que este paso no sería posible sin el suelo, el cielo, el agua que bebemos para seguir vivos. Todo se compenetra, todo está recíprocamente ligado. Hasta la estación en que caminamos sostiene nuestros pasos.

Por eso cuando escribimos es bueno concentrarse. Sin embargo, la concentración no tiene que llevarnos a aislar el mundo, sino por el contrario permitirle existir.

Se trata de un equilibrio muy, muy precario.

<SALTO DE FICHERO>

LO ORDINARIO Y LO EXTRAORDINARIO.

He pasado el último fin de semana en una tienda de campaña en Abiquiu, entre fantásticos precipicios rosados y colinas desnudas. Georgia Keefe ha decidido vivir en esos lugares. El fin de semana anterior, estaba en territorio Hopi, en Arizona, con el propósito de asistir a la danza de la serpiente. Desde la Primera y desde la Segunda Meseta la mirada se pierde

en un paisaje lunar. La danza de la serpiente sirve para invocar la lluvia. Se capturan serpientes de todo tipo, serpientes de cascabel, culebras americanas, unas serpientes llamadas cabeza de toro, y los hechiceros se sientan en medio de ellas durante cuatro días antes de la danza. Durante la danza, los hombres del pueblo se las ponen entre los dientes, y se mueven rítmicamente hacia delante y hacia atrás. Al final del rito, los bailarines corren hacia abajo por la larga meseta, con las serpientes, y las dejan ir hacia los cuatro puntos cardinales, en la misma dirección en la que fueron capturadas.

Yo miraba admirada y maravillada. Cómo podría conseguir escribir acerca de estos espacios inmensos, acerca de estos ritos llenos de misterio?. Una amiga que estaba conmigo me dijo: Mira esta inmensidad, las colinas, las mesetas, el cielo. Aquí puede uno notar la presencia de Dios. Cómo podrías expresar todo esto sólo recurriendo a los detalles originales de los que siempre estás hablando?

Nosotros confundimos el detalle con lo que es insignificante, o bien pensamos que sólo sirve para hablar de hormigas y horquillas. Pensamos en el detalle como algo pequeño, que tiene poco que ver con la mente cósmica o con la inmensidad de ciertos paisajes. No es verdad. Por grande que sea una cosa, por fantástica que sea, al mismo tiempo es banal. Nosotros pensamos en el detalle como en algo terrenal, en algo cotidiano. Pero también el milagro es un acontecimiento terrenal, que la mente iluminada consigue ver como algo fantástico.

He aquí que el fundamento de la escritura no es una manipulación materialista de los objetos; es, en cambio, saber utilizar los detalles para llegar a la otra orilla, al inmenso vacío que se encuentra detrás de todo. Para los indios Hopi, que siempre han vivido allí, las grandes extensiones que rodean el pueblo son el máximo de la banalidad. Cada día ven aquellas mesetas. Por desgracia, muchos jóvenes sueñan con ir a la ciudad, donde la vida les parece más emocionante.

El detalle original es algo extremadamente banal, excepto para la mente capaz de darse cuenta de la excepcionalidad. No es que para ver su grandeza tengamos que meternos entre los Hopi; se trata de ver de una forma distinta lo que ya poseemos. Para los Hopi, la danza de la serpiente

tiene un profundo significado; pero, por otro lado, es una ceremonia tradicional que se celebra cada dos años desde tiempo inmemorial. Y, como sucede con cualquier otra danza, al final los participantes invitan a los amigos a cenar. Si vemos su vida y sus ritos como algo fantástico, y nuestra vida como banal, cuando nos ponemos a escribir nos sentimos pobres

. Debemos recordar que todo es, al mismo tiempo, banal y extraordinario. Es nuestra mente la que se abre o se cierra. El detalle en sí mismo no es bueno ni malo.

Es un detalle. Cómo se puede llegar a la Primera Meseta? Coged la estatal 264 en W

indow Rock, y seguidla hacia el oeste durante hora y media.

La danza de la serpiente está compuesta por una serie de detalles ejecutados con concentración extrema; y así debe ser, puesto que los bailarines tienen una serpiente en la boca. Para nosotros los que observábamos, era algo insondable y fantástico, puesto que era nuevo y ajeno. Al mismo tiempo era banal, como cualquier cosa que se repita siempre igual desde hace cientos de años. Para escribir sobre ella, hay que penetrarla íntimamente y entenderla, de forma que lo banal y lo extraordinario relampagueen al mismo tiempo delante de nuestros ojos. Cualquiera que sea el sujeto, hay que entrar tan a fondo que comprendamos la interconexión con el todo. En

tonces el detalle se impregna inmediatamente de todo lo cósmico; las dos cosas se vuelven intercambiables.

Un amigo mío tuvo recientemente un accidente de motocicleta. La noche anterior no había dormido, y a la mañana siguiente había salido temprano para Massachusetts. Se dormió mientras iba a 130 por hora, y fue a chocar contra un coche. La moto se destruyó, pero él salió sin un arañazo.

Cuando lo supe, me quedé trastornada. Si se hubiese matado, el equilibrio de mi existencia hubiera cambiado. La vida de cada uno de nosotros está íntimamente entrelazada con la de los demás. Cada uno de nosotros crea el universo del otro. Cuando al quien muere antes de tiempo, todos quedamos conmovidos. No vivimos para nosotros mismos; todos estamos ligados

recíprocamente. Vivimos para la tierra, para Texas, para el pollo que comimos ayer por la noche y que nos ha dado su vida, para nuestra madre, para la calle, el techo y los árboles. Por eso tenemos que ser amables con nosotros mismos; si lo conseguimos, lo seremos también con el resto del mundo

.

Tenemos que acercarnos a la escritura con esta consciencia. Entonces sabremos utilizar el detalle, no como objeto individual material, sino como un reflejo del todo. Katagiri Roshi decía: Beber una taza de té es algo muy profundo. Hay que entender que si escribimos sobre una taza, una mesa, el cielo o una horquilla, tenemos que prestarles la máxima atención, y penetrar en su corazón. Haciéndolo, estos saltos interiores, de los que habla la poesía, saldrán de forma natural, puesto que seremos conscientes de la interconexión de todas las cosas. También sabremos escribir con una prosa fluida, sin preocuparnos por aquellas ligazones entre períodos sobre las que tanto insistían nuestros profesores del colegio. Éstas saldrán espontáneamente, puesto que estaremos en contacto con la inmensidad del movimiento.

<SALTO DE FICHERO>

HABLAR ES EL EJERCICIO DE BASE.

Encontraros con un amigo y relatadle unas historias. Habladle de aquella vez que os hicisteis leer la mano en Albuquerque, cuando hicisteis meditación zen en un galli nero de Arroyo Seco en New México junto a vuestro amigo Sassofrasso, habladle sobre vuestra madre que cada mañana desayuna pan tostado y queso blando.

Cuando explicamos historias a los amigos, queremos que nos escuchen, y por consiguiente las volvemos más sabrosas; a lo mejor exageramos, o incluso las adornamos con algo de invención. Ya los que escuchan no les importa en absoluto si hace diez años las cosas no fueron exactamente así; ahora es ahora, y quedan encantados. Una vez fui a comer con un amigo mío escritor. Cuéntame el mejor chisme que has escuchado en el último mes, me dijo. Y si no sabes ninguno, invéntatelo. Grace Paley, una es

critora de New York conocida por sus cuentos, dijo: Al escritor le corresponde la tarea de escuchar los chismes y transmitirlos a los demás. Es así como el narrador aprende los hechos de la vida.

Charlar es bonito. No hay que avergonzarse. Hablar es el mejor ejercicio preliminar para escribir. Es así como aprendemos las reglas de la comunicación: qué es lo que le interesa a los demás, qué es lo que los aburre. Con mis amigas me río y digo: Los nuestros no son atroces chismes. Estamos simplemente intentando entender los hechos de la vida. Y es verdad. Hay que aprender a hablar, no con avidez, con envidia o para triturar juicios, sino con compasión, maravilla y asombro.

Recuerdo una vez que estaba sentada con una amiga en el New French Bar, en el centro de Minneapolis, después de un concierto, y le explicaba cómo me había hecho budista. Ella me escuchaba con tal intensidad que aquella historia, explicada ya muchas veces, adquirió una extraordinaria luminosidad. Recuerdo la luz que chispeaba sobre los vasos de vino, el sabor de mi mousse de chocolate. Entendí entonces que tenía que escribir aquella historia, porque en su interior había algo verdaderamente bueno.

Hablando es cómo los escritores pueden ayudarse recíprocamente a descubrir nuevas direcciones. Hey, pero si es interesantísimo: has escrito alguna vez sobre ello?. Es

una buena frase: he vivido aquí seis años y no me acuerdo de nada, absolutamente de nada. Escríbela, y utilízala para empezar una poesía. Una vez, nada más volver de Boston, hablando con una amiga le dije accidentalmente: Oh, está loco por ella. Mi amiga estaba escribiendo una novela policíaca, y no tuvo piedad: Cómo puedes decir que está loco por ella? Explícame lo que hace exactamente. Yo me eché a reír. Cuando se frecuentan escritores no se pueden hacer afirmaciones generales, porque no se conforman con una declaración, sino que quieren que les muestres con ejemplos precisos aquello de lo que estás hablando.

Otra amiga me habló sobre su padre, me dijo que cuando ella tenía doce años se había ido de casa sin previo aviso para entrar en una secta de cristianos renacidos, y se había apropiado fraudulentamente de los fondos de las iglesias de tres estados. E

ra la tragedia de su vida. Yo le dije que era una historia estupenda. Se le iluminó la cara. Se había dado cuenta de que podía transformar su propia existencia de un modo nuevo, utilizándola como material para escribir.

Hablar es un modo de calentar los músculos antes de enfrentarse con la caza mayor, o sea, las horas que pasamos escribiendo solos. Haced una lista de todas las historias que soléis contar. Pensad en cuántas cosas tenéis para escribir.

<SALTO DE FICHERO>

ESCRIBIR ES UN ACTO COMUNITARIO.

Un estudiante me dijo: He leído tanto a Hemingway que temo haber empezado a escribir como él. Le estoy imitando, y ya no reconozco mi voz. No es tan grave. Siempre es mejor escribir como Hemingway que como la tía Bethune, convencida de que la mejor poesía de América está contenida en las tarjetas de felicitaciones de la Hallmark.

Siempre tenemos miedo de estar imitando a otro, de no tener un estilo personal.

No hay que preocuparse por ello. Escribir es un acto comunitario. Contrariamente a lo que normalmente pensamos, el escritor no es un Prometeo, aislado en su montaña de fuego. Es una gran presunción la de creernos totalmente originales. En realidad, estamos subidos en los hombros de los escritores que vinieron antes que nosotros. Vivimos en el presente, un presente hecho de historia, de ideas y de bebidas con gas. Y todo esto se mezcla en lo que escribimos.

El escritor siempre está dispuesto a enamorarse. Se enamora de otros escritores, y es así como aprende a escribir. Se apasiona con un escritor, lee todo lo que ha escrito, y luego lo vuelve a leer hasta que entiende cómo se mueve, sobre qué se detiene, cómo ve. He aquí lo que quiere decir enamorarse: quiere decir salirnos de nosotros mismos, entrar en la piel de otro. Si conseguimos amar lo que otro ha escrito, esto significa que en nosotros han sido despertadas las mismas capacidades. De esta forma sólo se puede crecer, no hay riesgo de copiar. Los aspectos de la forma de

escribir de otro que son parte de nuestra naturaleza serán asimilados, y escribiendo utilizaremos algunos de los mismos trucos. Pero no artificialmente. Quien sabe amar, se da cuenta de que es totalmente uno con el amado. Es lo que sucedió con Allen Ginsberg, cuando se propuso escribir de forma que Jack Kerouac lo pudo entender:... puesto que estaba enamorado de Jack Kerouac, descubrió ser Jack K

erouac; es algo que quien ama conoce bien. Leyendo Green Hills of África, somos Ernest Hemingway durante un safari, luego nos convertimos en Jane Austen observando a sus mujeres de la Regencia, y luego Gertrude Stein con su cubismo verbal, y, por fin, Larry McMurtry que recorre las calles de un pueblo polvoriento de Texas para ir a jugar al billar.

Por eso escribir no es solamente escribir. Es también relacionarse con otros escritores. Y no hay que ser envidiosos, sobre todo en secreto. Si alguien escribe algo realmente grande, esto sólo quiere decir mayor claridad en el mundo para todos nosotros. No hay que hacer de los escritores otros, diferentes de nosotros. Ellos son buenos, yo doy asco. Esta dicotomía no tiene que existir. Si se crea tal dualidad, es difícil que se mejore. Obviamente, vale también lo opuesto. Si decimos: Yo soy un genio y ellos no, se trata de soberbia que nos hace incapaces de crecer como escritores, o aceptar que nuestros escritos sean criticados. Es suficiente con decir: Ellos son buenos, y yo también lo soy. Esta afirmación nos proporciona un gran espacio. Ellos escriben desde hace mucho más tiempo, y yo puedo seguir un poco sus huellas, y aprender.

Es mucho mejor ser escritores tribales, que escriben para todos y reflejan muchas voces en la propia, que vivir en el aislamiento, a la búsqueda de una miga de verdad en nuestra mente individual. Hay que crecer, expandirse, y escribir abrazando el mundo entero.

Aunque vayamos a escribir solos en medio de las montañas, tenemos que estar en comunión con nosotros mismos y todo lo que nos rodea: la mesa de escribir, los árboles, las aves, el agua, la máquina de escribir. No existe separación entre nosotros y todo lo demás. Es nuestro yo el que nos lo hace creer. Nosotros construimos sobre los cimientos de todo lo que ha sido antes de nosotros, aunque lo que escribamos represente una reacción al

pasado o una tentativa de rechazarlo. Aún así, escribimos en la consciencia de lo que tenemos a nuestras espaldas.

Si en nuestro barrio hay otras personas que escriben, es bueno conocerlas y encontrarse, para ayudarse unos a otros. Es muy difícil perseverar en la soledad. Cuando tengo un grupo, les digo a mis estudiantes que tienen que aprender a conocerse unos a otros, y hacer partícipes a los demás de lo que escriben. No hay que dejar que las libretas se acumulen en un rincón. Sacad lo que escribís. Guardad en el desván la idea del artista solitario y sufridor. El sufrimiento es parte de la condición humana. No hagáis que las cosas sean más difíciles de lo que son.

<SALTO DE FICHERO>

UNO MAS UNO IGUAL A UN MERCEDES - BENZ.

A mis alumnos, especialmente a los de sexto que empiezan a tener una idea de cómo va el mundo, siempre les digo: Apagad la parte lógica de vuestro cerebro, la que dice que uno más uno son dos. Abrid la mente a la posibilidad de que uno más uno puedan ser 48, un Mercedes-Benz, una tarta de manzanas, un caballo azul. No me contéis vuestra autobiografía como una serie de hechos, por ejemplo: Hago sexto. Soy un chico. Vivo en Owatonna. Tengo una mamá y un papá. Contádme lo que sois realmente: Soy la escarcha sobre el cristal de la ventana, el grito de un joven lobo, una brizna de hierba.

Olvidémonos de nosotros mismos. Sumerjámosnos en lo que miramos, hasta desaparecer: la calle, el vaso de agua, el campo de trigo. Cualquier cosa que sintamos, intentemos transformarnos completamente en aquella sensación, ardamos con ello. No hay que tener miedo: muy pronto el yo empezará a ponerse nervioso, y el éxtasis terminará.

Pero si logramos agarrar aquella sensación, aquel olor, aquella imagen, en el momento en que somos uno con ella, probablemente surgirá una gran poesía.

Y luego volvemos a caer sobre la tierra. Sólo lo que hemos escrito seguirá participando de aquella visión. He aquí por qué hay que volver

continuamente a los libros, a los buenos libros. Y releer a menudo aquellas visiones que nos dicen quiénes somos, lo que podemos ser; que expresan los conflictos a los que tenemos que enfrentarnos en cuanto seres humanos, de modo que de nuevo podamos tener compasión de nosotros mismos, y comportarnos amablemente con los demás.

Aunque no escribamos, seguimos siendo escritores. No es algo que podamos sacudirnos de encima. Caminemos como lo haría un animal. Hagamos que todo lo que nos rodea se convierta en presa. Utilicemos los sentidos como los utiliza un animal. Observemos a un gato que ve algo moverse por la habitación. Está perfectamente inmóvil, y al mismo tiempo todos sus sentidos están alerta: mira, escucha, olfatea. Así es como tendríamos que actuar cuando caminamos por la calle. La mente del gato no está pensando en el dinero, del que tiene tanta necesidad, o en las personas a quien enviar una postal cuando vaya a Florencia: el gato está absorto en observar al ratón, o la pelotita que rueda sobre el suelo, o la luz reflejada por el cristal. Su ser entero está preparado para saltar. Evidentemente, no es necesario que nos pongamos a cuatro patas y agitemos nerviosamente la cola. Basta con quedarse inmóvil, por lo menos una parte de nosotros, y ser conscientes de dónde estamos, sea lo que sea lo que estemos haciendo.

Una vez hice un viaje a Europa con una amiga que tenía la fobia de perderse. Nunca había aprendido a leer un mapa, o a orientarse en base a simples puntos de referencia, por ejemplo: Ayer estábamos en esta plaza. Allá, en el otro lado de la calle,

está el hotel Savoy, donde hemos comprado las entradas para el concierto. Por lo tanto tenemos que girar aquí. Puesto que tenía miedo, había perdido todo contacto con su propio buen sentido, o sea con los sentidos que la naturaleza nos ha dado y con los que contamos para nuestra supervivencia. Con aquella parte de nosotros que es capaz de ser consciente y que siempre está alerta. Katagiri Roshi dice: Tú ya eres Buda!. Pero cuando estamos atareados o asustados, como en el caso de mi amiga

, nos olvidamos de ello. Puesto que tenía miedo a perderse, se perdía.

Como escritores, tenemos que movernos por el mundo manteniendo siempre el contacto con aquella parte de nosotros mismos que siempre está

presente y alerta, con aquel sentido animal que mira, ve y se da cuenta de los letreros de señalización, las esquinas, las bocas de incendios, los kioscos.

Además, antes de ponernos a escribir, convertirnos en animales es una estupenda preparación. Movámonos lentamente, apostémonos en espera de la presa, que en nuestro caso es aquello sobre lo que queremos escribir; sea lo que sea que hagamos en aquel momento: estemos sacando la basura, yendo a la biblioteca, regando el jardín. Estemos alerta con todos los sentidos. Apaguemos nuestra parte racional: estemos vacíos, sin pensamientos. Dejemos que las palabras salgan del estómago. Hagamos descender el cerebro hasta el estómago, y absorbamos nuestros pensamientos, para que alimenten el cuerpo. Hay que tener un estómago redondo, como el de Buda; no lo contengamos, sino que respiremos hasta el fondo. Tenemos que ser pacientes y equilibrados; dejar que la escritura se filtre a través del nivel de las formas del pensamiento, hasta penetrar en el subconsciente y correr por nuestras venas.

Y luego, cuando por fin saltamos, digamos que a las diez de la mañana, que es la hora en la que nos hemos propuesto empezar a escribir, añadamos a todo esto la presión de escribir durante un tiempo determinado de antemano. Escribamos durante una hora, o durante veinte minutos, como prefiramos, pero escribamos desde el primer o hasta el último instante. Tengamos la mano en movimiento, echémoslo todo fuera, de las venas a la pluma, de la pluma al papel. No nos paremos. No nos entretengamos. No nos perdamos en fantasías. Escribamos hasta que nos hayamos vaciado.

Pero no debemos preocuparnos. Esta no es la última ocasión. Si no hemos atrapado al ratón hoy, lo atraparemos mañana. No es posible dejar de ser lo que somos. Si somos escritores cuando escribimos, seguiremos siéndolo también cocinando, durmiendo o paseando. Y si somos madres, pintores, caballos, jirafas o carpinteros, lo seremos también en lo que escribimos. Lo que somos nos acompaña siempre. No nos podemos divorciar de una parte de nosotros mismos.

Lo mejor es llegar a escribir con nuestra totalidad, con todo lo que es parte de nosotros. Y cuando hemos terminado de escribir, lo mejor es salir a la calle con todo lo que somos, incluido nuestro buen sentido, o sea, nuestra

naturaleza de Buda: con un centro que nos diga el nombre de las calles, de forma que no nos perdamos. Con algo que nos dice que al día siguiente volveremos a escribir, y que durante las horas que nos separan de este momento seguiremos siendo escritores, animales que dan vueltas por las calles en busca de una presa.

<SALTO DE FICHERO>

HACER AFIRMACIONES Y CONTESTAR A PREGUNTAS.

A principios de los años setenta fue publicada una investigación acerca de la relación entre la mujer y el lenguaje que me impactó profundamente, e incluso influyó sobre mi manera de escribir. Entre otras cosas, de aquella investigación resultaba que las mujeres tienden a añadir a sus afirmaciones unas frasecitas con la intención de pedir confirmación. Por ejemplo: La guerra de Vietnam es una cosa espantosa o?; Me gusta mucho, y a tí?. En las estructuras lingüísticas que utilizan, las mujeres siempre buscan apoyo para los sentimientos y las opiniones que expresan. No se limitan a hacer afirmaciones que se justifican por sí mismas: Es bonito. Es espantoso. Necesitan estímulo exterior. Entre paréntesis, los autores señalaban el hecho de que el mismo fenómeno se da también en el lenguaje de las minorías étnicas.

Otra de las características del lenguaje femenino es la utilización de un gran número de palabras como quizás, puede ser, no sé cómo, de alguna forma, o sea, modificadores

indefinidos. Por ejemplo: No sé cómo ha sucedido. Como si hubiese intervenido una fuerza incomprensible frente a la cual la mujer se siente impotente. Quizás iré. También aquí, no tenemos una afirmación clara, perentoria: Sí, iré.

El mundo no siempre es en blanco y negro. A lo mejor uno no está seguro de poder ir a cierto lugar, pero es importante, especialmente para un escritor principiante, expresarse de forma clara y perentoria. Es bonito. Era un caballo azul. Y no: Bueno, sé que podrá parecer extraño, pero creo que, quizás, fuera un caballo azul. Hacer afirmaciones es un ejercicio útil para

aprender a darle confianza a nuestra propia mente, a tener el valor de dar nuestras propias opiniones.

Tras leer aquel artículo, volví a casa y leí otra vez una poesía que acababa de escribir

. Luego me obligué a eliminar todas las palabras y las expresiones vagas, indefinidas. La sensación era la de quitarme una serie de toallas de encima, hasta encontrarme desnuda como después de una ducha, revelando a todo el mundo quién era y lo que sentía realmente. Fue una experiencia terrorífica, pero al mismo tiempo agradable.

Aquella poesía mejoró mucho.

Por lo tanto, aunque la vida no siempre esté clara, es bueno expresarse con afirmaciones claras y contundentes. Eso es lo que pienso y lo que siento. Eso es lo que soy en este momento. Hace falta un poco de práctica, pero los resultados son muy gratificantes.

Sin embargo, mientras hacemos prácticas de escritura, no hay que preocuparse por darse cuenta de que utilizamos este género de expresiones indefinidas. No hay ni que reprocharse, ni que criticarse. Es suficiente con tomar consciencia. Sigamos escribiendo. Cuando volvamos a ellas, podremos eliminarlas.

Otra cosa a la que tendríamos que prestar atención es a las preguntas. Si podemos escribir una pregunta, también estamos capacitados para dar una respuesta. Cuando escribimos, si se nos presenta el plantear una pregunta, muy bien. Pero, inmediatamente después, bajemos a un nivel más profundo dentro de nosotros, y en la línea siguiente demos una respuesta. Qué tendría que hacer con mi vida? Tendría que comerme tres pastas de chocolate, acordarme del cielo y convertirme en la mejor escritora del mundo. Por qué ayer por la noche tuve aquella extraña sensación?. Porque en la cena me he comido un palomo estofado, porque me he puesto los zapatos al revés y porque soy infeliz. De dónde viene el viento?. El viento viene del recuerdo de los pioneros del río Croix, y abraza la tierra hasta Dakota.

No hemos de temer contestar a estas preguntas. Dentro de nosotros encontraremos recursos infinitos. Escribir significa disipar nuestras nieblas interiores. No dejemos que estas nieblas se deslicen también sobre el papel. Aunque no estemos del todo seguros de algo, expresémonos como si nos conociéramos perfectamente. Sigamos practicando, al final lo conseguiremos.

<SALTO DE FICHERO>

LA ENERGÍA DE LA FRASE.

Los verbos son importantísimos. Son la acción y la energía de la frase. Prestad atención a cómo los utilizáis. Intentad hacer este ejercicio. Doblad una hoja por la mitad a lo largo. A la izquierda escribid una lista de diez nombres. Diez nombres cualquiera.

lilas.

caballo.

bigotes.

gato.

violín.

músculos.

dinosaurio.

semilla.

tapón.

vídeo.

Ahora dad la vuelta a la hoja de forma que quede escondida la primera columna, y pasad a la segunda. Pensad en una ocupación cualquiera: carpintero, médico, azafata

. En la mitad derecha de la hoja haced una lista de quince verbos relativos a aquella ocupación.

Cocinero:

Sofreír picar pasar rebanar cortar

calentar.

estofar.

probar.

poner al horno.

freír.

escabechar.

batir.

mezclar.

verter.

Abrid la hoja. Ahora tenéis una columna de nombres a la izquierda, y una columna de verbos a la derecha. Intentad unir los nombres a los verbos para ver qué nuevas combinaciones lográis obtener, y luego acabad las frases, conjugando los verbos en el tiempo y en el modo más oportunos.

lilas.

caballo.

bigotes.

gato.

violín.

músculos.

dinosaurio.

semilla.

tapón.

vídeo.

Cocinero:.

sofreír.

picar.

pasar.

rebanar.

cortar.

calentar.

estofar.

probar.

hervir.

poner al horno.

freír.

escabechar.

batir.

mezclar.

verter.

Los dinosaurios se escabechan en la tierra. Los violines hervían el aire con su música.

Las lilas rebanaban el cielo en tiras violetas.

He aquí algún otro ejemplo de la utilización de los verbos: La respiración de su marido le serraba el sueño por la mitad....

La luz hundida de la hora tardía se estira sobre el depósito de propano.

Cuando lo vi, exploté.

Otros en parejas encima de los coches al río relampagueante de luna.

donde ángeles y gladiolos te caminan sobre la piel para dormir en la tierra.....

La sangre me zumba como un nido de abejas.

Esto no significa que, escribiendo, haya que pasarse las horas buscando nuevos verbos. Es suficiente con ser consciente de los verbos que se utilizan y de su fuerza, y utilizarlos de una forma nueva. Cuanto más sensibles seamos a todos los as

pectos del lenguaje, más vibrantes serán nuestros escritos. Al final también podremos decidir que, para nosotros, correr, ver, ir son suficientes. Está muy bien, pero en este caso será una elección consciente, y no una parte de la frase en la que prestamos poca atención o, incluso, dormimos a pierna suelta.

<SALTO DE FICHERO>

ESCRIBIR EN RESTAURANTES.

Estoy sentada en un vagón, convertido en restaurante en San Cristóbal, New México. El pueblecito cuenta con aproximadamente sesenta y ocho habitantes, y la señora de origen español que regenta el restaurante posee

aquel pedazo de tierra desde 1948. A caba de regresar de Arizona, y ha vuelto a abrir el local. Las autoridades local es dicen que si quiere agua tiene que excavar un pozo, y en consecuencia hasta e ntonces no podrá cocinar. En las dos horas que pasaré aquí escribiendo, mis posibilida des de elección son las siguientes: cigarrillos, Coca-Cola, agua mineral Rocío de Mo ntaña, goma de mascar Super Bubble simple, de uva o de manzana, tentempiés Snockers, caramelos Fire Stix, comprimidos digestivos turns o Alka-seltzer, polvo para re frescos Kool-Aid de frambuesa o de punch tropical, leche en cartones de litro o una docena de huevos. Tengo que pedir algo, y tiene que ser algo más que una Coca-Cola, puesto que espero quedarme aquí durante algún tiempo.

Esta es la primera regla. Cuando decidimos ir a escribir a un bar o a un restaur ante, tenemos que establecer una relación con quien nos sirve. Vayamos con el estóma go vacío, para que nos entren ganas de pedir algo. Algunas veces me sucede que no tengo hambre y pido igualmente comida; luego pongo a un lado los platos y saco l a libreta. En la hora siguiente, a lo mejor mordisqueo un poco de cebolla frita o de espinacas en ensalada. Si pidiera sólo café, no podría aprovechar la oportunidad de tomar gratis las tazas que quisiera. Quiero que los que trabajan en el restau rante sepan lo mucho que aprecio el tiempo y el espacio que me conceden. Y luego

, como ocupamos la mesa durante horas, es mejor dejar algo más que la acostumbrada propina. La camarera redondea sus ganancias en base al turno de mesas, y de est a forma nos quedamos en la mesa más tiempo de lo que nos tocaría. No hay que llegar a la hora del almuerzo o de la cena, cuando el restaurante está más lleno. Mejor lle gar cuando ya ha pasado el momento punta, y la camarera estará contenta de vernos porque está cansadísima y sabe que no pediremos muchas cosas y no exigiremos un serv icio rápido.

Sé que éste puede parecer un sistema algo caro de escribir. Y lo es, pero sólo al prin cipio. Una vez que nos hemos dado a conocer, muy pronto nuestra presencia se con vierte en una rutina. Oh, he aquí la escritora. Qué tal? Puedo ofrecerle otra taza d e café?.

Cuando estaba en Minneapolis, una vez una amiga me llamó y me dijo: Hay un nuevo r estaurante en Calhoun Square. Vayamos allí a cenar, y luego podremos escribir. En aquella ocasión me di cuenta, por primera vez, que

escoger un buen lugar para escribir no es tan fácil como parece. Aquel restaurante era absolutamente inadecuado.

Me di cuenta al primer vistazo. De entrada, era un local demasiado refinado, en el que se servían platos creativos y excitantes. En fin, según ellos la gente allí sólo tenía que comer y basta. No era, evidentemente, apropiado dedicarse a la literatura encima de esos manteles blancos con dibujos violeta y azul claro.

Normalmente escojo locales de tipo familiar, no los pertenecientes a una cadena tipo McDonalds. Aparte el hecho de que estos últimos son de puro plástico, la sillas

, a menudo, son el máximo de la incomodidad. Necesito un ambiente en el que se respire una atmósfera humana, no un lugar eficiente, impersonal y de color naranja.

Pero, por qué preocuparse tanto? No sería mejor quedarnos a escribir en casa? Es uno de mis trucos. Es bueno cambiar, de vez en cuando, de escenario, y en casa están el teléfono, el frigorífico, los platos por lavar, la ducha que nos tenemos que dar, el cartero al que hay que saludar. Por lo tanto, algunas veces, es mejor salir. Y luego, una vez hecho el esfuerzo de ir hasta un local público, no es tan fácil levantarse para ir a hacer alguna otra cosa, como pasa en casa.

Y la mente es una gran liante. Cuando escribo, se me ocurren miles de cosas más agradables para hacer. Una vez tuve la oportunidad de pasar una semana en una cabaña de campo en Minnesota septentrional. El segundo día, estaba sentada frente a la máquina de escribir y trabajaba en un cuento. Estábamos a finales de junio, y desde la ventana veía el huerto y los campos, los chopos, las remolachas, las lechugas.

Un inmenso cielo azul. De repente me encontré en traje de baño, con los pies en las aguas del lago que se encontraba a trescientos metros de la casa. Estaba a punto de zambullirme de cabeza, cuando tuve un sobresalto. Natalie, qué estás haciendo?

Pero si acababas de ponerte a escribir la tercera página de tu cuento!
Normalmente me llamo la atención antes de llegar tan lejos.

Podemos llamarlo de muchas maneras, pero, fundamentalmente, el significado es que se ha activado aquella parte de nuestra mente que se manifiesta como resistencia. Y a qué se resiste? Al trabajo y a la concentración.

El otoño pasado, pasé un período en el cual cada vez que me ponía a escribir entraba en un estado eufórico de perfecto vacío mental: me quedaba con la mirada fija fuera de la ventana y sentía una sensación de inmenso amor y de total identidad con el universo entero. Algunas veces me quedaba en aquel estado de ánimo durante todo el tiempo que hubiera tenido que dedicarme a escribir. Mira qué bien, me decía, Has llegado a la iluminación! Esto es mucho más importante que escribir. Además, no es precisamente la meta que nos proponemos alcanzar escribiendo?. Después de algún tiempo, le pregunté a Katagiri Roshi qué pensaba de ello. Oh, es tan solo pereza, me contestó. Ponte otra vez a trabajar.

He leído acerca de unas cámaras de aislamiento sensorial en las cuales nos encontramos sumergidos en treinta centímetros de agua templada dentro de una especie de caja oscura, y los estímulos sensoriales son prácticamente eliminados. Puesto que la estimulación sensorial está reducida al mínimo, la concentración resulta favorecida.

Extrañamente, también escribir en un café puede servir para mejorar la concentración. Pero, en lugar de reducir los estímulos, la atmósfera de un local público mantiene felizmente ocupada nuestra parte sensorial, de forma que la parte más profunda y silenciosa, la que es capaz de crear y concentrarse, tenga libertad para hacerlo. Es un poco como distraer a un niño pequeño con bromas y zalamerías, mientras le introducimos en la boca una cucharada de manzana rallada. Por el mismo motivo, Mozart, cuando componía, tenía la costumbre de hacerse leer novelas por su mujer.

Los estímulos presentes en un restaurante también pueden ser utilizados de otra manera. Volvámonos para enfrentarnos con ellos, subamos al vivo y dejémonos llevar. M

anteniendo la mano en movimiento, escribamos en la cresta de esas olas de energía, arrojando los detalles que recogemos en el ambiente circundante, mezclándolos con nuestros relámpagos de pensamiento. La excitación exterior puede estimular y despertar en nosotros nuevas sensaciones. De esta forma, se da y se recibe: y es maravilloso.

En París, me quedé pasmada al ver cuántos cafés había. Darle prisa al cliente se consideraría un signo de mala educación. Podemos pedir un café a las ocho de la mañana, y todavía estar allí sorbiéndolo tranquilamente a las tres de la tarde. En *A Moveable Feast* (un libro bellissimo! léedlo!), Hemingway nos habla de cuando escribía en los cafés de París

; y, a lo mejor, algunas mesas más abajo estaba sentado James Joyce. Cuando fui, en Junio del año pasado, entendí por qué tantos escritores americanos se fueron a vivir al extranjero; en París hay, probablemente, cinco cafés por manzana, y todos ellos te invitan a escribir, y quien escribe en ellos se siente inmediatamente aceptado.

En América, la gente desconfía de los que escriben. Excepto en el caso de rellenar un impreso o un talón, normalmente se considera una extravagancia; por eso, casi siempre, se nos mantiene a una respetuosa distancia, aunque alguien quede, secretamente, fascinado y de vez en cuando te eche una mirada circunspecta. Escribir no es parte integrante del contexto americano. Pero podemos utilizar esta postura a nuestro favor. A quien escribe en público, normalmente se le deja en paz. Sólo una vez, en Nebraska, una camarera particularmente afable y bonita vino hacia mí y me preguntó sin rodeos: Qué es lo que está escribiendo? Podría leer algo?. Si no hubiese estado viajando y no hubiese tenido tanta prisa, me hubiera sentido muy feliz de invitarla a sentarse a mi lado para leer las últimas cuarenta páginas que había escrito.

Sí, claro, una vez en el Rainbow Café, un bar de Hill City, en Minnesota, un chico que jugaba al billar mientras yo escribía en una mesa allí cerca, me chilló: Hey, escribe más rápido de lo que yo pienso. Y un poco más tarde: Si insistes y mañana vuelves aquí, toda la ciudad vendrá a verte!. En estos casos hay que tomárselo a risa, contestar

, no ofenderse.

Hagamos una lista de los cafés, restaurantes y bares en los que hemos estado. Añadamos algún detalle, si nos apetece. Miremos a dónde nos lleva esto. Seamos precisos.

El Terrys Café, en el South Dakota, donde escribía postales para mis amigos de Minesota. Querido Phil, estoy en South Dakota, en dirección hacia New México. Estamos a final de julio. Cuánto me ha gustado tu casita de StCroix! Piensa en mí. Perdóname si me he ido. Estoy comiendo crackers y una ensalada de judías en lata.

El Costas Coffee Shop de Owatonna, en Minnesota, frente al banco proyectado por Lous Sullivan. Los reservados naranja, y la ensalada griega demasiado aliñada.

Drugstore Snyder, donde Jim me dijo que le gustaban muchísimo los sandwiches de jamón..

.

Y, por favor, tomad nota: no os olvidéis de intentar escribir en una lavandería.

<SALTO DE FICHERO>

EL ESCRITOR Y SU ESTUDIO.

Si para escribir necesitáis una habitación, encontrad una habitación y punto. No hagáis de ello una cuestión de estado. Si el techo está en condiciones, si la habitación tiene una ventana y si en invierno podréis calentarla, meted dentro la mesa de escribir, unas estanterías, una silla cómoda, y empezad a escribir. Sucede demasiado a menudo que uno decide que tiene que blanquear las paredes, luego comprarse unos tapices para colgarlos en ellas, agenciarse una mesa especial, enviar la silla al tapicero, hacer venir al carpintero para que construya una librería de nogal, ir en busca de una alfombra que haga juego con todo lo demás. Después de todo, es mi habitación.

Entonces se convierte en otro truco para evitar escribir. He visto a amigos míos crear el ambiente perfecto, y luego no conseguir estar en él. Se encontraban más a gusto escribiendo sobre la mesa de la cocina. Es difícil quedarnos sentados en una habitación exquisitamente decorada y, mientras, luchar con aquellas imperfecciones nuestras que el escribir, inevitablemente, saca a flote. Nos creamos ambientes exquisitos en los que reina el silencio más absoluto, y luego no vemos la hora de ir a escribir entre el ruido y el caos de un café. Muchos de nosotros, durante el verano, cuidamos perfectamente el jardín, y luego quisiéramos encontrarnos en un bosque entre árboles caídos e insectos de todo tipo, donde, aparentemente, reina el desorden más desenfrenado. En el estudio de un escritor, es natural que haya libros abiertos esparcidos aquí y allá, por lo menos una taza llena a medias de té negro ya pasado, papeles esparcidos, montones de cartas sin contestar, un paquete de galletas abierto, los zapatos tirados debajo del escritorio y un reloj de muñeca sin manecillas sobre el suelo.

Los maestros zen dicen que cada ambiente indica el estado mental de quien lo ocupa. Algunos le tienen miedo al espacio, y en consecuencia llenan todo rincón posible. Esto corresponde interiormente al miedo al vacío, por lo cual la mente evoca sin parar pensamientos y acontecimientos. Yo creo, sin embargo, que con respecto al lugar en que se escribe las cosas son diferentes. Algo de desorden aparente indica fertilidad mental y creatividad. Un estudio perfectamente ordenado, siempre me ha hecho pensar que quien lo ocupa le tiene miedo a su propia interioridad, y que en aquel espacio exterior se refleja una necesidad interior de control. La creatividad es precisamente lo opuesto: es una pérdida de control.

Está bien reservarnos una habitación para escribir, un lugar donde guardar nuestras herramientas de escritores, pero es mejor aprender a conocernos lo bastante a fondo para que no tengamos necesidad de perdernos en la decoración. Recuerdo mi primer estudio. El alquiler era de setenta y cinco dólares al mes. Era una gran habitación en el tercer piso de una torrecita. El suelo no estaba acabado. Había tres ventanas. Los dueños de la casa tenían un doberman, y tuve que pasar tres días haciendo am

istad con él en su presencia. De otro modo nunca me hubiese permitido entrar en la casa cuando ellos no estaban. Sin embargo, aún con este

inconveniente, para mí era muy importante tener un lugar solo mío para escribir, y además en otra zona de la ciudad. Esto significaba que me estaba tomando en serio. Sólo un año antes había padecido las penas del infierno antes de gastar cuarenta y seis dólares en una grabadora que me servía para intentar leer mis poesías en voz alta, y nunca hubiera soñado con comprarme una máquina de escribir eléctrica. A medida que crecía como escritora, estaba más dispuesta a comprometerme y a gastar en esta actividad. Crearse un espacio para escribir es otro signo de un compromiso mayor.

Sin embargo, pensad que precisamente la semana pasada conocí a Meridel Le Sueur. E

s una escritora de más de ochenta años, a la que se deben numerosas novelas y colecciones de cuentos y poesías. Me ha dicho que ahora ya no tiene un lugar fijo. Se va a visitar a alguien, se queda por algún tiempo en su casa, y escribe en cualquier sitio que se encuentre. Acababa de llegar de California, donde había ido a ver a su hija, y ahora venía para quedarse en casa de unos amigos aquí en Taos, donde tiene intención de escribir. Me preguntó si sabía dónde podría encontrar una máquina de escribir manual por unos treinta dólares. Cuando se vaya, se la dará a alguien, como siempre ha hecho vaya donde vaya, para no tener que arrastrarla en el viaje. Quién ha dicho que el escritor necesite un estudio?

<SALTO DE FICHERO>

UN GRAN TÓPICO: EROTOMANÍA.

Puede ser que en un momento dado tengáis entre las manos un argumento de gran alcance, sobre el que os parezca que tenéis la obligación de decir absolutamente algo. Amor y erotismo, por ejemplo. Con un tema tan importante como éste, siempre existe el riesgo de acabar en lo filosófico, de volvernos abstractos, prolijos, aburridos

, y ello sin acercarnos lo más mínimo a lo que quisiéramos decir. Sí, claro, el erotismo

. Estoy convencida de que está relacionado con el comportamiento y los instintos sexuales.... Inconscientemente, escribiendo sobre ello, nos hemos dejado ganar un poco por el nerviosismo, porque no tenemos idea de cómo llegar a lo que verdadera mente quisiéramos decir, y al mismo tiempo tenemos un poco de miedo a llegar de verdad. Relajémonos.

Arranquemos siempre desde nosotros mismos, y dejémonos llevar. Erotismo es una palabra importante. Si estamos nerviosos, miremos a nuestro alrededor. Empecemos con algo pequeño y concreto: la taza encima del platito, la rodaja de manzana, la migaja de dulce que ha quedado en nuestros labios. A veces hay que tomar distancias frente a la respuesta, para llegar a ella describiendo una espiral descendente.

Escribir es un acto de descubrimiento. Tenemos que descubrir nuestra relación con un cierto sujeto, no la definición que daría el diccionario.

De dónde vengo?. Una alumna mía de New México se enfrentó a este argumento en un ejercicio de escritura a tiempo establecido. Empezó relatando un hecho recién ocurrido, una visita a una amiga en el departamento de maternidad del hospital. Tras haber escrito su visita con detalle, contó cómo había preparado para la amiga, su marido y el recién nacido una cena a base de pavo asado para el Día de Acción de Gracias. Entretanto, se notaba al fondo el zumbido de la pregunta de la cual había arrancado. Y en medio de aquella cena en Santa Fe, pasó a Brooklyn, a su propio nacimiento y a su madre. No siempre es posible enfrentarse con el argumento directamente; algunas veces hace falta algo de tiempo para llegar.

Hablando de la relación de pareja, Katagiri Roshi decía: Hay que caminar uno junto al otro, no frente a frente. Es así como tendríamos que enfrentarnos a lo que tenemos que decir: no agresivamente, con la cabeza baja, sino rodeándolo a paso de danza.

Si uno experimenta sensaciones de tipo erótico y escribe acerca de cómo se come un melón, aunque no utilice nunca aquella palabra, nosotros, leyendo, experimentaremos las mismas sensaciones.

Sin embargo no penséis que esto significa que no podemos volvernos descarados, si es así como necesitamos expresar nuestro erotismo. Desde luego que, si nos desnudamos y nos lanzamos en seguida, sin preámbulos, puede ser que el agua nos parezca demasiado fría, y salgamos corriendo al instante protestando que es demasiado. Acer

caos al erotismo partiendo de la otra orilla, completamente vestidos, y cruzad el río a nado, con calma. Si nadando empezáis a quitaros la camisa y los pantalones, en el momento en que lleguéis a la otra orilla estaréis desnudos, descaradamente eróticos, como hubierais siempre querido ser, pero sin estar demasiado asustados o embarazados. Para llegar hasta allí habéis empleado todo el tiempo que necesitábais; ahora habéis tocado tierra en la otra orilla, y nosotros hemos nadado junto a vosotros. Ahora estamos preparados para escuchar todo lo que tenéis que decir. Adelante, dejados ir.

También podríamos intentar enfrentar un argumento comprometido desde otra perspectiva. Subdividamos el argumento en sus distintos aspectos. Si la palabra erotismo os hace

titubear, u os bloquea, hacedla más intrigante. Intentad expresarla así: Qué es lo que os pone calientes?

Haced una lista de todas las frutas sexy que conocéis.

Qué coméis cuando no estáis enamorados?

Cuál es la parte más erótica de vuestro cuerpo?

El cuerpo se convierte en paisaje (Meridel Le Sueur) Con qué comunicáis?

La primera vez que habéis experimentado sensaciones eróticas.

Si no sabéis lo que es el erotismo, escribid como si lo supierais. Bien. Tenéis diez minutos. Escoged uno de los temas de la lista de arriba, y escribid. Recordad la precisión. Ahora. Mantened la mano en movimiento. No os corrigáis.

<SALTO DE FICHERO>

SER TURISTAS EN NUESTRA PROPIA CIUDAD.

El escritor observa detalles que pasan desapercibidos a los demás. Por ejemplo, sobre nuestra lengua, nuestros codos, el agua que sale del grifo, sobre los camiones de limpieza urbana de New York, del color violeta de un viejo letrero en una pequeña ciudad. A mis alumnos de la escuela elemental les recomiendo siempre: Por favor, en vuestras poesías no quiero oír hablar de Michael Jackson, de juegos electrónicos o de personajes de los dibujos animados. Éstos ya tienen toda la atención que necesitan, además de millones de dólares en publicidad para garantizarles el máximo de la popularidad. El trabajo del escritor consiste en dar vida a lo banal, en volver a despertar al lector a la excepcionalidad de lo existente.

Cuando vivimos durante demasiado tiempo en el mismo lugar, nuestros sentidos tienden a entorpecerse. Ya no nos damos cuenta de lo que tenemos alrededor. Ésta es la razón por la que viajar sea tan excitante. Nos encontramos en lugares nuevos, y lo vemos todo de forma nueva. Tengo una amiga que vive en New York. La última vez que había subido al Empire State Building estaba en quinto curso y había ido con la escuela. Sólo volvió cuando fueron a verla unos amigos de Minnesota que querían subir al famoso rascacielos; y para ella fue algo emocionante, aunque por sí misma nunca se le habría ocurrido ir.

El escritor es alguien que desde el Midwest va a New York por primera vez, pero sin dejar el Midwest; únicamente ve su propia ciudad con los ojos de un turista que va a New York. Y empieza a ver de la misma forma también su propia vida. Hace algún tiempo, me trasladé a Santa Fe. Puesto que allí no había muchas posibilidades de empleo para una escritora, trabajé a tiempo parcial como cocinera en un restaurante, la primera vez, despertándome el domingo por la mañana a las seis para enfrentarme a una jornada en la cocina, me interpele sobre mi destino. A las ocho, atareada en cortar zanahorias en diagonal, quedé impactada por su color, y pensé: Es realmente una experiencia profunda. Me enamoré de aquellas zanahorias. Me eché a reír. A dónde he llegado. Me conformo con tan poco!.

Aprended a escribir sobre lo que es banal. Rendid un homenaje a las tacitas de café, a los pajaritos, a los autobuses, a un sandwich de jamón. Haced una lista de todo lo más banal que podáis imaginar. Cada vez que se os ocurra, añadid a la lista una

nueva voz. Prometeos, antes de dejar esta tierra, nombrar al menos una vez en una poesía, en un cuento o en un artículo cada una de las cosas que habéis puesto en la lista.

<SALTO DE FICHERO>

ESCRIBIR EN CUALQUIER SITIO.

Estupendo. Los chicos están puliéndose la caja de copos En la cuenta corriente te queda un dólar y veinticinco centavos. Tu marido no logra encontrar los zapatos, el coche no puede arrancar, sabes que has vivido una vida de sueños por realizar. Existe la amenaza de un holocausto nuclear, en puntos del Sur hay segregación racial, en el exterior hace 10 grados bajo cero, te pica la nariz, y no tienes tres platos limpios en los que servir la cena. Tienes los pies hinchados, que pedir hora al dentista, hay que sacar al perro, y hay que descongelar el pollo y llamar a tu primo en seguida; estás preocupada por el glaucoma de tu madre, te has olvidado de poner película en la máquina fotográfica, en el supermercado hay una promoción de atún en lata, estás buscando una oferta de trabajo, acabas de comprarte un radiador y ahora tienes que sacarlo de la caja y montarlo.

Tienes que parar de comer rosquillas y empezar a comer coles de bruselas, has perdido tu pluma favorita, y el gato se ha hecho pipí encima de tu bloc de notas.

Busca otro bloc, coge otra pluma, y escribe, escribe, un aspecto positivo. En el centro del mundo, es suficiente con dar un sólo aspecto positivo. En el centro del caos, es suficiente con hacer un punto definitivo. Escribe y basta. Di que sí, quédate viva, despierta. Escribe y basta. Escribe, escribe.

Al fin y al cabo, la perfección no existe. Si queremos vivir, hay que cortar por lo sano y escribir. No existen vidas perfectas, libretas perfectas, plumas o escritos perfectos. Por eso hemos de entrenarnos a ser flexibles.

Intentemos escribir en circunstancias y lugares distintos, escribir en el tren, en el autobús, en la mesa de la cocina, en solitario en el bosque, apoyados en el tronco de un árbol, en la orilla de un riachuelo con los pies en el agua, sentados encima de una roca en medio del desierto, sobre la acera de enfrente de casa, bajo un porche o una galería, en el asiento posterior de un coche, en la biblioteca

, sobre el banco de un chiringuito, en un callejón, en la mesa de un bar, en el aeropuerto, en Texas, en Kansas o en Guatemala, sorbiendo una Coca-Cola, fumando un cigarrillo, comiendo un sandwich de bacon, lechuga y tomate.

Hace poco he estado en New Orleans, y he ido a visitar un cementerio en el que las tumbas se encuentran sobre el nivel del suelo a causa de las frecuentes inundaciones. Me había llevado la libreta, me senté sobre el cemento de la delgada sombra de una losa en la caliente humedad de Louisiana, y me puse a escribir. Cuando levanté la mirada, había transcurrido una hora. He aquí la perfección, me dije a mí misma.

Lo que era perfecto no era la situación física: cuando estamos realmente dentro de lo que estamos escribiendo, no importa dónde nos encontremos, porque de todas formas es perfecto. Saber que podemos escribir en todas partes, nos da una sensación de gran autonomía y seguridad. Si queremos escribir, al final encontraremos, sin duda, la oportunidad de hacerlo.

<SALTO DE FICHERO>

IR MÁS ALLÁ.

Cuando creamos haber dicho todo lo que teníamos que decir, hagamos otro esfuerzo.

Avancemos más allá. Algunas veces, cuando creemos haber acabado, no se trata más que del umbral del principio. Probablemente es por eso que decidimos que hemos terminado. Nos dejamos atrapar por el miedo. Estamos aterrizando sobre algo real. Es más allá del punto en el que pensamos haber terminado, cuando a menudo sale algo verdaderamente intenso.

Recuerdo una alumna mía cuya madre había muerto de cáncer. Escribía sobre ello una cara de una hoja con prosa simple y clara, y luego se detenía. Cuando leía uno de aquellos fragmentos en la clase, yo siempre tenía la impresión de que detrás había algo más, y se lo decía. Ella sonreía y decía: Bueno, los diez minutos habían terminado. Si lo necesitáis, escribid hasta el undécimo. Sé que puede dar miedo, y que esto puede significar perder realmente el control, pero os aseguro que cuando lleguéis al otro lado, tendréis ganas de cantar. A lo mejor antes de cantar lloraréis un poquito, pero no pasa nada malo. Basta con mantener la mano en movimiento y abrirnos a nuestras propias sensaciones. A menudo, mientras escribo mis mejores piezas, se me está rompiendo el corazón.

Cuando enseño escritura a los niños, sucede a menudo que escriben cuentos con un argumento complicadísimo, y, en lugar de obligarse a terminar la historia, utilizan el truco: Y luego me desperté!. Si escribiendo seguimos impidiéndonos llegar hasta el fondo, hasta llegar a la verdadera conclusión, no es un sueño de lo que nos despertamos: es una pesadilla, que luego llevamos con nosotros a dondequiera que vayamos. Escribir nos ofrece una gran ocasión para alcanzar a nado la libertad.

Aunque nos hayamos esforzado y tengamos la sensación de haber llegado al otro lado

, avancemos aún más allá. Si sentimos que la ola nos lleva, cabalguémosla hasta que nos sea posible. No nos detengamos a la mitad. Este momento ya no volverá de esta misma manera, y más adelante, para intentar acabar la pieza, necesitaremos mucho más tiempo del que nos haría falta ahora.

Os doy este consejo por experiencia personal. Avanzad siempre más allá de donde creéis poder llegar.

<SALTO DE FICHERO>

INSPIRAR COMPASIÓN.

En este momento me encuentro en una isla griega: el mar Egeo, habitaciones de alquiler baratas en la playa, nadar desnudos, pequeñas tabernas donde sentarse bajo un cañizo para sorber ouzo, saborear un plato

de pulpo a la plancha, mirar el gran disco del sol al atardecer. Tengo treinta y seis años y la amiga que está conmigo tiene treinta y nueve. Para las dos es el primer viaje a Europa. Lo miramos todo, pero sólo a medias, pues estamos siempre ocupadísimas en hablar. Le cuento acerca de mi ensayo de danza: tenía seis años, vestía un tutu rosa, y mi padre, sentado en la primera fila, cuando me vio se echó a llorar. Ella me habla de su marido que frecuentaba una escuela católica en Nebraska; una vez llegó tarde a una función en la que era protagonista, y las monjas habían hecho arrodillarse a todos los niños para que rezaran para que llegase.

Un martes decido que necesito estar sola. Quiero dar un paseo y escribir. Todos en la vida tenemos un gran miedo. El mío es el de la soledad. Naturalmente nuestro mayor miedo es normalmente el que sería necesario superar para realizar nuestros más grandes sueños. Soy una escritora. Los escritores pasan mucho tiempo solos escribiendo. Además, en nuestra sociedad ser artista significa vivir en soledad. Los de más, los que tienen un empleo fijo, salen de casa por la mañana para ir a trabajar, mientras que el artista vive fuera de esta organización social.

He decidido, pues, pasar el día sola, porque intento siempre ensanchar mis fronteras. Es mediodía y hace mucho calor. No he ido a la playa, y a esta hora no hay por ahí un alma viviente. Empiezo a preguntarme qué estoy haciendo con mi vida. Cada vez que me siento desorientada o insegura de mí misma, me parece que se pone en cuestión mi existencia entera. Es una experiencia muy desagradable. Para cortar por lo sano, me digo: Natalie, habías pensado ponerte a escribir. Entonces escribe. No me importa si te sientes sola y crees volverte loca. Así empiezo. Escribo sobre la iglesia que tengo delante, sobre la barca amarrada, sobre la mesa en la que estoy sentada. No es divertido. Me pregunto cuando volverá mi amiga. Cuando llega el barco de las cinco, ella no está. No sé griego. Estoy abandonada a mí misma, y tengo una percepción mucho más aguda del ambiente circundante. Los cuatro viejos sentados en la mesa al lado de la mía tienen delante un montón de judías verdes y, una por una, l

están quitando el hilo. El que está de cara al mar, está discutiendo con su vecino de la izquierda. En el muelle, una vieja vestida de negro se inclina para estirarse una media. Vagando sin meta, llego a una playa donde nunca

había estado, y empezó a leer *Green Hills of Africa* sobre una duna mientras el sol se está poniendo. Me

me doy cuenta de que en la taberna rebanan atún fresco. Estoy tratando de establecer un vínculo con el ambiente. Echo muchísimo de menos a mi amiga. Sin embargo, a pesar del pánico, de repente advierto una profunda afinidad con la arena, el cielo, mi vida. Vuelvo atrás caminando por la orilla. Cuando paseamos por las calles de París, mi amiga tiene miedo a perderse y a menudo es presa del pánico. Yo no tengo ningún miedo a perderme. Si me pierdo, me pierdo. Sólo esto. Miro el mapa, y encuentro el camino. Hasta me divierto dando tumbos por las calles de París sin tener una idea precisa de dónde me encuentro. De la misma forma, tengo que dar vueltas por los campos de la soledad y aprender a encontrarlos acogedores, y cuando la soledad se hace sentir, sacar el mapa y encontrar el modo de salir de ella sin dejarme llevar por el pánico, sin llegar inmediatamente a la conclusión de la nada existencial del mundo, sin empezar a poner en duda cada cosa (¿Quién ha dicho que puedo ser escritora?) y sin avanzar más allá del límite del abismo.

Por lo tanto cuando se escribe y se arranca de la página en blanco, de un corazón inseguro, de la carestía de pensamientos y del miedo por no sentir nada, hay que empezar a moverse precisamente desde allí, desde aquella electricidad. Es un modo de escribir en el que se renuncia a toda pretensión de control, de cuyo éxito nunca podremos estar seguros, y que arranca de la ignorancia y de la oscuridad. Pero si sabemos enfrentarnos a estos obstáculos y utilizarlos como punto de partida, al final nos soltaremos y nos abriremos al mundo tal cual es. De aquel huracán de miedo, saldrá una voz sincera de escritor.

Cuando estaba en París, leí *Tropic of Cancer*, de Henry Miller. En el penúltimo capítulo, Me

Miller se ensaña contra la escuela de Dijón en la que se encuentra enseñando inglés, contra las estatuas muertas y contra los estudiantes que serán dentistas e ingenieros, contra el invierno que hiela los huesos y la ciudad entera que bombea hacia fuera ríos de mostaza. Estar allí le hace enfurecer. Luego, precisamente al final del capítulo, va a sentarse en el corazón de la noche fuera de la verja del colegio, abandonándose momentáneamente a la

situación presente, dándose cuenta de que el bien y el mal no existen, perfectamente tranquilo, simplemente vivo.

Si partimos, para escribir, de los movimientos de nuestro sufrimiento, al final nacerá en nosotros la compasión hacia nuestras vidas ciegas y mezquinas. Del desaliento nacerá una nueva ternura hacia el cemento que pisamos, hacia la hierba seca que cruje bajo el látigo del viento. Podremos tocar cosas que antes creíamos feas, y ver sus detalles irrepetibles, la pintura que se despegaba en virutas, el gris de las sombras, así como son - simplemente por lo que son, ni bien, ni mal, sino parte de la vida que nos rodea - y amemos esta vida, porque es la nuestra, y por el momento no tenemos nada mejor.

<SALTO DE FICHERO>

LA TORTURA DE LA DUDA.

Un amigo mío estaba pensando trasladarse a Los Ángeles, con la esperanza de abrirse camino en el mundo de la música. Era compositor de música y letrista, y le había llegado el momento de seguir su vocación. Katagiri Roshi le dijo: Bien, si realmente es tan decidido, veamos cuál es tu actitud.

Intentaré hacerlo lo mejor que pueda. Pienso que ha llegado la hora de hacer una tentativa, y si no funciona, paciencia. Lo aceptaré.

Esta es la actitud equivocada, dijo el Roshi. Si te tiran al suelo, tienes que volverte a levantar. Si te tiran al suelo otra vez, tienes que levantarte de nuevo. A pesar de las veces que caigas al suelo, tienes que volverte a levantar. He aquí cómo tienes que empezar.

Lo mismo vale para el que escribe. Por cada libro que tiene éxito, probablemente hay millares que ni siquiera llegan a ser publicados. Pero nosotros tenemos que seguir nuestro camino. Si nos gusta escribir, escribamos. Si no publican nuestro

primer libro, escribamos otro. Si seguimos mejoraremos, porque habremos tenido ocasión de practicar.

Un mes sí y otro no, estaría dispuesta a dejar de escribir. El diálogo interior que se desarrolla en estas ocasiones, suena más o menos así: Qué tontería. No gano una peseta, la poesía no abre ninguna puerta, a nadie le importa un bledo, siempre estoy sola

, no puedo más, es una tontería, quiero una vida regular. Todos estos pensamientos son una tortura. Si nos dedicamos a algo con la totalidad de nuestro ser, cuando llegue el momento de dejarlo lo sabremos seguro. Es una verificación constante de nuestra perseverancia. Algunas veces escucho la voz de la duda, y me dejo desviar durante algún tiempo. Quién sabe, a lo mejor me iría mejor como vendedora; o podría abrir un café para escritores, donde se pueda ir a escribir saboreando un cappuccino

; o, si no, podría casarme, tener niños, hacer de ama de casa y preparar cenas exquisitas.

Pero no tenemos que hacer caso a nuestras dudas. No nos traen otra cosa que sufrimiento y depresión. Lo mismo vale para el crítico que, cuando escribimos, empieza a incordiarnos: Qué tontería. No se puede escribir algo así. Tú, una escritora? Pero quién te crees que eres?. No hay que prestar atención a estas voces. Nunca podrán ayudarnos. En cambio hay que tener ternura y determinación con respecto a lo que se escribe, y cultivar el sentido del humor, con la profunda convicción de que estamos haciendo lo que es justo. No nos dejemos coger por el ratoncito de la duda. Hagamos como si no estuviera y dediquémonos, en cambio, a la inmensidad de la vida y a la fe en el tiempo y en la práctica.

<SALTO DE FICHERO>

UN DULCE.

Hay una vieja tradición hebraica por la cual, cuando un chico se inicia en el estudio del Tora, precisamente la primera vez, cuando ha leído la primera palabra, le dan un poco de miel o un dulce. De esta forma, el chico asociará siempre el estudio con el dulce. Tendría que ser también igual en la escritura. Desde el principio hemos de estar convencidos de que escribir es bonito y placentero. No luchemos contra ello. Hagámonos amigos.

Y el escribir es nuestro amigo. Nunca nos abandonará, aunque nosotros reneguemos de él muchas veces. El proceso de la escritura es una fuente continua de vida y vitalidad. Algunas veces, cuando vuelvo a casa del trabajo y me siento deprimida y completamente desequilibrada, me digo: Natalie, sabes lo que tienes que hacer. T

ienes que escribir. Si soy lista, me escucho a mí misma. Si, en cambio, me dejo vencer por la pereza o la destructividad, no lo hago, y sigo sintiéndome deprimida.

Pero, si me escucho, escribir me proporciona la posibilidad de tocar con la mano mi propia existencia y esto, indefectiblemente, me suaviza y me permite sentirme otra vez en contacto conmigo misma. Aunque describa con detalle el tráfico en la hora punta, revivir esta experiencia, normalmente me da una sensación de paz y afirmación: Soy un ser humano. Por la mañana me levanto, salgo en coche y voy a trabajar.

Hay una frase de Gore Vidal que cito a menudo: Como todo autor (y todo lector) sabe, escribir bien es el viaje más bonito que existe. No nos creemos el problema de escribir bien; simplemente escribir, ya es el paraíso.

<SALTO DE FICHERO>

OTRO MOMENTO.

Katagiri Roshi decía a menudo: Subid a la cima de un poste de cien pies de alto, y luego seguid trepando. Impresionante, no? Finalmente llegamos a la cima, que, de por sí, ya es una situación bastante precaria, y descubrimos que no podemos quedar nos allí. Hay que ir más allá y seguir trepando. En otras palabras, no podemos dormiros sobre los laureles. O sobre los fracasos. He escrito algo bellísimo. Bien, pero éste es otro momento. Escribid alguna otra cosa. No os dejéis desviar por los éxitos

o por los fracasos. Seguid adelante siempre y como sea. De esta forma siempre es taréis sanos y llenos de vitalidad. En realidad, si llegáis a la cima del poste, seguid trepando; no es una realidad incuestionable que tengáis que caer. También podríais volar. No hay garantías ni en un sentido ni en otro. Seguid escribiendo y basta.

Los tulipanes brotan en abril, sin ninguna razón aparente. Obviamente, uno ha plantado los bulbos, y ahora que ha llegado abril el terreno se calienta. Pero, por qué? Porque la tierra gira alrededor del sol. Pero, por qué? No hay un porqué, como no sea la gravedad. Y por qué la gravedad? Por ninguna razón. Y luego, por qué uno ha plantado los bulbos de tulipán? Por la belleza, que es un fin en sí misma y no tiene ninguna razón. Por eso el mundo está vacío. Las cosas nacen y decaen sin razón. Es una oportunidad enorme. En cualquier momento, podemos volver a empezar a escribir. Olvidad vuestros fracasos, sentaos y escribid algo estupendo. O, si no, escribid algo horrendo y estad orgullosos de ello.

Tony Robbins, que tiene grupos a los que les enseña a caminar sobre carbones ardientes, me ha contado una anécdota a propósito de un contrato que tenía que firmar. Anteriormente, cada vez que había tenido un grupo en una cierta ciudad, el empresario había regateado en el precio, había querido dar su opinión sobre el programa, etc. Esta vez, Tony decidió cambiar las cartas sobre la mesa. Se compró una pistola a chorro

, la llenó de agua y se la puso en el bolsillo interior de su traje de mil dólares.

Cuando se planteó la acostumbrada discusión sobre el dinero, Tony sacó la pistola y empezó a salpicar agua encima al empresario sentado al otro lado del monumental escritorio en el décimo piso de aquel lujoso palacio de oficinas. El empresario quedó tan sorprendido que se echó a reír, se dio cuenta, en un relámpago, de que cada año se había enfrentado a la misma discusión, sacó la pluma y firmó. Cada momento es nuevo. Si nunca ha pensado en utilizar una pistola de agua en una entrevista de negocios, esto no significa que exista una regla que lo prohíba. Ahora superad de un salto vuestras resistencias y escribid algo grande. Precisamente ahora. Este es un momento nuevo.

POR QUÉ ESCRIBO?

Por qué escribo?. Es una buena pregunta. Es bueno hacérsela de vez en cuando. Ninguna de las posibles respuestas podrá hacernos dejar de escribir, y, con el paso del tiempo, nos daremos cuenta de que nos las hemos planteado todas.

1. Porque soy un cretino.
2. Porque quiero darle una buena impresión a los chicos.
3. Para darle gusto a mi madre.
4. Para molestar a mi padre.
5. Porque cuando hablo nadie me escucha.
6. Para hacer la revolución.
7. Para escribir la novela más grande de todos los tiempos y convertirme en millonario.
8. Porque soy un neurótico.
9. Porque soy la reencarnación de Shakespeare.
10. Porque tengo algo que decir.
11. Porque no tengo nada que decir.

Baker Roshi, del San Francisco Zen Center, dice: Por qué? no es una buena pregunta

. Las cosas son como son. No el porqué, sino el qué, dijo Hemingway. Dejemos el porqué a la psicología, y limitémonos a dar informaciones detalladas. Es suficiente con saber qué queremos escribir. Por lo tanto, escribamos.

Sin embargo, esta pregunta es tan legítima como inquietante, y es importante buscar respuestas, no para encontrar la definitiva, sino para darnos cuenta de cómo el escribir penetra nuestra vida con muchas razones distintas. Escribir no significa hacer psicoterapia, aunque pueda tener un efecto terapéutico. No es que uno descubre que escribe por falta de cariño, y entonces pare de hacerlo, como en terapia podría descubrir que come chocolate para compensar la falta de cariño, y entonces, una vez descubierta la razón, pare (si es afortunado) de comer tabletas de chocolate

Hershey y besos de avellana. Escribir es algo más profundo que una psicoterapia.

Se escribe a través del sufrimiento. Debemos expresar nuestro dolor, y al hacerlo

, cumplir un acto de renunciación.

En los grupos de escritura surgen episodios dolorosos: la muerte de un marido, echar al río las cenizas de un niño, una persona querida que pierde la vista. Los estudiantes leen los fragmentos que acaban de escribir, y yo les digo que si sienten la necesidad pueden llorar, pero tienen que acordarse, de todas formas, de seguir leyendo. Cuando cada uno ha terminado, nos paramos un momento, luego pasamos al fragmento siguiente, no porque queramos ignorar el sufrimiento, del que tomamos nota, sino porque nuestra finalidad es la de escribir. Escribir nos brinda la oportunidad de tomar aquellas emociones que tantas veces hemos sentido y conferirles luz, color y una historia. Así podemos transformar nuestra rabia en un campo de tulipanes de color rojo flamante, y nuestro dolor en la pequeña avenida llena de ardillas, bajo la tamizada luz de noviembre, de un jardín abandonado.

Escribir tiene una energía increíble. Si conseguimos encontrar una razón para hacerlo, una razón cualquiera, parece que, en lugar de negar la acción de escribir, ella nos consienta imprimir a fuego nuestro pensamiento en la página, ganando en claridad y vigor. Ahora preguntarnos: Por qué escribo?, o Por qué quisiera escribir?. Pero no lo penséis demasiado. Tomad papel y pluma y contestad con afirmaciones claras y peyorativas. No es obligatorio que cada una de las afirmaciones tenga que ser verdad al cien por cien, y una puede muy bien contradecir a la otra. Podéis mentir, si esto os sirve para seguir adelante. Si no sabéis por qué escribís, contestad como si lo supierais.

Por qué escribo? Escribo porque tengo la boca cerrada desde toda una vida, y la verdad es que, en secreto, quisiera de un modo egoísta vivir eternamente, y quisiera que mis seres queridos vivieran eternamente. Me hace daño la provisionalidad, el paso del tiempo. Dentro de cada una de mis alegrías asoma el continuo tormento de que todo pasará. Todo, incluso el

Croissant Express en la esquina de la Hennepin Avenue de Minneapolis, una gran ciudad del Midwest de la mítica América, donde, antes o después, ya no vendré a tomarme mi chocolate caliente. Me trasladaré a New México, donde nadie sabe lo que se siente estando aquí, con la luz violenta de la tarde entrando por las ventanas, los reflejos del techo plateado, el aroma leve de los croissants que se doran en el horno.

Escribo porque estoy sola, y sola recorro las calles de este mundo. Nadie nunca sabrá lo que ha pasado a través mío, y, cosa aún más sorprendente, yo tampoco lo sé. Ahora que es primavera, ya no me acuerdo de lo que se sentía con cuatro grados bajo cero.

Aún con la calefacción encendida, se podía sentir la mortandad aullar a través de las delgadas paredes de mi casa.

Escribo porque estoy loca, esquizofrénica, lo sé y lo acepto, y tengo que utilizar de alguna forma esta locura en lugar de ir al manicomio.

Escribo porque hay historias que la gente ha olvidado relatar; porque soy una mujer que intenta vivir con dignidad. Escribo porque dar forma a una palabra con los labios y la lengua, o pensar algo y a continuación atreverse a escribirlo, para no volver a comérselo otra vez, es la experiencia más intensa que conozco. Estoy intentando convertirme en algo vivo, descubrir lo que se esconde en los rincones de mi interioridad, sacarlo y conferirle forma y color.

Escribo por mi total incredulidad frente al hecho de que incluso el amor no me basta, y que al final el escribir podría ser todo lo que me queda, y esto no sea todavía suficiente. Nunca consigo sacarlo todo, y además, hay momentos en los que tengo que dejar el cuaderno sobre el escritorio y volverme para enfrentarme con mi existencia. Y, luego, hay momentos en los que la única forma de enfrentarme realmente con mi existencia es volviendo al cuaderno.

Escribo porque sufro, y escribir es un modo para transformar este sufrimiento en un tesoro. Escribo para volverme fuerte y volver al hogar, y éste podría muy bien ser el único verdadero hogar que tendré.

Escribí esto en el Croissant Express, en abril de 1984. Si tuviera que volverlo a escribir ahora, podría salir una respuesta distinta. Nosotros escribimos en el instante presente, y en lo que escribimos reflejamos el ambiente, las emociones y los pensamientos del momento. Esto no significa que lo que escribimos ahora sea más o menos verdadero de lo que escribiremos mañana: lo que escribimos es siempre verdad.

Cuando el pelmazo que está dentro de nosotros vuelve a la carga: Por qué pierdes tod

o este tiempo? Por qué escribes?, no tenemos otra cosa que hacer que echarnos encima de la hoja, y llenarla de respuestas. Pero no para justificarnos. Escribimos porque escribimos. Escribimos porque queremos hacer ejercicio de caligrafía, porque somos idiotas, porque el olor del papel nos hace enloquecer.

<SALTO DE FICHERO>

TODOS LOS LUNES.

Todos los lunes, durante el invierno pasado, yo y mi queridísima amiga Kate escribíamos juntas. Nos encontrábamos a las nueve de la mañana, y escribíamos hasta las dos o las tres de la tarde. A veces Kate llegaba con alguna idea. Escribamos algo sobre la enemistad. Vale? Durante una hora, pues. Puesto que sólo estábamos las dos, cuando las sentadas de escritura habían acabado, nos leíamos en voz alta todo lo que habíamos escrito. Eran muchas cosas, y un gesticular continuo.

Intentamos escribir en varios cafés, una vez incluso viajando una hora en coche para llegar hasta Owatonna, en Minnesota, para que Kate pudiera ver el banco proyectado por Louis Sullivan del que yo estaba enamorada. Nos pusimos a escribir en el café frente al banco. Entonces estaba desempleada, y buscaba empleo. Kate tenía una beca.

Os lo he contado porque es importante. Estábamos dispuestas a dedicar cada semana un día entero para escribir, porque la escritura, la comunicación y la amistad son cosas importantes. Y ese día era el lunes, el primero de los días laborables. Acordaos de ello. Acordaos de mí y de

Kate, los lunes, cuando en la vida nada parece tener un sentido excepto ganarse la vida, y esto, de repente, os preocupa.

Cuando fui a Jerusalén, donde pasé tres meses, cogí en alquiler una habitación en casa de una señora de aproximadamente cincuenta años. Tenía el televisor estropeado, y llamó al técnico. Para arreglar la pantalla, hicieron falta cuatro visitas. Pero usted sabía muy bien qué era lo que no funcionaba, aún antes de que el técnico viniera. Hubiera podido traer la pieza de recambio, y colocarla inmediatamente. Ella me miró estupefacta. Sí, pero entonces no habiéramos podido trabar amistad, y no habiéramos podido sentarnos a tomar té discutiendo acerca de la reparación. Obviamente, el objeto no era el de reparar una máquina, sino establecer una relación.

Es bueno acordarse de ello. Lo importante no es solamente lo que se está haciendo, estoy escribiendo un libro, sino la forma en que se hace, la forma en que se enfrenta el desafío, y aquello que valoramos.

Mi amiga del piso de arriba me dijo una vez: Natalie, tú consigues entrar en relación con todo, no sólo con la gente. Estás en relación con las escaleras, con la galería, con el coche, los campos de maíz y las nubes. Nosotros somos parte del todo. Cuando conseguimos entenderlo, nos damos cuenta de que no somos nosotros los que escribimos: es el todo que escribe a través nuestro. Kate y yo escribíamos la una a través de la otra, y a través del lunes y las calles y el café. Era como mezclar juntos muchos colores.

Existen muchas realidades. Tendríamos que acordarnos de ello cuando nos dejamos abrumar por las preocupaciones acerca de cómo vive el resto del mundo, o en cómo nosotros pensamos que vive el resto del mundo. Sólo nuestra vida es una realidad, y el hecho de que queramos escribir, y que queramos tocar la lluvia, la mesa, la música

, los vasos de papel y los pinos de allá fuera.

Un buen método para calentarse, o para despertarse, consiste en escribir durante diez minutos empezando con Soy amigo de..., haciendo una lista únicamente de objetos inanimados. Esto ayuda a incluir estos objetos en el campo visual de nuestra existencia. La tostadora, la autopista, las

montañas, la acera viven junto con nosotros. Hacer este ejercicio y escribir junto a una persona amiga nos ayuda a salirnos de nosotros mismos cuando estamos demasiado enredados en nuestra individualidad.

<SALTO DE FICHERO>

MÁS SOBRE LOS LUNES.

Quisiera decir alguna otra cosa acerca de aquellos lunes con Kate. Una vez nos encontramos en su casa. Su marido dormía en el piso de arriba, los niños estaban en la guardería, y encima de la mesa había una estufilla eléctrica con la cual intentaba inútilmente calentarme las manos. Fumábamos cigarrillos continuamente, sin aspirar, sino sólo jugando a fumar. Kate se había envuelto una bufanda alrededor del cuello, como hacen en New York.

Hablamos de nuestras voces de escritoras, voces fuertes y valerosas, mientras nosotras, como personas, éramos débiles y miedosas. He aquí lo que crea nuestra locura.

El abismo entre el amor apasionado que sentimos por el mundo cuando nos sentamos a escribir, y el desinterés que sentimos hacia él en nuestra vida cotidiana. Hemingway escribe acerca de la paciencia sobrehumana de Santiago, el pescador, pero en cuanto termina de escribir, maltrata a su mujer y bebe hasta embriutarse. Tenemos que empezar a volver a acercar estos dos mundos. El arte es un acto de no agresión. Tenemos que vivir este arte en nuestra existencia cotidiana.

Pasamos el día entero más que nada hablando, encontrando el tiempo solo para dos sesiones de escritura de veinte minutos cada una, y para leer una espléndida poesía de Kenneth Rexroth. Pero nos iba bien así. Todo aquel día fue una bonita poesía. Amistad, pies fríos, darle de comer al gato, llenar el cenicero de colillas. Y, si hubiésemos sido listas, la hubiéramos alargado también hasta la noche de aquel lunes, después de habernos dejado para encontrarnos solas en nuestros mundos separados.

Nuestra finalidad, dice Katagiri Roshi, es la de ser atentos y amables con todos los seres sensibles, en cada instante y para siempre. Esto no significa

poner sobre el papel una bonita poesía y luego escupir sobre nuestra existencia, maldecir el coche que no arranca y cortarles el camino a los otros conductores. Significa coger la poesía del escritorio y llevárnosla con nosotras también a la cocina. Así es como nosotros, los escritores, podemos sobrevivir en cuanto tales, por irrisoria que sea nuestra contribución a la economía nacional, y por escaso que sea el reconocimiento que se nos reserve en las revistas. Nosotros no escribimos por el dinero o por el reconocimiento, aunque, indudablemente, sería una cosa estupenda.

Nuestro secreto más profundo es que escribimos porque amamos el mundo. Y por qué, entonces, no decidirse a sacar este secreto que hay en nosotros, y llevarlo a las salas y las galerías, el jardín y el mercado? Que todo florezca: la poesía y quien la escribe. Y, sobre esta tierra, acordémonos siempre de ser amables.

<SALTO DE FICHERO>

UN TENDERETE DE ESCRITURA ESPONTÁNEA.

Si la escuela, la iglesia, el centro zen o el asilo organizan un bazar, una fiesta o una feria de beneficencia, no debemos sentirnos excluidos. También nosotros podemos contribuir. Es suficiente con poner un tenderete de escritura espontánea. Sólo hace falta un paquete de papel blanco, algunas plumas, una mesa, una silla, y un letrero que ponga: Poesías por encargo, o Poesías al momento, o bien Dadme un argumento, y yo escribiré sobre ello.

Lo he hecho durante tres años con ocasión de la Fiesta de Verano del Minnesota Zen C

enter. Por timidez, al principio pedía cincuenta centavos por poesía, pero al año siguiente ya había llegado al dólar. La gente hacía cola desde la mañana hasta la noche. El cliente no tenía que hacer otra cosa que darme un argumento: había quien me decía el cielo, quien el vacío, quien Minnesota y quien, naturalmente, clamor. Los niños querían poesías sobre el color violeta, sobre sus zapatos o sobre la barriga. Mi regla era la de llenar una cara de una hoja de medida normal, sin borrar y sin pararme a releer. Ni siquiera me preocupaba de organizar lo que escribía en versos y estrofas.

Llenaba la hoja como lo hacía con las de mi libreta. Era otra forma de ejercicio de escritura.

En Japón se cuenta de algunos grandes poetas zen que escribían bellísimos haiku, y luego los ponían en una botella y los abandonaban en la corriente de un río. Para cualquiera que sea escritor, este es un profundo ejemplo de falta de apego. El tenderete de escritura espontánea es el equivalente moderno. Es un ejercicio de desventura y generosidad. Uno escribe, no lo vuelve a leer, y entrega al mundo lo que ha escrito. Más de una vez, mientras escribía, tenía la sensación de haber dado en la di-

ana, pero me limitaba a entregarle la hoja al cliente y pasar a la siguiente.

Chogyam Trungpa dijo que para ser hombres de negocios había que ser grandes guerreros. No debemos tener miedo de nada, y estar preparados para perderlo todo en un instante. El tenderete de poesía espontánea nos brinda la oportunidad de mostrarnos como grandes guerreros: para escribir y luego ofrecer al cliente lo que se ha escrito, hay que saber renunciar a todo. Cuando se trabaja tan de prisa, se pierde todo control sobre lo que se está haciendo. Yo siempre decía mucho más de lo que hubiese querido decir. Siempre tenía miedo de que algún niño me pidiera que escribiera una pieza dulce sobre los caramelos de fruta, y en esos casos, me apresuraba inmediatamente a escribir sobre cómo la barriga, por dentro, se vuelve verde, roja o azul según el caramelo que uno está comiendo.

Pero nunca hay que subestimar a los demás. La gente quiere sentir el sabor de la verdad. Mi tenderete tenía un enorme éxito. Aunque la sociedad americana no ayude de modo especial a poetas y escritores, la acción de escribir es respetada y objeto de sueños secretos. Hace diez años, cuando estaba en Taos, en New México, alquilé por cincuenta dólares mensuales una casa, de ladrillos secados al sol, en bastante mal estado. El propietario había nacido precisamente en aquella casa treinta y seis años antes, y la detestaba. Ahora era un agente de seguros emprendedor y de éxito. Vivía en Albuquerque. Para él, cualquiera que decidiera vivir en aquellos lugares, era una persona a compadecer. Yo, en cambio, amaba aquella casa con todo el entusiasmo de una extranjera. No me importaba que el retrete estuviera en el exterior, que sólo hubiera un grifo de agua fría y que la calefacción fuera de leña. Intenté muchas veces establecer una relación amistosa con el

dueño de la casa, cuando él llegaba de la gran ciudad con su cochazo, pero parecía que no había nada que hacer. Vivíamos en dos mundos diferentes.

Un día recibí de él un sobre pesado y voluminoso, enviado por correo urgente. Madre mía, pensé, éste quiere subirme el alquiler. Cada vez que mejoraba algo en la casa, él me subía el alquiler. Cuando abrí el sobre, lo primero que vi fue un artículo arrancado de un diario local, en el que se hablaba de una lectura de poesía que había hecho la semana anterior. En cuanto lo vi, pensé: Ya está! Ahora me echa!. Y, en cambio, había una carta de Tony García que decía: Querida Natalie, veo que eres una poetisa. Te incluyo veinticinco poesías que he escrito en los últimos diez años. Me gustaría que las propusieras en ocasión de tu próxima lectura pública. Nunca jamás hubiera pensado en la poesía como en un medio para establecer una relación con él!

Hace un año recibí una carta de un tipo de San Francisco. Me explicaba que se había encontrado metido en un feo asunto, y al final se había enrolado en la Guardia Costera. Sólo se había llevado a bordo dos cosas: unas fotografías de sus padres, y la poesía que había escrito para él tres años antes en aquel bazar del Minnesota. Ahora le iba bien y estaba haciendo dinero con los ordenadores. Me preguntaba cómo estaba de dinero; si iba corta, le hubiera gustado mucho proporcionarme alguna ayuda. Añadía que siempre guardaba consigo aquella poesía, doblada en la cartera.

Francamente, no tengo la menor idea de lo que escribí en aquella poesía, pero espero que dijera algo bonito sobre los inmensos arcos que aquella tarde echaban su sombra sobre nosotros, acerca de la luz que brillaba sobre el lago más allá de la calle, sobre el ruido de los patines de ruedas, sobre la lejana melodía de un saxofón, y sobre lo mucho que me gustaba pasar aquel verano en Minnesota.

Poner un tenderete de escritura creativa es un óptimo ejercicio de renuncia. Abandonaos completamente. Desde ahora en adelante, sed totalmente escritores.

<SALTO DE FICHERO>

UNA SENSACIÓN DE ESPACIO.

Si tenemos la intención de escribir en una cierta forma novelas, cuentos, poesías -

leamos muchas obras escritas en esta forma. Observemos su ritmo. Cuál es la primera frase? Qué es lo que la hace redonda? Si se lee mucho en una cierta forma, aquella forma se imprime dentro de nosotros, así que cuando nos sentemos a escribir, escribiremos según aquella estructura. Si, por ejemplo, uno siempre ha escrito poesías y ahora quisiera escribir una novela, tiene que aprender a escribir utilizando períodos completos, sin saltar de una imagen a otra. Leyendo novelas, nuestro organismo digiere esta forma completa de hacer períodos, adquiere mano firme en la con-

strucción de las escenas, aprende a considerar el color del mantel y el modo en que el escritor consigue desplazar su personaje de un lado a otro de la habitación, hasta la cafetera.

Si queremos escribir poesías cortas, hay que digerir esta forma expresiva, y luego ejercitarse a escribir en tal forma. Probad a hacer esto: escribid una serie de diez poesías cortas. Tenéis tres minutos para cada poesía; cada una debe tener tres versos. Empezad cada poesía con un título sacado de algo que esté bajo vuestra mirada en aquel momento, por ejemplo: un vaso, la sal, un poco de agua, un rayo de luz, la ventana. Tres versos, tres minutos, el primer título es Vaso. Sin pensar, escribid tres versos rápidos. Deteneos un momento. Ahora otra. Tres minutos, tres versos, el título es Sal. Seguid así hasta que pensar rápido se convierta en una estructura dentro de vosotros, y seáis capaces de evocarla cuando necesitéis expresaros de esta forma. Especialmente en una poesía breve, la utilización de las palabras está gobernada por la máxima economía, y el título, más que repetir una de las palabras utilizadas en la poesía, tendría que añadirle una dimensión suplementaria.

Tony Robbins, el que camina sobre carbones ardientes, dice que cuando se quiere aprender algo hay que ir a un experto que esté en ello por lo menos desde hace treinta años, y aprender de él. Esto significa estudiar su sistema de creencias, su sintaxis mental - el orden en que piensa - y su fisiología, las actitudes que tiene, cómo respira y mantiene la boca mientras desarrolla la tarea en la cual es experto.

En otras palabras, tomarlo como modelo. Por eso, cuando uno va a partir tablas de madera con las manos, mientras lo hace ya no es él, sino el cinturón negro de kárate que ha tomado como modelo, y la mano que llega hasta la madera no se detiene, sino que la atraviesa.

Hasta aquí, todo bien. Pero hay unos riesgos. La forma por sí sola no es suficiente para crear arte. Por ejemplo, nos dicen que existe una forma de poesía japonesa llamada haiku. El haiku está compuesto por diecisiete sílabas, divididas en tres versos. A menudo se habla en él de una estación o de algún aspecto de la naturaleza. En los Estados Unidos se enseña a escribir estas poesías de tres versos a los niños de enseñanza elemental. Pero, los que resultan, en realidad no son haiku. Si se leen atentamente las poesías de Basho, Shoki, Issa, Buson, cuatro de los más grandes autores de haiku, en una buena traducción (como la inglesa de R. H. Blyth), nos daremos cuenta de que la traducción no sigue ni siquiera la estructura de diecisiete sílabas, con el primer verso de cinco, el segundo de siete y el tercero de cinco. El japonés es un idioma muy distinto del inglés. En japonés cada sílaba tiene un peso bastante mayor que en inglés, por eso si queremos escribir haiku en inglés, es suficiente con utilizar tres versos breves. Muy bien. He entendido. He estudiado las traducciones de Blyth. Para hacer un haiku hacen falta tres versos breves, y no importa contar las sílabas. Sí, pero entonces cuál es la diferencia entre un haiku y una poesía cualquiera?

Si se leen muchos haiku, nos damos cuenta de que en ellos tiene lugar un salto, un momento en el cual el poeta da un gran brinco, y el lector tiene que alcanzarlo mentalmente. Esto crea en la mente del lector una sensación de espacio, que no es otra cosa que una momentánea experiencia de lo divino; y cuando la experimentamos, se nos escapa de los labios un Aah! de maravilla. Intentad leer estos haiku, en la traducción de R. H. Blyth. Tomáoslo con calma, y al final de cada uno deteneos un momento.

Entre las hierbas, una flor blanca se abre, su nombre es desconocido. SHIKI
Se va la primavera, temblando, en las hierbas de los campos ISSA El
perfume y el color de la wisteria

parecen alejados de la luna BUSON

La voz del faisán;

cuánta nostalgia

de mi padre y mi madre desaparecidos!

BASHO.

Lo que distingue el verdadero haiku es precisamente esta sensación de espacio. Por mucha maestría que hayamos alcanzado escribiendo poesías de tres versos, es necesaria una larga práctica para colmar estos tres versos con una experiencia de Dios. B

asho afirma que si uno consigue escribir cinco haiku en toda su vida, es un escritor de haiku; si consigue escribir diez, es un maestro.

Es posible que haya que escribir tres novelas antes de escribir una buena. Por lo tanto la forma es importante, es algo que se tiene que aprender, pero hay que acordarse, también, de llenarla de vida. Y esto requiere práctica.

<SALTO DE FICHERO>

UN ESPACIO INMENSO PARA VAGABUNDEAR.

Hace tres veranos, David participó en mi taller intensivo de una semana en el norte de Minnesota. El grupo estaba formado por veinte alumnos. Algunos de ellos eran profesores que estaban de vacaciones; otros eran adultos que ejercían una actividad regular en otros campos. Todos estaban interesados en la escritura, aunque muchos estuvieron el primer día inseguros y nerviosos. Yo les hice mi acostumbrado discursito exhortativo acerca de la necesidad de darle confianza a su propia voz y hablando de lo que tenían que decir. Luego escribimos durante diez minutos, e hicimos la rueda de turnos leyendo lo que habíamos escrito. Había quien temblaba leyendo, no necesariamente porque en aquella primera mañana hubiera escrito algo desconcertante, sino porque es muy embarazoso presentar la propia voz por primera vez delante de extraños. Había quien escribió sobre su propia infancia, sobre la granja, sobre lo nervioso que se sentía. En fin, un

primer día parecido a muchos otros. Luego llegó el turno de David, que en voz altísima leyó: Masturbación. Masturbación. Maaaaaa Ma! Ma!

Ma! Ma! Mastur ba ba ba ción ción ción

Etcétera. Por lo menos, despertó a todo el mundo.

Durante el resto de la semana, David prácticamente no escribió nada más. Ahora bien, sobre la base de escritos de este género, nos podríamos preguntar cómo podía estar tan convencida de sus capacidades. Sin embargo era así. Desde el principio, David había quebrado todas las reglas de la sintaxis, había dicho lo que tenía que decir, y ante nuestra sorpresa, había seguido dándole confianza a su propia voz. También advertía una gran energía en sus escritos, y sabía que si hubiese conseguido frenarla, bueno, a lo mejor hubiese podido pasar a algún otro argumento. Durante los dos años siguientes siguió frecuentando mis grupos de escritura. Me impactaba su determinación, y apreciaba mucho su sentido del humor (aunque a veces fuera la única que me reía de todo el grupo). Es verdad que, a menudo, nadie conseguía absolutamente entender de lo que estaba hablando, pero yo tenía confianza en la energía que había detrás de sus palabras

A menudo me he encontrado con alumnos capaces, desde el principio, de una notable coherencia; que escriben períodos perfectos, que consiguen ser descriptivos, detallados y concretos. En Minnesota, en el corazón del Midwest, casi todos sabían escribir así. Oía relatar historias de huracanes, inviernos, abuelas, pero, tras muchos años de estas cosas, tenía la sensación de que aquella forma de escribir no llevaba a ninguna parte. Si uno ya escribe bien, difícilmente conseguirá abandonar lo que conoce, abrir nuevas fronteras y hundir las paredes de su propio mundo para enfrentarse con lo desconocido. Recuerdo un grupo del martes por la noche. Los miembros del grupo me presentaban un material tan bueno y sólido que no conseguía moverlos un milímetro. Me hubiera gustado hacerles encolerizar, verlos transformados en perfectos idiotas, empujarlos a vagar por campos inexplorados. Al final del curso, cuando ellos deseaban tanto entender y no lo conseguían, y yo deseaba tanto sacudirl os y no lo conseguía, de repente

me interrumpí y dije: Ahora entiendo cuál es el problema! Ninguno de vosotros nunca se ha tomado un ácido!.

Ahora bien, no quiero sugerir que el LSD u otras sustancias psicodélicas puedan hacernos capaces de escribir mejor. Lo que entonces pretendía decir era que, en cierto momento de nuestra vida, tenemos que enloquecer, tenemos que perder el control, salimos de nuestra forma acostumbrada de ver, y entender que el mundo no es como creemos, o sea sólido, estructurado y eterno. Antes o después moriremos, y no hay nada que pueda impedirlo. No toméis LSD. Id a pasar tres días solos en los bosques

. Si tenéis un miedo atroz a los caballos, compraos uno y haceos su amigo. Ensanchad vuestras fronteras. Vivid durante algún tiempo en el filo de la navaja. Nosotros nos portamos como si fuéramos inmortales, y esta ilusión nos hace sentirnos a nuestras anchas. Nosotros no sabemos cuándo moriremos, y espero que nos suceda a una edad avanzada, pero también podría suceder dentro de un segundo. Reflexionar sobre nuestra mortalidad no es una broma; puede hacer nuestra existencia mucho más vital, presente y atenta, en este instante.

Estaba segura de que, aunque David en sus escritos estuviese volando quién sabe dónde, antes o después aterrizaría y nos aclararía sus visiones a nosotros, que teníamos los pies bien plantados sobre el suelo. Describiendo un círculo tras otro, habría llegado abajo centrando la diana exactamente como un gran arquero. David se había concedido a sí mismo un gran espacio. Si se apunta con demasiado cuidado, habrá precisión, pero nunca lograremos centrar la diana que hace vibrar las palabras de aquella verdad que atraviesa el presente, el pasado y el futuro.

Lo importante es que David tuviera una intención firme de seguir. No me ha sorprendido nada oír que hace algún tiempo se inscribió en un curso de escritura de la Universidad de Minnesota, para aprender a escribir en períodos completos, y a componer ensayos y memorias persuasivas, de modo que su energía pueda finalmente encontrar una salida. Y, de hecho la ha encontrado, con piezas como ésta: PIERNAS.

de DAVID LIEBERMAN.

Mirando la foto de Gerald Stero y Jack Gilbert en la portada de Red Coal...
Como anda Gerald

me gusta su cuerpo,

como las piernas que llenan los pantalones deformados, los hacen erguir
como leones,

el paso como la mente es abierto y

volteando sobre todo el jugo de París,

piernas resplandecientes, Art Deco,

como delgados depósitos

piernas con mente.

Me gusta Gerald Stern que camina en París 1950.

Y yo que camino en Mission Street en San Francisco, Febrero con Don y
los mozos mexicanos y las mujeres

desafían el universo con las piernas.

Sólo en la ciudad lo podemos ver

donde el cuerpo absorbe químicamente

la fuerza toda de la vida y

tiendas y coches y tranvías y ruidos

y las cientos de maneras en que están organizados y desorganizados en
sonido vista olfato: y todo sube como vapor de las rejillas del metro

y se recoge en el cuerpo de los hombres

y libera su mente.

En ZenMind, Beginners Mind, Suzuki Roshi dice que la mejor forma para controlar a los demás es animarlos a hacer lo que quieran. De esta forma estarán bajo control en el sentido más amplio del término. Si queremos controlar una oveja o una vaca, es suficiente con proporcionarles un campo grande y espacioso.

También vosotros, para escribir, necesitáis un campo grande y espacioso. No tengáis de masiada prisa en tirar de las riendas. Concedeos un inmenso espacio para vagabundear, para perderos completamente hasta olvidar vuestro nombre, y luego volver y hablar.

<SALTO DE FICHERO>

EL SENTIDO DEL DEBER.

Para escribir mejor, hay que hacer ejercicio, precisamente como en cualquier otro deporte. Pero no hay que dejarse atrapar por el sentido del deber, y transformar el ejercicio en una rutina que sea un fin en sí misma. Hoy he escrito durante una hora, ayer escribí durante una hora, y también antes de ayer escribí durante una hora. No es sólo cuestión de dedicarle un tiempo. No es suficiente. Hay que hacer un gran esfuerzo. Cuando nos sentamos para hacer práctica de escritura, tenemos que estar dispuestos a poner en juego toda nuestra existencia. De lo contrario, no hacemos nada más que recorrer mecánicamente la hoja con la pluma, mirando de vez en cuando el reloj para ver si el tiempo ya se ha acabado.

Algunos oyen la regla: Escribe cada día, la siguen y no mejoran. Lo hacen simplemente por sentido del deber. Así es como actúa el empollón. Y es un derroche de energía, porque limitarse a seguir las reglas sin poner corazón requiere un esfuerzo inmenso

. Si descubrís que vuestra actitud es precisamente ésta, entonces más vale dejar de escribir. Mejor abstenerse durante una semana, o durante un año. Esperad hasta que sintáis la desesperada necesidad de decir algo, hasta que os sintáis obligados a hablar. Y entonces volved a empezar.

No os preocupéis. No habrá sido un tiempo perdido. Conseguiréis utilizar vuestra energía de forma más inmediata y sin derroches. Esto no significa

tampoco que si uno lo deja durante un tiempo y luego, cuando le entren ganas, vuelve a empezar, dejará de tener problemas. Siempre habrá problemas, pero dentro de nosotros las ascuas de la expresión tendrán más espacio y más aire, y podrán verdaderamente empezar a arder. Estaremos más convencidos de lo que hacemos, y en el momento de volver a empezar estaremos más dispuestos a comprometernos a fondo.

También es bueno recordar que, tras haber trabajado con intensidad durante un período - alguna semana, un mes, un fin de semana entero - es justo concedernos un poco de descanso. Hagamos algo completamente distinto, sin pensar absolutamente en escribir. Podríamos pintar aquella salita tan oscura y sórdida: pintémosla de blanco.

Podríamos intentar preparar algunos de aquellos postres de los que hemos guardado la receta. Pongamos todas nuestras energías en alguna otra cosa. Rellenemos la declaración de renta, o dediquemos dos semanas enteras a jugar con los chicos. Muy pronto entenderemos cuál es nuestro ritmo, cuándo hay que escribir y cuándo descansar. D

De esta forma estableceremos una relación más profunda con nosotros mismos. No nos limitaremos a seguir las reglas al pie de la letra.

Estoy pensando en una gran amiga, aquella con la que estuve un mes en Europa. Durante todo el año no había pensado en otra cosa que en enseñar y cuidar a su hijo, que entonces tenía cuatro años. Durante aquel mes en Europa, tenía la firme intención de escribir una hora cada día. El verla me hacía encoger el corazón, pues se enfrentaba al asunto con el mismo sentido del deber con el que enseñaba, preparaba la comida o hacía la colada.

Hablando con ella, me enteré de que en su vida nunca había perdido un solo día de escuela. Incluso cuando se encontraba mal, su madre prácticamente la había obligado a ir al colegio. Nos han enseñado a seguir unas reglas, sin ponerlas nunca en duda. En los seis años que pasé en Minnesota, conocí a varias personas que afirmaban orgullosas no haber faltado un día a la escuela. Personalmente, nunca he entendido que valor se le pueda atribuir a una cosa de este género. Sí, en América la escuela recibe una contribución del gobierno basada en la frecuencia de asistencia de los alumnos, y sin duda hay que apreciar las virtudes de la perseverancia, la confianza y la r

egularidad. Ciertamente hay que enseñar estas cualidades, pero no de forma rígida, e n blanco y negro.

Tiene que haber también matices en gris y azul. También existen las citas con el den tista, la tristeza por la muerte de nuestro perro, las festividades judías y las c elebraciones de los indios nativos americanos, el dolor de garganta, las visitas de la abuela. La vida es tan amplia. Nuestra rutina cotidiana tendría que ser lo suficientemente flexible como para concedernos el espacio de sentirnos satisfech os por la oportunidad de frecuentar una escuela pública, y aprender a leer unas pa labras y a trazar unas letras con nuestro lápiz amarillo sobre hojas de papel blan cas con rayas azules.

La misma flexibilidad y el mismo espacio son necesarios también para escribir. El escribir requiere de un compromiso. Ciertamente, después de una hora de tener la m ano en movimiento tenemos algunas páginas llenas de palabras; pero, afín de cuentas,

no podemos engañarnos a nosotros mismos. Hay que entrar en el gris y en el azul, y enfrentarnos a nuestros sentimientos, nuestras esperanzas, nuestros sueños. Ante s o después, tenemos que hacerlo. Si no es en esta sentada de escritura, entonces en la próxima. Si después de dos años de escribir seguimos aburriéndonos, significa que no hemos establecido una relación con nosotros mismos y con la escritura. Si debaj o de nuestra empollonería se esconde el deseo de ser escritores, pero todo el esfu erzo consiste solamente en dedicar parte de nuestro tiempo a esta actividad, est o no es suficiente.

A veces, para seguir adelante, hay que cambiar algún otro aspecto de nuestra vida.

Escribir no es suficiente. Una noche, en el aeropuerto de Milán, después de un vaso de vino, mi amiga me preguntó: Bien, crees que conseguiré ser una escritora?. Me vi obligada a decirle la verdad. Pienso que en la vida tendrás muchas otras satisfac ciones, criarás un buen niño y tendrás un matrimonio feliz. No sé si conseguirás ser una e scritora. Ella puso de un golpe el vaso sobre la mesa, y con una energía y una sin ceridad que hasta entonces no había manifestado, rebatió: No tengo la menor intención de pasarme todos los domingos de mi vida preparando perritos calientes!. Al fina lizar el mes,

había tomado la firme determinación de abandonar la enseñanza, que tras once años había empezado a cansarla, e intentar hacer algo absurdo, pero que deseaba hacer desde siempre: ser camarera. Sus escritos de los últimos días de viaje estaban llenos de vida.

Cuando vivía en el Midwest, me gustaba muchísimo pasear por los campos de maíz. Iba en coche hasta donde estaban los cultivos, aparcaba, y luego caminaba entre hileras de plantas durante horas y horas. En otoño se oían crujir los tallos ya secos. Una vez invité a una amiga a que viniera conmigo. Su respuesta inmediata fue: Pero no está prohibido? No tiene un dueño aquel campo?. Sí, en rigor era así, pero yo no hacía nada malo. No parecía importarle a nadie; al revés, las veces que me encontraba al dueño del terreno, éste no sólo aceptaba mi presencia, sino que incluso parecía ligeramente divertido por el hecho de que a alguien le produjeran placer sus campos.

Es importante sopesar bien la situación. No hay que vendarse la cabeza antes de tiempo. Si alrededor de aquellos campos hubiera habido un alambre, el mensaje hubi era sido claro. Más que seguir unas reglas, hay que mostrarse afables con la existencia. Las reglas sirven para evitar que algo se estropee o sea maltratado. Si uno no se comporta con amabilidad, le será natural hacer lo que es justo sin necesidad de remitirse a la letra de la ley. Sabía que no tenía que coger las panochas o pisar las raíces, y caminaba entre una fila y otra.

No hay que ser empollones sólo por serlo. Esta actitud no tiene un fundamento real

. Entremos en los campos de maíz. Entremos en lo que escribimos con todo nuestro corazón. No nos creemos un sistema de reglas, Tengo que escribir todos los días, para luego seguirlo obtusamente.

Pero, por favor, tengamos presente que si en el caso de mi amiga le fue necesario cambiar su propia vida con el objeto de entrar más a fondo en la escritura, también es cierto lo contrario. No podemos lanzarnos a escribir, luego salir de ello, apretar los frenos, volver a casa, convertirnos de nuevo en gente de mundo y no decir la verdad. Si en la práctica de la escritura nos

comprometemos a ser honrados, esta actitud permanecerá durante toda nuestra existencia.

No podemos erguir los hombros cuando escribimos, para luego encorvarnos otra vez nada más dejar la pluma. Escribir puede enseñarnos a respetar la verdad, que desde la página se esparce por toda nuestra existencia; y es así como tiene que ser. De lo contrario, habría una separación excesiva entre lo que somos en cuanto escritores y el modo en que llevamos nuestra existencia cotidiana. El reto es éste: hacer que el escribir nos enseñe a vivir, y la vida nos enseñe a escribir. Es como el flujo y el reflujo.

<SALTO DE FICHERO>

SIN OBSTÁCULOS.

Asistía a una boda, en Taos, en New México, y hablaba con un tipo que había conocido diez años antes en la Lama Foundation. Recordaba que aquel verano había labrado a mano un campo entero para plantar judías. Ahora tenía una empresa de construcción, y me d

ecía que si de veras hubiese seguido su inclinación se hubiera puesto a escribir: Pero construir casas es más fácil. Yo le hablaba acerca de este libro, y le decía que precisamente el día anterior había tenido que enfrentarme con unas resistencias a escribir que no había tenido nunca: Hubiese querido gritar y lanzar a las llamas la máquina de escribir. Hubiese querido dejar de escribir para siempre.

Sí, pero qué vas a hacer?, me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

Nada. Y sabía que era cierto.

Cuando aceptamos estar predestinados para escribir, tras haberlo probado todo -

el matrimonio, la vida de hippie, los viajes, la meditación zen, vivir en Minnessota o en New York, enseñar, nos encontramos frente a un camino obligado. Y entonces, por fuertes que sean las resistencias que encontremos hoy, mañana será otro día, y habrá otras cosas para escribir. No podemos

esperar que todo vaya bien un día tras otro. No será así. A lo mejor un día todo va de maravilla, y al día siguiente, con tal de no ponernos a escribir, nos embarcaríamos como grumetes en un barco en dirección a Arabia Saudí. No hay garantías. Uno escribe durante tres días seguidos, se hace la ilusión de haber encontrado finalmente un ritmo, y luego, de golpe, la aguja raya el disco y uno lo atraviesa chirriando con todos los pelos de punta.

Hay que intentar ver las cosas en perspectiva. Nos hemos comprometido a escribir

, o por lo menos a entender de qué se trata. Y entonces hay que seguir, pase lo que pase. Pero, sin rigidez. Si el día en que habíamos decidido escribir tengo que llevar a los chicos al dentista, escribamos en la sala de espera del dentista, o bien no escribamos. Lo importante es permanecer en contacto, dentro de nosotros, con el compromiso hacia la escritura, esta práctica loca, tonta y maravillosa, intentad mantener con ella una relación de amistad. Es más fácil volver a un amigo que a un enemigo. Cada día es un nuevo día, dice Dogen, un maestro zen del siglo trece. Ésta es la actitud que, en última instancia, tendríamos que tener hacia el escribir, aunque además de los días buenos hayan también, indudablemente, otros pésimos.

Hace dos años gané una beca para escritores. Tenía concedido un año y medio sólo para escribir. Nunca conseguí encontrar un ritmo que funcionara más de cuatro o cinco días. Probé a escribir desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde. Durante un tiempo funcionó, luego ya no. Entonces, probé desde las dos hasta las seis de la tarde. D

urante algún día me sirvió. Luego intenté escribir sólo cuando tenía ganas. También así fue pero sólo a intervalos. Cada semana cambiaba de horario. Tenía la posibilidad de probar todas las horas del día y de la noche. Pero nunca conseguí encontrar el horario perfecto. Lo importante, aparte de las distintas tácticas que podía intentar, era no renunciar nunca a mi relación con la escritura.

Pensad en la escritura como en la respiración. No es que uno pare de inspirar y espirar sólo porque tenga que cuidar el jardín, tomar el metro o llevar un grupo. También escribir, en el fondo, es lo mismo. He aquí un fragmento sacado de una libreta mía

, fechado 27 julio 1984:

Sé que trabajar con este cerebro cansado y rebelde es lo más profundo que viviré sobre esta tierra. No ya la alegría o el éxtasis que alguna vez siento, o los momentáneos relámpagos

de iluminación, sino este quedarse en contacto con la banalidad de la vida cotidiana, estar metidos hasta el cuello y seguir escribiendo es lo que me abre el corazón de par en par, tan hondo hacia una nueva ternura y una nueva comprensión de mí misma; y a partir de ésta, una ardiente compasión hacia todo lo que me rodea. No sólo hacia la mesa y la Coca-Cola que tengo enfrente, la pajita de papel, el aparato de aire acondicionado, la gente que cruza la calle en este día de julio en Norfolk, en Nebraska, el reloj digital del banco que guiña las 4:03, la amiga que escribe de frente mío, sino también hacia el remolino de los recuerdos y las profundas nostalgias que turban nuestra mente, y hacia los sufrimientos por los que trabajosamente pasamos día tras día.

Y me sale con naturalidad mientras muevo la pluma sobre la hoja y quiebro la corteza dura y compacta de los pensamientos y de las limitaciones que yo sola me impongo.

Por eso ser escritora es una experiencia muy profunda. Es la experiencia más profunda que conozco. Y pienso que si no es esto, entonces nada. Será mi modo de estar

en el mundo durante el resto de mi existencia. Tengo que recordarlo, siempre.

<SALTO DE FICHERO>

UN PLATO QUE OS ENCANTA.

Si os dais cuenta de que tenéis dificultades para escribir, si nada os parece real

, entonces intentad escribir algo sobre la comida. No hay peligro de caer en la abstracción, y es la única cosa de nuestra jornada que seguramente

recordamos. Una vez llevé un grupo de escritura que no conseguía absolutamente despegar. Cualquier ejercicio que inventara, el resultado era una porquería. Luego, un día, tuve una idea: Bien, tenéis diez minutos. Escribid sobre un plato que os guste muchísimo. Los escritos que salieron eran vibrantes, llenos de detalles coloridos. Ninguna abstracción. En la habitación se sentía vibrar la energía. Cuando se trata de comida, cada uno sabe muy bien lo que le gusta, y consigue ser preciso, concreto, explícito.

Diane DiPrima, una poetisa de la Beat Generation, ha escrito un libro titulado *D*

innings and Nightmares. La primera mitad del volumen sólo habla de comidas en las que participó, cenas que preparó, listas de invitados, listas de la compra. Hay un capítulo espléndido que habla de cuando la autora pasó un invierno entero en New York alimentándose de bizcochos Oreo. Es una lectura agradabilísima. No aburre nunca. Comer le gusta a todo el mundo.

Escribid acerca de las comidas que os gustan más. Sed precisos. Entrad en detalles

. ¿Dónde estabais, con quién estabais, qué estación era? ¿Cuál ha sido la mejor comida de la semana pasada? Aquel plátano que me comí en la fría cocina el martes por la mañana detuvo el mundo.

La mesa, el queso, la amiga de los ojos azules sentada frente a nosotros, los vasos llenos de agua, el mantel a rayas, el tenedor, el cuchillo, el plato de cerámica blanco y pesado, la ensalada, la mantequilla, el vaso de vino rosado; partiendo de todo esto, podemos extendernos en la memoria, en el tiempo, en el espacio, en el pensamiento, y hablar de Israel, de Rusia, de la religión, de los árboles y de la acera. Y siempre tenemos algo a partir de lo que arrancar, algo concreto, apetecible y preciso, precisamente delante de los ojos.

De acuerdo, alguien puede no apreciar la comida en sus aspectos sociales. Alguien puede no haber consumido nunca una buena comida en su vida, y estar sin blanca y sin amigos. Estupendo, entonces éste podría empezar por el último bocadillo reseco que comió en aquel apartamento vacío en la First

Avenue, con las cucarachas que flotaban en la taza de café pasado. Si vuestra vida es ésta, tenéis que arrancar de ahí.

<SALTO DE FICHERO>

UTILIZAR LA SOLEDAD.

Ayer por la noche estaba sentada en mi sala de estar con una gran amiga mía. Natalie, sé que tú también has escrito sobre la soledad; pero la semana pasada, cuando me encontré verdaderamente sola, me parecía imposible que en el mundo hubiera otra persona que se sintiera tan sola como yo. He aquí lo que es la soledad. Si nos sintiéramos en contacto con algún otro, incluso con otras personas solas, ya no estaríamos solos.

Cuando me separé de mi marido, Katagiri Roshi me dijo: Es justo que vivas sola. Es justo que sepas lo que es. La soledad es la última morada.

Roshi, pero conseguiré alguna vez acostumbrarme a la soledad?

No, no nos acostumbramos a la soledad. Yo cada mañana me doy una ducha fría, y cada mañana al entrar me siento como un tiro, pero resisto. La soledad siempre sigue haciendo daño, pero hay que aprender a aguantarla con valor y no dejarse arrastrar.

Algún tiempo después volví a ver al Roshi. Es tan difícil. Vuelvo a casa, me encuentro sola y me entra el pánico. Me preguntó qué hacía cuando estaba sola. De repente, aquellos momentos adquirieron una extraña fascinación. Bueno, lavo los platos, sueño con los ojos abiertos, garabateo en una hoja de papel, dibujo unos corazones y los coloreo. Limpio mis plantas de hojas muertas, y escucho mucha música. Empecé a estudiar mi desolación, y a encontrarla interesante. En otras palabras, dejé de combatirla.

Escribir significa a veces estar completamente solos. Quién leerá lo que escribo? A quién le podrá interesar? Un estudiante me preguntó en una ocasión: Pero escribimos para

nosotros mismos o para un público?. Cuando escribimos, propongámonos expresarle a alguna otra persona nuestra necesidad de comunicarnos.

Asomémonos desde el abismo de la soledad, y volvámonos hacia otro ser humano. Así es como me encontraba cuando vivía en el Midwest. Escribamos de manera que los demás puedan entendernos. El arte es comunicación. Saboreemos la amargura del aislamiento: es así como podremos experimentar un sentimiento de solidaridad y compasión hacia todos los que viven en soledad. Por fin, escribiendo, busquemos una salida pensando en alguien e intentando describirle nuestra existencia. Volvámonos hacia otra alma solitaria. Así es como me encontraba, sola al volante de mi coche azul, cruzando Nebraska hacia finales de agosto, mientras anocheecía.

Utilicemos la soledad. Es un sufrimiento que lleva consigo la urgente necesidad de volver a estar en contacto con el mundo. Tomemos este sufrimiento y utilicémoslo para avanzar un poco más hacia nuestra necesidad de expresarnos: de hablar, de decir quiénes somos y cuánto amamos la luz, las habitaciones y las canciones de cuna.

<SALTO DE FICHERO>

LÁPIZ DE LABIOS AZUL Y UN CIGARRILLO COLGANDO DE LOS LABIOS.

Algunas veces no conseguimos hacer nada. Lo que escribimos nos aburre, y estamos hartos de nosotros mismos, de nuestra voz y de los argumentos sobre los que acostumbramos escribir. Es evidente que si incluso ir a escribir a la mesa de un bar no nos sirve para nada, ha llegado el momento de encontrar algún otro sistema. T

ñámonos el pelo de verde. Pintémonos las uñas de violeta. Hagámonos agujerear la nariz. V

istámonos de hombre si somos mujeres o al revés. Hagámonos la permanente.

En efecto, a veces es suficiente un pequeño accesorio para darle completamente la vuelta a nuestro estado de ánimo. Cuando me pongo a escribir, a menudo tengo un cigarrillo entre los labios. Si estoy en un local que tiene el cartel Prohibido fumar, entonces el cigarrillo está apagado.

Pero no hay ninguna diferencia, puesto que yo no fumo. El cigarrillo es un accesorio que me sirve para soñar, para entrar en otro mundo. Si normalmente fumara, no funcionaría tan bien. Hay que hacer algo que no sea habitual en nosotros.

Podemos hacer que un amigo nos preste un chaquetón de cuero negro de motociclista, entrar en un café con el paso de un Hells Ángel, y sentarnos a escribir. O bien podemos ponernos un sombrero extraño, un mono de mecánico y un par de botas de trabajo; podemos vestirnos con americana y corbata, o con camisón de noche y pantuflas; podemos envolvernos en una bandera americana o llenarnos la cabeza de rulos. Es suficiente ponernos a escribir en una situación distinta a la acostumbrada. Podríamos intentar escribir en un gran bloc de dibujo. Podríamos ponernos una bata blanca y colgarnos un estetoscopio al cuello. En fin, cualquier cosa que pueda permitirnos ver el mundo desde un ángulo distinto.

VOLVER A CASA.

Cuando vi su exposición en New York, me hubiera gustado decirle que le faltaba algo. Hubiese tenido que volver a North Platte, en Nebraska, su lugar de nacimiento

. Hubiera tenido que completar el círculo. Dos amigos estaban hablando entre ellos

, y yo, casualmente, oí estas palabras.

Si queremos que a nuestros escritos no les falte nada, es indispensable volver a casa. No es necesario volver a vivir con nuestros padres y dejarnos mantener únicamente por ellos; pero hay que tomar nota de nuestros orígenes, y penetrarlos a fondo. Hay que honrarlos y abrazarlos, o por lo menos llegar a aceptarlos.

Una amiga mía se había casado con un ítalo-americano. En sus escritos, siempre hablaba de la familia de él y de sus conversaciones en la mesa. Lo que escribes me gusta mucho, le dije, pero no conseguiré creerte del todo hasta que no me hayas hablado también de tu familia. Explica lo que quiere

decir ser blanca, protestante, y pertenecer a una familia de la alta burguesía. Yo, honradamente, no sé nada de esto. Suc

ede a menudo que la vida de los demás nos parece interesantísima, y la nuestra gris y banal. De esta forma perdemos nuestro centro, y nos encontramos desequilibrados, pues vamos a la búsqueda de algo que creemos no poseer. Nos portamos como fantasmas hambrientos. Esto no quiere decir que debamos escribir sólo sobre nosotros mismos, sino que tenemos que lograr mirar fuera de nosotros mismos con espíritu de generosidad. Ellos son ricos, pero yo también lo soy.

Después de haber estudiado zen durante muchos años, hace aproximadamente un año y medio cada vez que me sentaba a hacer zazen me sentía más judío. Cuando hablé de ello con Katagiri Roshi, él me dijo: Es justo. Más te sientas a meditar, más te conviertes en lo que eres. Empecé a entender que había sido arrogante al dar la espalda a mis orígenes sin saber absolutamente nada sobre ellos.

Nuestros orígenes influyen sobre nuestro modo de escribir. Influyen también sobre la estructura misma del lenguaje. Me sucede a menudo que escribo según el ritmo repetitivo de las plegarias y de los cantos judíos. Aunque mis padres no fueran practicantes, en ocasión de las festividades solemnes me llevaban a la sinagoga donde podía asistir a los ritos que allí se celebraban. De niños somos particularmente impresionables. Es entonces cuando nos entra dentro el ritmo del lenguaje. Alguien ha afirmado que lo que hace grande a un poeta no es tanto lo que dice, sino la capacidad de entrar en sintonía con ciertos ritmos del lenguaje.

Cuando se practica la escritura, a menudo sucede que nos vemos escribiendo según una cierta forma, que, en ocasiones, puede ser la de las plegarias de la Misa, la del ritmo del rocknroll, o la de los gritos de un pregonero de feria. No es que se repitan las palabras de la letanía; sino más bien, que nuestras palabras y nuestros sentimientos dan un contenido al modelo que alguna vez se imprimió en nosotros

. Este modelo se convierte ahora en vehículo de expresión. Es como insertar una clavija en un circuito eléctrico.

Aún en el habla regional o en el léxico familiar podemos encontrar expresiones deliciosas. Hagámosles caso, y aprendamos a apreciarlas. Hey, maíz azul!, me dijo una vez un tipo en Texas cuando vio la enorme mochila que llevaba. Los caballos no ponen naranjas, me decía mi abuela cuando le hacía una pregunta absurda. Haced una lista de todas las expresiones utilizadas en vuestra familia, e incorporadlas a lo que escribís.

Pero no hemos de volver a casa para quedarnos. Si volvemos a casa, lo hacemos para ser libres, para no eludir nada de lo que somos. Cuando eludimos algo, esto se vuelve evidente en lo que escribimos. Si, por ejemplo, la sexualidad nos provoca incomodidad, esto se pone en evidencia por el hecho de que, escribiendo, nunca hablamos de ella, como si todos nuestros personajes - seres humanos, animales o insectos - hubiesen padecido una lobotomía sexual; o bien podemos caer en el extremo contrario y hablar solamente de putas y películas pornográficas. Hay que encontrar una vía intermedia, una situación en la que sentirnos a nuestras anchas.

Oímos hablar de personas que van a la búsqueda de sus propias raíces. Está muy bien, con la condición de no detenernos en las raíces. También están las ramas, las hojas, las flores, todas ellas extendidas hacia la inmensidad del cielo. Nosotros somos muchas cosas. Cuando fui a Israel en busca de mis raíces, me di cuenta de que era, sí, judía, pero al mismo tiempo también era americana, feminista, escritora y budista. Nosotros somos el producto de la era moderna; ésta es nuestra riqueza, y nuestro dilema. No somos una sola cosa. Sacar nuestras raíces del terreno se está volviendo cada vez más difícil. A pesar de eso, son importantísimas, y al mismo tiempo son lo que tendemos a evitar con más facilidad, porque a menudo ahí se oculta un gran sufrimiento

. Precisamente por esto nos hemos ido.

Cuando fui a vivir a Minnesota, Jim White, un excelente poeta, me dijo: Hagas lo que hagas, no te conviertas en una escritora regional. No caigamos en la trampa del provincialismo. Al escribir sobre las vacas de loway de cómo se inclinan para comer hierba, al mismo tiempo hemos de sentir compasión por las vacas rusas y checoslovacas, también destinadas a morir; hacia sus lomos que se convertirán en hervidos y estofados, que

serán servidos en cuencos y platos, para alimentar a los habit antes de los cinco continentes. Penetremos en nuestra región, pero no nos detengam os allí. Lo que veamos debe estimular en nosotros la curiosidad, y empujarnos a ob servar de cerca lo que se encuentra más allá de aquellas fronteras.

Cuando empecé a estudiar Judaismo, no supe limitarme al aspecto religioso. Me sentí

obligada a enfrentarme también con la tragedia del Holocausto, la historia del pue blo de Israel y sus peregrinaciones. Por lo que, por primera vez, pude sentir un a profunda simpatía hacia los movimientos políticos y las luchas que afrontaban otro s seres humanos fuera de América. Si conseguimos entrar en contacto con un pueblo, ello nos da la posibilidad de sentir compasión hacia todos los pueblos de la tier ra. En Israel pude comprender lo duro que era vivir, no sólo para los judíos, sino t ambién para los árabes. Redescubrir mis raíces me permitió sentirme angustiada por todos los que pisaban aquella tierra.

En definitiva, volved a casa. Pero no para jactaros de que: Mi tío era coronel en la segunda guerra mundial. No: volver a casa significa penetrar en silencio y, c onscientemente, en el espíritu de nuestra propia gente, y desde aquí empezar a compr ender a todas las gentes y las luchas a las que se han tenido que enfrentar.

Todo escritor, quien más y quien menos, desea ser conocido. Es por esto que toma l a palabra. Así es como tenemos la oportunidad de acercar al lector a nuestro corazón

. Cada uno de nosotros está capacitado para explicar con conocimiento de causa lo que significa ser católico, hombre, meridional, negro, mujer, homosexual, ser huma no. Puede explicarlo porque lo sabe mejor que ningún otro. Sabiendo quién es, y escr ibiendo sobre ello, podrá ayudar al mundo proporcionándole comprensión.

<SALTO DE FICHERO>

CÍRCULO DE HISTORIAS.

En Taos organicé varias veces lo que llamo círculo de historias. En estas ocasiones invitaba a mi casa a algunos amigos que vivían en las colinas circundantes, de Tal pa a Carson, de Arroyo Hondo a Arroyo Seco. Nos sentábamos en círculo sobre el suelo

. En los alrededores se oían los cencerros de las cabras de Shel, y entonces me preguntaba de que Bill Montoyo había llevado otra vez a escondidas a sus ovejas cerca de nuestro huerto, para que pastaran la hierba alta que crecía por los alrededores.

Encendía una vela en medio del círculo. Generalmente había unas diez personas. Encender una vela ayuda a crear una atmósfera de magia. Luego decía: Bien, ahora habládme sobre aquella vez en que os sentísteis verdaderamente felices. Otras veces preguntaba

: Contadme acerca de un lugar que amáis, o bien, de aquella vez en que os sentísteis verdaderamente abatidos, o la historia más extraordinaria que conozcáis, o sobre un momento mágico vivido durante la última semana.

Luego, por turno, empezábamos los relatos. Las historias siguen con nosotros. Han pasado siete años, y aún me acuerdo de aquellas historias.

RICK: Detrás de mi casa en Larchmont, en el estado de New York, había un gran olmo.

Yo tenía seis años y trepaba casi hasta la copa, hasta mi rama favorita. Estábamos a finales de Otoño, y los árboles estaban desnudos. Me estiraba encima de aquella rama, y la abrazaba. Cerraba los ojos, y el viento soplaba, y mi rama, una rama gruesa, se mecía, y yo también me mecía con ella. Siempre recordaré la sensación de amor que se sentía hacia aquel árbol.

LAUHLAN: Un verano hice de guarda forestal durante cuatro meses, en Oregon. Durante todo aquel tiempo viví solo, y puesto que en los alrededores no había alma viviente, prácticamente no llevaba ropas. Vivía en el corazón del bosque. Al final del verano estaba muy moreno y calmadísimo. Era a finales de agosto, y yo estaba acurrucado cogiendo unas bayas de unas matas. De repente sentí una lengua que me lamía la espalda, y lentamente volví la cabeza. Era una cierva, que me lamía el sudor

de mi espalda! Me quedé inmóvil. Luego la cierva se puso a mi lado, y los dos en silencio nos comimos las bayas de aquella mata.

Estaba alucinado. Que un animal pudiera tenerme tanta confianza!

JOSEPH: Esta historia no habla de mí. Habla del compañero de habitación de un amigo mío.

Lo llamaré Bill. Bill era francés. Era un tipo algo raro, seguramente desequilibrado. Trabajaba con los delfines en New York, y sentía una verdadera pasión por aquellos animales. Lo llamábamos el Científico. Eran los primeros tiempos del LSD. Entonces se llamaba ácido lisérgico. Algunos de nosotros experimentábamos con esta sustancia.

Pero teníamos mucho cuidado de no utilizarlo cuando estaba presente el Científico, porque temíamos que él también lo tomara y se volviera loco de verdad.

Bueno, un día lo tomó. No sé lo que hizo para conseguirlo, el hecho es que lo tomó. Nosotros estábamos algo preocupados, pero intentamos mantener la calma. Él se puso la chaqueta, era de noche, y salió de la casa. Fue andando hasta el lugar donde trabajaba, entró, y se puso a mirar a los delfines en la piscina. Seguidamente, juró que la hembra había empezado a tomar el aspecto de Marilyn Monroe: le habían crecido los pechos, tenía los labios pintados, y le había hecho una seña para que entrara en la piscina. Según él, se había desnudado, se había zambullido y había hecho el amor con ella. Estaba segurísimo.

Cuando oímos su historia, nos quedamos todos desconcertados, y el amigo mío que vivía con él, poco tiempo después, se mudó de casa.

Según mi parecer, en aquella historia podía haber algo de verdad.

Algunos años después, vivía con unos amigos en Venice Beach, en California. En aquella época tomábamos ácidos continuamente.

Estábamos en la mitad de los años Sesenta, y habíamos pintado toda la casa con colores psicodélicos. El cuarto de baño era de color verde aguacate, y

había en él una pecera con dos peces rojos. Un día tomé ácido, y fui a pasear por la playa. Luego volví a casa, entré en el cuarto de baño y me puse a observar los peces rojos. Uno de los dos de repente se transformó en Brigitte Bardot.

Sin pensar, introduje la mano en la pecera, agarré el pez por la cola y me lo tragué entero antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Me quedé desconcertado.

BRETT: Una vez fui a ver a mi abuela Chloe a Kankakee, en Illinois. Tenía entonces ochenta y dos años, y no la veía desde hacía cuatro años. La quería con toda mi alma, y no veía la hora de estar con ella. Quería darle una sorpresa. Hice todo el viaje en autoestop desde Minnesota, donde vivía, hasta Illinois. Cuando llegué a su casa, que se encontraba frente a una freiduría, estaba en el jardín trasero de la casa, inclinada sobre un matorral de dientes de león. Chloe!, grité. Ella se volvió y dijo: Oh, Brett, ven aquí un momento. Quiero enseñarte algo. Me acerqué, y ella aplastó un diente de león, para mostrarme que se parecía al hocico de un conejo. Luego me cogió de la mano y me llevó al lado de sus dos melocotoneros. Con éstos haré mermelada. Pero Chloe, hace cuatro años que no nos vemos.

Ella alargó la mano, cogió un melocotón y me lo ofreció para que lo examinara: Lo sé, querida. Te he echado de menos. Luego entramos en la casa, me ofreció sus famosas confituras, y me habló de sus vecinos y de mi padre, y de lo mucho que le hubiera gustado que frecuentara la iglesia. Me habló como si nunca nos hubiésemos dejado.

Aun recuerdo con viveza estas cuatro historias. Nuestras historias son importantísimas. Intentad organizar un círculo de historias con algunos amigos. Sólo se necesita una vela. No hay necesidad ni de drogas ni de alcohol. Es suficiente con empezar a relatar, y quedamos prendados por la magia. Luego, más tarde, vosotros a solas, escribid aquellas historias. Para empezar, escribid como habláis, sin demasiadas florituras. Esto os ayudará a arrancar.

<SALTO DE FICHERO>

MARATONES DE ESCRITURA.

Normalmente, al final de un taller de escritura de una duración de ocho semanas, lo cual significa dos horas una vez por semana), hacemos un maratón de cuatro horas

. Para hacer un maratón no es necesario ser toda una clase. A veces he hecho uno de un día entero solamente con otra persona. He aquí cómo funciona: cada miembro del grupo se compromete durante estas cuatro horas. Luego establecemos un programa. Por ejemplo, una sentada de escritura de diez minutos, una segunda sentada de diez minutos, luego una sentada de un cuarto de hora, dos sentadas de veinte minutos

, y, por fin, media hora seguida de escritura. Así en la primera sentada escribimos todos durante diez minutos, luego hacemos la ronda y leemos lo que hemos escrito, sin comentarios. Si el grupo es demasiado numeroso, y el que lean todos requiere demasiado tiempo, se alterna de forma que se lea una vez sí y otra no. Después de que cada uno haya leído su fragmento es natural hacer una pausa, pero nadie dice nada, ni siquiera Qué hermoso, o Entiendo lo que querías decir. No hay bueno ni malo

ni críticas ni alabanzas. Cada uno lee lo que ha escrito, y luego le toca a otro. También está permitido pasar, o no leer más que una vez. Obviamente, hace falta flexibilidad. Si uno siente la necesidad de pasar muchas o pocas veces, está bien. Lo

que suele suceder es que paramos de pensar: escribimos, leemos, escribimos, leemos; y cada vez somos menos autoconscientes. Todos estamos en el mismo barco, y

, puesto que no se hacen comentarios, cada vez nos sentimos más libres de escribir lo que nos apetezca.

Pasado un rato, es como si la voz se separara del cuerpo; uno ya no sabe si ha sido él que decía algo o algún otro en el lado opuesto de la habitación. Puesto que no se hacen comentarios hablados, si alguien escribe algo a lo que nos gustaría contestar, lo podemos hacer por escrito en la vuelta siguiente: Beverly, sé lo que quiere decir. También mis padres peleaban bajo la lámpara de la cocina, con la cena casi sin tocar, sobre el linóleo verde que cubría el suelo de pared a pared. El no comentar los escritos de

los demás crea un saludable deseo de expresarse. Esta energía podemos verterla en lo que escribimos en la vuelta siguiente. Escribir, leer, escribir, leer. Es un sistema excelente para neutralizar al censor interno y darnos todo el espacio que necesitamos para escribir todo lo que se nos ocurra.

En medio de la habitación hay también una caja. Cada uno redacta sobre un papelito un argumento sobre el cual escribir, y lo pone en la caja. Al empezar cada sesión de escritura, se saca el papelito y se lee el argumento. No estamos obligados a escribir sobre aquel argumento, pero, si estamos bloqueados, siempre podemos arrancar de ahí. Nos sorprenderá descubrir que una vez entramos en este estado de automatismo podemos escribir sobre cualquier argumento. O bien, se puede utilizar el argumento como resorte que ponga la mano en movimiento. Nadar. Soy una excelente nadadora, muy segura de mí misma. Ya está. Ahora realmente quisiera escribir acerca de cómo un día u otro me transformaré en una luz blanca.... Puedo también pensar que no tengo nada que decir sobre la natación, luego empezar a escribir y entonces acordarme de lo mucho que me gustaban, cuando era muy pequeña, las películas de Esther Williams, y me sentaba en el cine al lado de mi padre, con la mano toda pringosa de mantequilla de las palomitas.

Los que participan por primera vez en un maratón están casi siempre un poco nerviosos. Uno teme no tener nada que decir, o no conseguir escribir durante tanto rato.

Y cuando éste se acaba, se maravillan de lo de prisa que ha pasado el tiempo. Hubiera podido escribir todo el día!. En una ocasión dirigí un taller de una semana en la Universidad de Minnesota. Tenía doce alumnos. Decidí empezar con un maratón, precisamente la primera mañana. Al principio se manifestó una gran resistencia por parte del grupo, expresada con chistes y risitas. Al final, uno de los participantes dijo

: Por qué no nos vamos a comer, y a la tarde hacemos otro?. No hicimos otra cosa durante toda la semana. Algunos días empezábamos a escribir a las diez de la noche y seguíamos hasta la una; otras veces escribíamos desde las siete de la mañana hasta el mediodía.

Durante este taller, en algún momento salió de la caja de los argumentos: Tu primera experiencia sexual. Una alumna consiguió inspiración para el resto de la semana. Después de haber escrito sobre su primera experiencia sexual, pasó a la segunda, luego a la tercera, etc. Estoy convencida de que todavía está allí, en la Rainbow Tavern de Hill City, en Minnesota, escribiendo sobre su 708a experiencia sexual. Mientras junto a ella los estudiantes de instituto juegan a billar, ella pide una Pepsi tras otra para poder seguir ocupando la mesa. Ya no sabe si es de día o de noche, y la mano sigue moviéndose sobre la hoja. Seguramente ya está cerquísima de la iluminación, y nosotros nos preguntamos: Volverá? Volverá?....

El maratón es una experiencia que nos da una enorme apertura. Cuando acabamos uno, tendemos a sentirnos expuestos, incapaces de controlarnos. Algunas veces me siento ligeramente irritada, sin motivo aparente. Es como si nuestras defensas hubiesen saltado por los aires, y nosotros nos encontráramos de pronto desnudos, tal como somos en realidad. Después de un maratón, intentamos entablar con los demás participantes una conversación normal acerca del tiempo o de lo magnífico que es ser un escritor, pero tenemos la sensación de haber perdido definitivamente el tipo. Pero no hay que preocuparse: es un estado de ánimo que pasa, y muy pronto volvemos a ser cautos y susceptibles como antes.

Luego, es indispensable que pasemos por lo menos media hora solos. También sirve h

acer algo concreto, dedicarse a una actividad física. Al final de un maratón, personalmente, me pongo a lavar platos como una loca, o bien planto otras doce hileras de judías verdes donde había pensado sembrar césped. Precisamente la semana pasada tuve un maratón en mi casa, y antes de que el último alumno hubiese salido, ya había sacado la aspiradora y estaba limpiando las alfombras de la sala de estar donde poco antes estábamos todos sentados.

La sensación de desnudez que se siente después de un maratón es la misma que a menudo he sentido después de un sesshin, un retiro de meditación zen. Después de una semana de meditación sentada, nos inclinamos por última vez frente al Buda y los otros estudiantes, y luego normalmente vamos a tomar té con pastelitos en otra habitación. Después de los largos

períodos de silencio a los que hemos sido obligados en el curso de l retiro, podemos finalmente dirigirnos la palabra unos a otros. Indefectiblemen te, con tal de no ser vista por nadie, tendría ganas de aplastarme aquella tarta e n la cara. En una ocasión, en seguida después de un sesshin, vino a verme un queridísi mo amigo. Estábamos los dos debajo del porche de mi casa. Sabes, me dijo, tengo la sensación de estar sentado al lado de un retrato cubista de mujer pintado por Pic asso... es como si todas tus dimensiones resplandecieran al mismo tiempo!.

Algunas veces tengo la misma sensación después de haber pasado muchas horas sola escribiendo. Pero no hay que preocuparse. No estamos acostumbrados a abrírnos de es ta forma. Es un bien, aceptémoslo; vale la pena experimentarlo.

<SALTO DE FICHERO>

SABER APRECIARSE.

Muy a menudo, en los grupos de escritura, he asistido a un fenómeno extraño. Alguien escribe algo extraordinario, y luego no se da cuenta en absoluto de la belleza de lo que ha escrito. Por mucho que yo me exceda en alabanzas, y por mucho que l os otros miembros del grupo expresen su apreciación, la persona no consigue establ ecer un contacto con el hecho de haber escrito algo bueno. No es que lo niegue; se queda allí parada, y luego, por terceras personas, llego a saber que no se ha c reído una sola palabra de lo que le hemos dicho. Lo he observado varias veces en e l curso de los años; no se trata, pues, simplemente del caso individual de la pers ona eternamente insegura que en un grupo no consigue tomar consciencia de sus pr opias capacidades.

A menudo encontramos dificultades para entrar en contacto con la voz segura de sí misma que está dentro de cada uno de nosotros, e, incluso, cuando conseguimos entr ar en contacto con esta voz y escribir bien, no queremos reconocerlo. No estoy diciendo que cada uno de nosotros sea un Shakespeare; quiero decir que todos pose emos una voz auténtica que puede expresar los distintos aspectos de nuestra existe ncia de forma honrada, digna y precisa. Parece, pues, que haya una discordancia entre las grandes

cosas de las que seríamos capaces, y la forma en la que nos vemos a nosotros mismos y, en consecuencia, lo que escribimos.

La primera vez que tomé plena consciencia de este hecho fue hace seis años, con ocasión de un taller de escritura que di en el Minnesota Zen Center. Todos teníamos que escribir sobre nuestra familia de manera simple, infantil. Esta era la consigna.

Teníamos a disposición un cuarto de hora. Eramos doce. Al final, hicimos una ronda y cada uno leyó lo que había escrito. Yo era la última. Luego pasé aquel fragmento a máquina, titulándolo Lentamente ver cómo gira el mundo. Hablaba de mi abuela que bebía sólo agua, y que tras haber criado niños durante toda su vida, se fue de este mundo de puntillas. Lo leí, y siguió un largo silencio.

Todo lo que explico como profesora apunta, en última instancia, a que el alumno aprenda a tener confianza en su propia voz y a escribir a partir de ella. Para lograr esto, pruebo distintas perspectivas y distintos trucos. Una vez que el alumno consigue romper este muro, lo que yo enseño es solamente un aliño: el pavo ya se está asando en el horno. Me sentía tranquila y feliz; todos los alumnos del curso habían conseguido superar sus propias resistencias y producir escritos auténticos, profundamente sentidos. Ya no había nada que yo pudiese decir.

De repente, miré alrededor mío. Los otros me observaban con aire perplejo, en espera de pasar a otro ejercicio. Me quedé estupefacta. Me di cuenta de que ninguno de e

llos era consciente de lo que acababa de escribir. Ninguno de vosotros se da cuenta de haber escrito algo verdaderamente vivo, verdad?. Pero todos seguían mirándome

.

Esto no es válido sólo para los principiantes. En este momento tengo en la mente dos ejemplos. Una poetisa, muy buena y muy apreciada. Yo la apodé el tesoro de Minnesota. Escribe sobre su propia vida, sobre su padre, pastor protestante, sobre sus siete hijos, sobre la mesa del desayuno. Con ocasión

de su última lectura pública, la sala estaba llena, y los organizadores hasta habían vendido unas plazas de pie. Me

explicó que, al final de la lectura, había vuelto a casa presa de la depresión, porque sus poesías habían gustado muchísimo. Ya está. He conseguido engañarlos otra vez, se dijo a sí misma.

El segundo ejemplo es el de una escritora que participó en uno de mis grupos del domingo por la noche. Escribía novelas, era subdirectora de redacción de una revista ciudadana, y había escrito dos piezas teatrales de éxito. Una de estas había ganado el premio de la crítica del Minneapolis Tribune. En el curso de los ejercicios de escritura a plazo, había escrito algunas piezas extraordinarias. Estaba segura, debido a su experiencia de escritora, de que era consciente de su calidad. Cuando volví a verla a la hora del desayuno, un mes más tarde, y aludí a uno de sus escritos, se quedó maravillada por el hecho de que lo juzgara bueno, (bueno no era la palabra indicada para describir lo bueno que era). Por mi parte, me parecía increíble que no se diera cuenta. Todo lo que había escrito como profesional concernía a argumentos ajenos a ella misma y sus experiencias personales de la vida. Es un género de escritura que te pertenece, me dijo. Por eso no conseguía entender.

Cada uno de nosotros es Buda, me dijo en una ocasión Katagiri Roshi. Yo sé que tú eres Buda. Pero tú no me crees. Cuando entiendas que eres Buda, estarás despierta. En esto consiste la iluminación. Para nosotros es difícilísimo comprender nuestra propia existencia y apreciarla en su justo valor. Nos es mucho más fácil ver lo que se encuentra en el exterior de nosotros mismos. Aprendiendo a apreciar la calidad de nuestros escritos, reducimos progresivamente el desfase entre nuestra verdadera naturaleza y nuestra capacidad de ser conscientes de ella. O sea, aprendemos a apreciarnos y amarnos como seres humanos capaces y creativos en el momento presente

. De vez en cuando conseguimos hacerlo, pero sólo después de que haya transcurrido algún tiempo: Sí, fui bueno, entonces. Pero ha sucedido en el pasado. Nos quedamos atrás.

No quiero decir que se nos tenga que subir a la cabeza. Pero tenemos que darnos cuenta de que dentro de nosotros siempre hay algo bueno, y que proyectándolo al exterior, todos somos capaces de crear algo bueno. Esta relación entre nuestra riqueza interior, el concepto que tenemos de nosotros mismos, y lo que producimos, no se podrá dar una tranquilidad y una confianza que para la mayor parte de los artistas es difícil encontrar. No tenemos que pensar que lo que escribimos no vale nada y nosotros tampoco; o bien, que lo que escribimos vale algo, pero nosotros no; o bien, que nosotros valemos algo, pero lo que escribimos no vale nada. No. En cada uno de nosotros hay algo bueno, y en consecuencia estamos capacitados para abrirnos camino a través de nuestra resistencia a escribir bien y a apreciar lo que escribimos en su justo valor. Lo importante no es que lo aprecien los demás, sino que seamos nosotros los primeros en apreciarlo. Este es el paso decisivo. En ello encontraremos la verdadera satisfacción. Nosotros somos buenos, y cuando lo que escribimos es bueno, es bueno. Tenemos que reconocerlo, y asumir la responsabilidad.

<SALTO DE FICHERO>

TENER CONFIANZA EN NOSOTROS MISMOS.

El martes pasado, durante un taller de escritura, leímos dos páginas del diario de uno de los participantes. Si he de ser sincera, aquel diario era el mío. Dos páginas de mi diario. Las había escogido porque algunos meses antes había sacado una poesía de aquellas páginas. No una gran poesía. Una poesía sosegada. No es fácil encontrarlas; se trata de aquel leve zumbido de nuestro cuaderno que consigue trasladarnos a otro mundo. Una semana antes había distribuido algunas copias de aquellas dos páginas.

Los estudiantes tenían que encontrar en ellas la poesía. Pero también tenían libertad para

decirme que no habían encontrado nada. Nada, todo es una porquería.

Cinco o seis alumnos se ofrecieron espontáneamente a intentarlo. Salieron, por lo menos, cuatro versiones distintas de la poesía. Algunas abarcaban la primera mitad de mis apuntes; otras, la parte central; en una incluso aparecían algunas líneas de la página siguiente, fotocopiadas por error. En

todas aparecía un verso: Las colinas de New México están dondequiera que vayas. Todas las versiones eran perfectamente aceptables; ninguna era una obra maestra, incluida la que yo había elegido.

Si presentamos un escrito a cien personas, podemos obtener perfectamente cien opiniones distintas; quizás no completamente distintas, pero con una amplia gama de variantes. He aquí la razón de que sea tan importante el que tengamos una profunda relación con nosotros mismos. Hay que escuchar lo que dicen los demás. Aceptar lo que dicen. No podemos construir a nuestro alrededor una caja de acero.

Y luego, al final, tenemos que decidir nosotros mismos. La poesía es nuestra; la voz es nuestra. No existen reglas fijas; todo depende de la relación que tenemos con nosotros mismos. Qué es lo que queríamos decir? Qué es lo que queríamos revelar de nosotros mismos? Desnudarse escribiendo significa renunciar a controlarse. Y esto es bueno. Ya no nos controlamos. Los otros nos ven tal como somos. Algunas veces nos mostramos antes de darnos cuenta de lo que estamos haciendo. Es duro; pero ser rígido y no mostrar nada es aun más doloroso. Además, si somos rígidos, nunca escribiremos nada bueno.

El mejor criterio de verificación es el tiempo. Si algo no os convence, ponedlo a un lado durante una temporada. Volved a ello seis meses después. Todo estará más claro

. Podríais llegar a la conclusión de que os entusiasma una poesía que no le gusta a nadie. Una vez escribí una poesía sobre una ventana. Todos aquellos a los que la leo, dicen sin titubear que es horrible. Yo la encuentro brillante. Cuando me den el premio Nobel y tenga que hacer el discurso de aceptación, sacaré esta joya y, por fin, obtendré satisfacción.

No os preocupéis en el caso de que, seis meses más tarde, aquel fragmento que no os convencía demuestre ser horrible. Las partes buenas ya están fermentando sobre el montón de compost. Antes o después saldrá algo bueno. Tened paciencia.

<SALTO DE FICHERO>

EL SAMURAI.

Ayer, en mi grupo del domingo por la noche, empecé a hablar acerca del samurai, el que hay en nosotros y en nuestros escritos. Me he dado cuenta de que, en el grupo, siempre he tenido la tendencia a ser muy alentadora y positiva. Esto sucede porque nos encontramos todos en una dimensión de creatividad. El dar ánimo no es fruto de la hipocresía; brota espontáneamente de este espacio creativo caracterizado por la apertura y la ausencia de censuras. Todo lo que se escribe está bien. Y algunas veces, más que bien. Se quema toda resistencia, hasta llegar al resplandor de los primeros pensamientos. Algunas veces alguien me dice: No eres tan crítica como debieras. No te creo. Y no se da cuenta de que nos encontramos en dos planos distintos. Yo estoy en el plano de la creatividad; él está confundido entre el creador y el revisor, y quisiera arrastrarme a la refriega. Yo, sin embargo, no me dejo implicar, pues allí me encontraría muy mal.

Pero ayer por la noche empezamos a trabajar con el Samurai. Él nos ha traído unas fotocopias de una pieza suya que casi ha llegado a la redacción definitiva, y la hemos vuelto a leer juntos. De entrada, hemos ido buscando los puntos en los que había energía. Ésta se hallaba, sobre todo, en el tercer párrafo. Si la energía de una poesía se encuentra toda en un solo verso, le dijo, en una ocasión, William Carlos Williams a Allen Ginsberg, corta todo lo demás, y deja sólo aquel verso. Aquel verso es la poesía. La poesía es portadora de vida, un vehículo de vitalidad. Cada verso tiene que estar vivo. Son las partes de un escrito que deben ser conservadas; las otras tienen que ser eliminadas.

El grupo jugueteó por algún tiempo con aquel tercer párrafo. No mucho tiempo. Quizás uno o tres minutos. Eran suficientes. El párrafo poseía cierta energía, pero le faltaba calor. Sabía que él era capaz de mucho más. Sí, el tercer párrafo tiene algo de energía, le dije, y vale la pena entretenerse un poco con él. Podría ayudarte a plantar en tu

montón de compost una semilla para el futuro, pero dentro de unas semanas, cuando vuelvas a él, te darás cuenta de que no es nada especial. Ya nos hemos entretenido bastante con él. Sigamos adelante. Espera un segundo, dijo Shirley, una recién llegada. Qué se entiende por samurai? Él se volvió y le siseó la respuesta entre los dientes: Cortar!.

Por lo tanto cuando adoptamos la actitud del samurai, tenemos que ser duros. No malos, sino duros, a semejanza de la verdad. Y la realidad es que la verdad, en ú l tima instancia, nunca puede hacer daño. Ella convierte al mundo en algo mucho más cl aro, y a las poesías en algo mucho más brillante. He participado en talleres de escritura en los que se trabajaba con una mala poesía durante veinte minutos, criticándola sin piedad. Es una tontería, un derroche de tiempo. Es como intentar volver a poner de pie un caballo muerto a fuerza de latigazos. Podemos tener la seguridad de que el autor de aquella poesía escribirá otras. No debemos creer que si no sacamos a la fuerza algo de la mala poesía que tenemos delante, el autor ya no escribirá nunca otra poesía.

Hay que otorgarse el valor de la honradez. Sí. Hay algo bueno, pero no funciona. Y

pasar a otra cosa. Conseguir dejarlo correr, sin pensarlo demasiado, constituye un gran paso adelante. En la época en que frecuentaba la Columbia University, una vez Allen Ginsberg fue a ver a su profesor, el crítico literario Mark Van Doren, y le preguntó: Por qué no se dedica más a la crítica?. La respuesta fue: Por qué perder el tiempo hablando de cosas que no te gustan?.

Cuando escribimos, hay momentos en los que conseguimos disipar nuestras nieblas mentales y alcanzar una cierta claridad. Pero, no siempre que encontramos en nuestros escritos algo de energía, significa que hemos conseguido una pieza válida. No.

A menudo, esto sólo quiere decir que nos hemos despertado, como podríamos despertar nos el domingo por la mañana tras haber trasnochado en una fiesta en la que hemos bebido demasiado. Tenemos los ojos abiertos, sí, pero no prestamos mucha atención a lo que pasa alrededor nuestro. Es bueno saber cuándo lo que escribimos posee vitalidad y lucidez, pero sólo cuando el escrito llega a resplandecer con luz propia, se convierte en una poesía o un fragmento de prosa. Y todo el mundo puede notar la diferencia. Lo que sale de la fuente originaria, de los primeros pensamientos, no puede dejar de despertar y emocionar al lector o al que escucha. He visto cómo sucedía esto varias veces en los grupos de escritura. Cuando alguien lee una pieza verdaderamente bella, todos son presa de la excitación.

Hay que estar dispuestos a considerar honradamente lo que escribimos. Si una pieza funciona, funciona. Si no funciona, es inútil fustigar un caballo viejo y cansado. Seguid escribiendo. Saldrá otra cosa. Ya hay bastante literatura mala en el mundo. Con una sola línea bien escrita podemos asegurarnos la fama; con volúmenes de material tibio, sólo conseguiremos adormecer al lector.

<SALTO DE FICHERO>

RELEER Y REESCRIBIR.

Antes de releer nuestro propios escritos, es oportuno dejar pasar un poco de tiempo. El tiempo permite tomar distancias frente al trabajo de uno, y adquirir una mayor objetividad. Tras haber llenado una libreta de material - a lo mejor hemos necesitado un mes - volved a cogerla y releedla toda como si no fuera vuestra.

Sed curiosos: Qué tiene que decir esta persona?. Poneos cómodos y relajaos, como si lo que estáis a punto de leer fuera una buena novela. Leedlo página por página. Aunque al escribirlo os pareciera soso, ahora reconoceréis la trama y el ritmo.

Cuando releo mis cuadernos, ello no deja nunca de recordarme que tengo una vida, y que al vivirla he sentido, pensado y visto muchas cosas. Es una gran confirmación, puesto que algunas veces escribir parece inútil, una completa pérdida de tiempo.

De repente, sentados en un sillón, nos vemos fascinados por nuestra vida cotidiana. He aquí el inestimable valor del arte: volver extraordinario lo que es ordinario, volvernos a despertar a la vida que estamos viviendo.

Otra buena razón para releer nuestros cuadernos es que, de esta forma, podemos entender el funcionamiento de nuestra mente. Podemos darnos cuenta de dónde hubiésemos podido llegar más allá y no lo hemos hecho por pereza o miedo. Podemos ver dónde nos volvemos realmente aburridos, y el lugar en que, cuando nos limitamo

s a quejarnos, ello nos lleva solamente a un callejón sin salida. Odio la vida que llevo. Me siento fea. Quisiera tener más dinero.... Después de haber releído una serie lo suficientemente larga de estas quejas, aprenderemos, escribiendo, a pasar cuanto antes a otros argumentos, en lugar de permanecer demasiado en el abismo de l autocompadecimiento.

Amenudo, haciendo prácticas de escritura, no nos damos cuenta en absoluto de si he mos escrito algo bueno o no. Algunas veces descubro, en mis cuadernos, poesías que no recordaba haber escrito. Nuestra parte consciente no puede tenerlo todo siem pre bajo control. A lo mejor un día escribo mortalmente aburrida, y luego, cuando releo un mes después, resulta que aquel día escribí una bonita poesía.

Me acuerdo de una vez que estaba escribiendo en mi estudio, y sentía una sensación muy agradable de bienestar. Por qué estarás tan contenta?, me preguntaba. No has escrito nada bueno en todo el día. Cuatro días después, en un grupo, uno de mis alumnos me desafió en tono provocativo a demostrar que yo también, en mi cuaderno, escribía un montón de mierda. Me dijo que, para probarlo, sería suficiente leer lo que había escrito o hacía algún tiempo en mi estudio. Abrí el cuaderno en la página de aquel día, y empecé a leer. Con enorme estupor, lo que leí era un fragmento muy conmovedor sobre el transcurrir del tiempo, en el que hacía una lista de todas las personas que se habían ido de mi vida, algunas porque habían partido, otras porque habían muerto. Sentí que, al leer, mi voz se quebraba. Me quedé maravillada.

Aquel día, en mi estudio, mi parte consciente se sentía frustrada y no se daba la mínima cuenta del hecho que pudiera haber escrito algo bueno; pero, más allá del nivel de los pensamientos discursivos y autocríticos, que zumbaban a mi alrededor como una nube de mosquitos, mi mano estaba ocupada registrando los primeros pensamientos y escribiendo un fragmento de gran presencia. Sucede, a veces. Alguna parte de nosotros consigue cruzar la nube zumbante de mosquitos, y tocar algo mucho más claro dentro de nosotros. O sea, conseguimos evadir la negatividad y las charlas incesantes del censor interno, siguiendo con la mano en movimiento sobre el papel

. Nuestra parte consciente está ocupada con los mosquitos, por lo cual no se da cuenta de que, en efecto, estamos escribiendo algo bueno. Aquel día en mi estudio, sin embargo, algo en mí se daba cuenta, puesto que no hacía otra cosa que canturrear.

Es un poco como una madre que constantemente se declara insatisfecha por la forma en la que cría a sus hijos; sin embargo, mirándolos, sus hijos son sanos, guapos y están felices. Es evidente que aquella madre está haciendo un excelente trabajo. Sólo que en este caso la madre (nuestros pensamientos discursivos) y los hijos (nuestros escritos) están dentro de nosotros y actúan al mismo tiempo. Todo consiste en seguir escribiendo bajo la barrera del fuego del pensamiento discursivo. Un mes más tarde, releendo nuestros cuadernos, podemos reconocer conscientemente lo que hay de bueno en lo que hemos escrito. En este punto, la conciencia y el inconsciente se encuentran, se reconocen el uno al otro y se convierten en un todo único.

Esto es arte.

Releendo nuestros cuadernos, subrayemos los pasajes buenos. A menudo resaltan sobre la hoja con indiscutible evidencia. Más tarde los podremos utilizar como punto de partida para escribir más, o bien podrían constituir por sí mismos unas poesías. Probemos a pasarlos a máquina. Viéndolos negro sobre blanco, podemos darnos cuenta de si funcionan o no. En este momento, sin embargo, debemos eliminar los pasos en los que hay un desenfoque, donde nuestra mente no estaba presente. No intentemos cambiar las palabras, pues este trabajo nos está sirviendo para acrecentar en nosotros la capacidad de darle confianza a nuestra voz. Si, escribiendo, estábamos completamente presentes, el fragmento ya estará acabado así como está. Este no es el momento de permitirle a nuestro yo manipular las palabras para dar una impresión mejor

, o para parecer lo que nos gustaría parecer: perfectos, felices, los mejores. En lo que escribimos, tenemos que estar desnudos. Es una oportunidad para vernos y mostrarnos como verdaderamente somos, para aceptarnos sin manipulaciones ni agresividad. Soy infeliz; no intentemos esconder esta afirmación. Aceptémosla sin expresar juicios, si es así como nos sentíamos.

Naturalmente, en algún momento, debe intervenir una fase de corrección y revisión. Sin embargo, en cuanto oímos la palabra revisor, inmediatamente pensamos: Muy bien. H

e dejado que mi parte creativa se desencadenara. Ahora es el momento de arreglar lo y, racionalmente, volver a poner todo en su lugar. Y entonces, es cuando inte

viene el revisor, personaje con americana y corbata y un doctorado en literatura, que lo critica todo y a todos. No. Aquel personaje con la chaqueta de tweed es simplemente otro disfraz del yo, que intenta, por todos los medios, asumir el control de lo que hacemos. Cuando escribimos, no debemos dejar al yo la menor posibilidad de manipular las cosas a su gusto y volverse melindroso. Cuando volvemos a coger nuestros escritos, al contrario, tenemos que convertirnos en samurais

, grandes guerreros, con el valor de eliminar todo lo que no es inmediato. Como el samurai que, con la mente vacía, corta en dos al adversario, cuando releemos lo escrito hay que lograr no ser sentimentales, sino ponderarlo todo con agudeza y claridad de intenciones. Está en la naturaleza humana, sin embargo, el intentar interferir y entrometernos con mil sofismas. Por eso hay que intentar tener ocupado al yo. Hagámosle pasar a máquina nuestros escritos, hagámosle escribir la dirección en los sobres y lamer los sellos. Todo, con tal que no meta la nariz en lo que escribimos.

La revisión tiene que ser vista como un reconsiderar. Si en nuestros escritos hay zonas indecisas o indeterminadas, es suficiente con recrear la imagen de la que partimos, y añadir los detalles que puedan acercar lo que habíamos escrito a nuestra imagen mental. En estos casos podemos perfectamente concedernos un tiempo, y es cribar alguna otra cosa sobre el mismo argumento - una vez, dos veces, tres veces - para añadirla al texto original. Pongamos, por ejemplo, que hayamos escrito un fragmento sobre los espaguetis. La pieza nos parece buena, pero sabemos que podemos decir mucho más.

En el plazo de un día, dos días o una semana, desarrollemos algunas sentadas suplementarias de escritura a plazo sobre los espaguetis, sin

temor a repetirnos. Al final volvamos a leer todos los fragmentos que hemos escrito, saquemos las partes buenas y móntemelas juntas. Es como trabajar con tijeras y pegamento; se cortan los pasajes más incisivos de cada pieza, y luego se pegan uno detrás de otro.

O sea, que también en la fase de volver a escribir utilizamos el método y las reglas de la escritura a plazo. Esto nos ayuda a meternos de nuevo en el argumento. El intentar restablecer un contacto con los primeros pensamientos es mucho mejor que quedarnos en medio de aquella nube de mosquitos, intentando desesperadamente aplastar nuestros pensamientos discursivos antes de que consigan chuparnos la sangre. Es un método de reescritura mucho más eficaz, puesto que así se logra burlar al yo también en la fase de revisión. Este método de reescritura puede ser utilizado para cuentos, ensayos, capítulos de novela. Una amiga mía, que hace poco terminó una novela, me contó que cuando tenía que volver a escribir un capítulo, se decía: Bien. Este capítulo necesita estos y estos elementos; debe empezar en la tienda de ultramarinos y terminar en el cementerio. Tienes una hora. Luego añadía las partes buenas de estas sentadas de reescritura a plazo al capítulo ya escrito, para enriquecerlo y perfeccionarlo.

A menudo sucede que volvamos a leer páginas y páginas de cuaderno y nos topemos sólo con una o dos frases eficaces. No hay que desanimarse. Recordemos al equipo de fútbol que se entrena horas y horas para el partido del domingo. Subrayemos las frases buenas, y añadámoslas a nuestra lista de argumentos sobre los que escribir. Luego

, cuando nos sentemos frente al escritorio para practicar la escritura, podemos coger una cualquiera y arrancar desde allí. Subrayar estas frases nos ayuda también a tenerlas presentes, y a menudo, sin casi darnos cuenta, nos encontramos utilizándolas de nuevo.

Todos estos fragmentos distintos encuentran, de improviso, una conexión, y el resultado puede dejarnos maravillados.

Suzuki Roshi fundó el San Francisco Zen Center, y a él le debemos el libro Zen Mina, Beginners Mina. Por lo que me han contado, era un gran maestro zen. Murió de cáncer en 1971. Cuando un maestro zen muere, nos gusta pensar que, en el momento de entrar en el Gran Vacío, diga algo

extremadamente profundo, como Acordaos de despertar, o bien La vida es eterna. Poco antes de que Suzuki muriera, Katagiri Roshi, amigo suyo desde hacía mucho tiempo, fue a hacerle una visita. Katagiri estaba de pie junto al lecho; Suzuki levantó la mirada y dijo: No quiero morir. Precisamente así. Era quien era, y expresó con simplicidad lo que sentía en aquel momento. Katagiri hizo una reverencia. Gracias por su gran esfuerzo.

Katagiri Roshi dice que cuando una persona que tiende a la espiritualidad se encuentra frente a una gran obra de arte, se siente sosegada. En cambio, cuando el que mira la obra de arte es un artista, este siente el estímulo perentorio de crear otra. El artista rezuma vitalidad como la persona espiritual rezuma paz. Sin embargo, prosigue Katagiri, tras la paz de la espiritualidad hay una vitalidad inmensa y una total espontaneidad, entendida como un actuar en el momento presente

. El artista, por su parte, aunque exprese vitalidad, debe poder alcanzar una gran tranquilidad; de otra forma, se quemará. Lamentablemente, conocemos demasiados ejemplos de artistas que se han quemado en el alcoholismo, el suicidio o la enfermedad mental.

Por eso, cuando estemos ocupados en escribir, aquella llama de vida que estamos tan ansiosos de expresar tendría que encontrar su origen en la paz interior. Esto nos ayuda a no dejarnos arrastrar por la excitación precisamente en mitad de un cuento, a tal extremo de que no consigamos terminarlo. En nuestro interior tiene que existir una parte capaz de expresar con absoluta simplicidad lo que sentimos, como la persona que en su lecho de muerte dice: No quiero morir. Sin rabia, sin fustigarnos y sin autocompadecernos, sino simplemente aceptando la verdad de lo que somos. Si, al escribir, sabemos alcanzar este nivel, conseguiremos encontrar un punto de apoyo que nos permitirá crecer como escritores. Y aunque prefiramos estar entre las montañas del Tibet y no en nuestro escritorio de Newark, en New Jersey, y aunque la muerte aulle a nuestras espaldas y la vida ruja ante nosotros, podremos simplemente empezar a escribir, sencillamente empezar a escribir lo que tengamos que decir.

<SALTO DE FICHERO>

EPÍLOGO.

Terminé de pasar el manuscrito el domingo, a las once de la noche. Me dije a mí misma: Sabes, Nat, creo realmente que el libro está acabado. Me levanté, y me sentí irritadísima. Me sentía explotada. (Explotada por la Musa, como dijo más tarde mi amiga Miriam). De repente ya no sabía de qué trataba el libro, de qué hablaba; no tenía nada que ver con mi vida. No me serviría para encontrar un amante, o para lavarme los dientes por la mañana. Me bañé, salí de la bañera, me vestí, y a medianoche me fui andando al Lone Wolf Café, en el centro de Santa Fe. Pedí un vaso de vino blanco y un helado de caramelo. Miraba alrededor mío sin dirigirle la palabra a nadie, y seguía sonriendo. He terminado un libro. Quizás dentro de poco podré volver a vivir la existencia de un ser humano. Volví a casa aliviada y feliz. A la mañana siguiente lloré. Al llegar la tarde, me encontraba estupendamente.

El martes, en el taller de escritura, dije: He empleado un año y medio en escribir este libro. Por lo menos la mitad de los capítulos han salido ya completos, en su forma definitiva. Lo más difícil no fue escribir, sino superar el miedo al éxito, el miedo al fracaso, y llegar, al fin, a un nivel de pura actividad. A lo largo del último mes y medio escribía siete días por semana. Terminaba un capítulo, y empezaba otro. Sólo eso. Había partes mías que imploraban desesperadamente los helados, los amigos, las fantasías, pero yo no las escuchaba.

Hacer algo con la totalidad de nuestro ser significa emprender un viaje solitario. No importa lo contentos que estén con nosotros los amigos, por más que nos ayuden y nos apoyen, no podemos esperar que los demás sientan nuestras mismas emociones, o comprendan hasta el fondo lo que hemos pasado. No estoy hablando de uva verde

. Cuando escribimos un libro, estamos completamente solos. Hay que aceptarlo, y aceptar el amor y el apoyo que nos dan; pero no se pueden albergar expectativas en este sentido.

Esto es muy importante. Nosotros pensamos que el éxito es sinónimo de felicidad. El éxito puede también significar soledad, aislamiento, desilusión. Tiene sentido el que sea todas estas cosas juntas. Otorgaos el espacio para sentir todo aquello que queráis sentir, y no partáis del

presupuesto de que sea mejor no tener una amplia gama de emociones. El que te quieran publicar es algo bueno, me dijo en una ocasión K

atagiri Roshi. Pero no le prestes mucha atención. Te arrollaría. Sigue escribiendo, y basta. Antes de ayer le dije a mi padre: Voy a tirarme del Empire State Buildi

ng. Tenías precisamente que escoger un edificio tan alto?, me contestó él. Natalie, me he dicho, este libro está acabado. Ya escribirás otro.